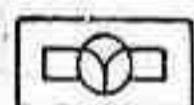


UNA PLACA
CONMEMO-
RATIVA DEL
CENTENARIO
DE GOYA,
OBRA DE
JOSÉ CAPÚZ



Costeadas por el conde de Romanones, se ha acuñado una plaqueta conmemorativa del Centenario de Goya, original de Miguel Blay, y se ha fundido en bronce una placa original de José Capúz. Ambos testimonios escultóricos recuerdan la condición de académico de la Real de San Fernando del gran pintor español. De la placa de Capúz, que reproducimos, se han colocado sendos ejemplares en la Sala de Goya de la Academia y en la antigua iglesia de San Antonio de la Florida





LA JUSTICIA

Lienzo de P. Robert en el Tribunal Federal de Lausana



LA PAZ

Lienzo de Paul Robert en el Tribunal Federal de Lausana

CÓMO SE FORMÓ UN ESTADISTA

AÑOS DE JUVENTUD DE MUSSOLINI

La aventura de la hija de Mussolini abandonando su internado en busca de la libertad que, sin duda, su carácter independiente le exigía de un modo imperioso, nos muestra a la muchacha como muy directamente heredera del *duce*: él también, en sus tiempos de interno en el colegio de los Salesianos de Faenza, cuando tenía trece ó catorce años, sentía, según uno de sus biógrafos, la misma aversión á aquel género de vida, hasta tal punto que «colegio y prisión le parecían términos sinónimos».

Pero Mussolini no huyó. Sin duda, aunque aún no era un buen estudiante, sentía la atracción dominante de la cultura que le permitió formar su espíritu aun en las borrascas de su juventud inquieta. Para él, sin embargo, fué una liberación pasar á los quince años á la Escuela Normal de Maestros de Forlimpopoli. Allí, además, encontró un director paternal y bondadoso: un hermano del poeta Carducci, cuyo genio irradiaba. Los tres años que pasó en aquella escuela fueron los más alegres de la juventud de Mussolini. Con tal guía, vivamente interesado por él, por otra parte, Mussolini trabajó á gusto y fué ya muy distinto de un alumno vulgar.

Pero no le atraía la enseñanza: no tenía vocación de maestro, y en lugar de una escuela, solicitó un

puesto administrativo: la secretaría del Municipio de Predappio, en que había nacido y de que su padre había sido alcalde.

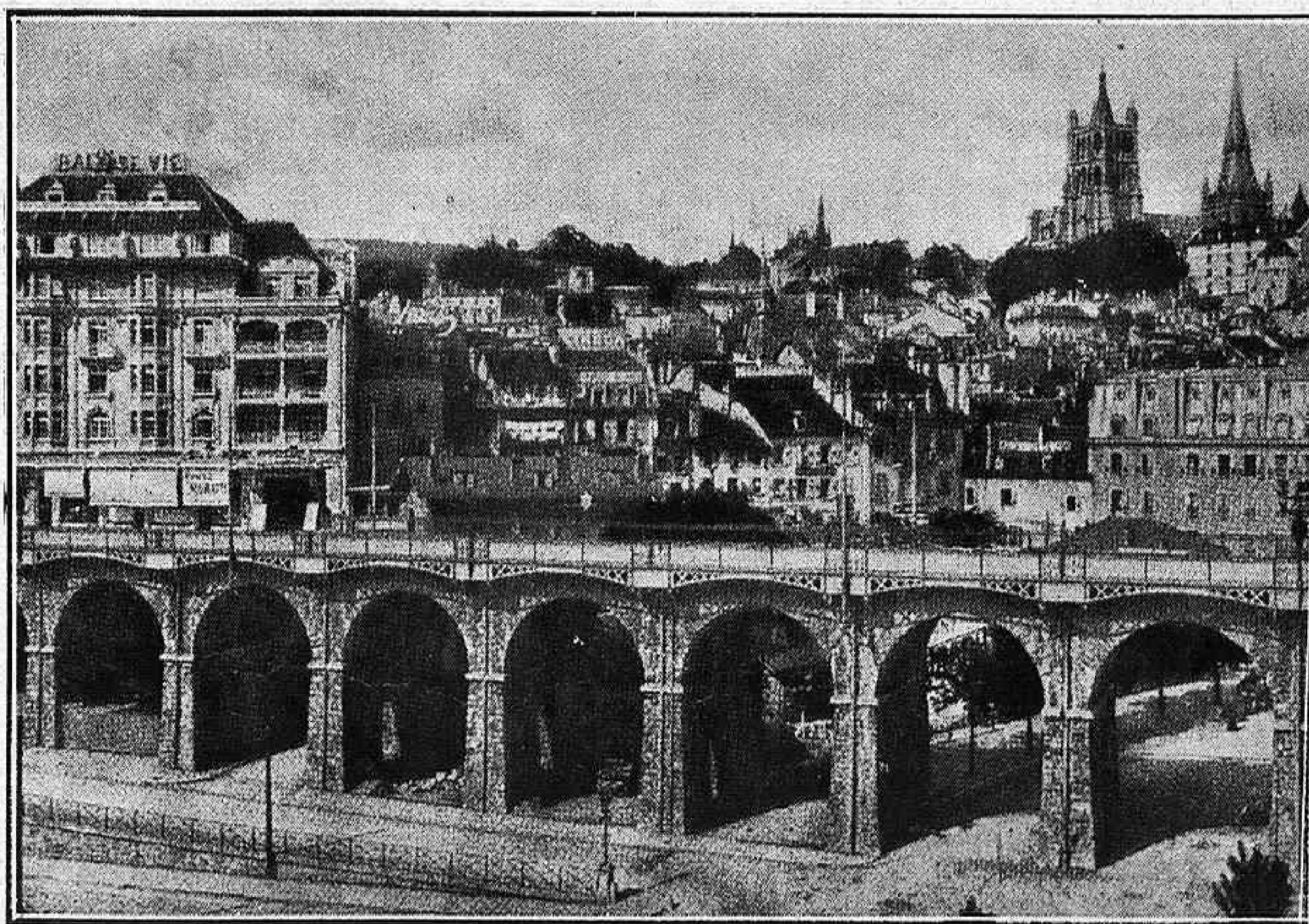
No la consiguió: su padre, socialista militante y revolucionario, era mirado con recelo por las gentes de orden y ya no era un secreto que en Benito Mussolini habían arraigado las ideas que había oído predicar y las lecturas de obras marcadamente revolucionarias que había escuchado con los concurrentes á la posada de Davia; era ya entonces socialista tan de la extrema izquier-

da como su padre; pero más fogoso, porque tenía más juventud y con más medios de acción, porque eran superiores su educación y su cultura. Respondía bien al pensamiento de su padre al bautizarle: Alejandro Mussolini había querido que su hijo se llamase Benito, en memoria de Benito Juárez, el jefe de los revolucionarios mejicanos contra Maximiliano.

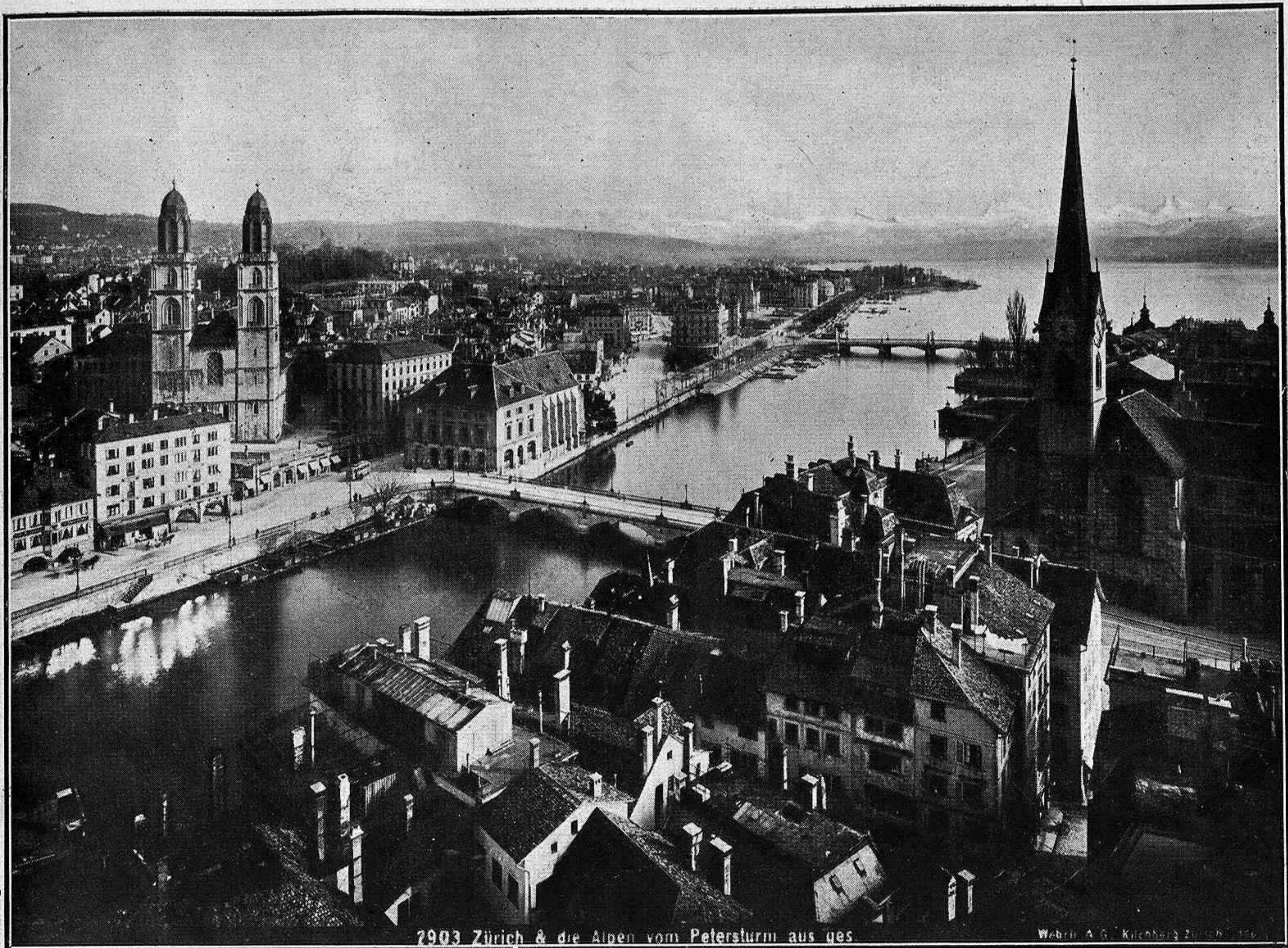
Mussolini tuvo que aceptar un puesto en la enseñanza: un cargo de maestro en una humilde escuela rural en Gualtieri, cerca de Regio Emilia, con un sueldo misérrimo de 56 liras mensuales. Volvió á caer, ó poco menos, en el bajo nivel social en que había nacido, de artesano rural, después de haber vivido tres años en el más elevado de la Escuela Normal, que le había hecho entrever un mundo mejor.

Maestro rural, dos veces *declassé*, como tantos otros, dos caminos se le abrían muy visiblemente para su solaz: la Naturaleza, que le hubiera *rusticado*, haciéndole perder la sensibilidad afinada en Forlimpopoli, ó la taberna, que le hubiera embrutecido y destrozado. Prefirió forjarse él mismo otros menos trillados, pero más de su gusto: aprendió á tocar el violín para tener una distracción puramente artística, y se entregó afanosamente á la lectura.

Su fuego político no se había calmado por efecto



El puente de Lausana, bajo cuyos arcos pasó muchas veces, en su juventud, Mussolini



Zurich.—La ciudad suiza en que Mussolini pasó algunas interesantes horas de su juventud

de su educación académica: Mussolini leía, sobre todo, á los apóstoles latinos del comunismo, y no se limitaba á leerlos: juzgando entonces indispensable lo que años después había de juzgar pernicioso, predicaba las teorías de Babeuf, de Proudhon y de Buonarrotti...

Las predicaba con fe, con entusiasmo, con violencia, y se encontraba poco á gusto entre los militantes del partido, porque los veía siempre propicios á convivencias con los burgueses... Al finalizar el año académico dejó su escuela y emigró á Suiza, buscando campo más apropiado para sus propagandas políticas.

Para algunos de sus biógrafos fué una huida: su padre, perseguido por delito político por haber destrozado unas urnas electorales, acababa de ser encarcelado; él sentía que el recelo de la administración municipal que le había privado de la secretaría de Predappio había cundido á la administración de la enseñanza y podía privarle también de su escuela.

Para emprender el viaje, como él no le tenía, pidió dinero á su madre, que le envió 45 liras. Con ellas por todo capital salió de Gualteril y por Parma y Milán llegó á Chiasso; allí, dice uno de sus biógrafos, mientras aguardaba el tren que había de conducirlo á Lucerna, respiró ampliamente el aire «del primer país republicano».

Cayó entonces en más bajos fondos. Uno de sus compañeros de viaje, italiano emigrante como él, le hizo creer que otro compatriota que trabajaba en Iverdon, nombre que seguramente sonaría á Mussolini con ecos de pedagogía redentora, les daría trabajo, y á Iverdon fué. Allí le aguardaba la primera decepción: no encontró empleo. El compatriota de quien le esperaba no pudo proporcionársele; pero se compadeció de su miseria y le dió dos francos. Mussolini, al recibirlos, sólo poseía dos liras y diez centavos. Orgulloso, no quiso, sin embargo, aceptar una limosna y dió su cuchillo en pago de la moneda

de plata. El día siguiente, rendido por el viaje y las emociones, le pasó durmiendo. Veinticuatro horas después comenzaba á trabajar como jornalero en Orbe: once horas de trabajo fatigoso le proporcionaban un jornal de tres francos y medio. Al terminar la jornada comía unas patatas asadas en el rescoldo del hogar, y dormía luego sobre un jergón de paja.

Sintió, según ha dicho él mismo, que le invadía la cólera de los impotentes; su patrón, además, juzgaba que el obrero estaba demasiado bien vestido para su mísera condición social, y, por añadidura, cuando Mussolini, indignado, al terminar la primera semana, se despidió, al ponerle sus 20 francos y unos céntimos en la mano, le dijo: «¡Los has robado!»

Para explicar su paciencia, tan impropia de su carácter, ante aquella injuria, Mussolini ha escrito muchos años después: «¡Tenía hambre y estaba descalzo!»

Con sus veinte francos fué á Lausana, donde esperaba encontrar mejor acomodo, y vivió una semana; al cabo de ella, sin trabajo, aun conoció el hambre y la más negra miseria: fué el emigrante desventurado en tierra extraña, sin hogar y sin pan.

Por fin encontró trabajo humildísimo, siempre manual, pero que le dió pan y lecho: fué, sucesivamente, peón de albañil, luego oficial; por último, mozo de carga en un almacén de vinos de Italia; pasó entonces sus días trabajando en el fondo de la bodega ó repartiendo vino á la clientela. Su jornal era pequeño; pero era costumbre que cada cliente le diera cincuenta céntimos de propina.

Después de una breve estancia en Italia, llamado por su madre enferma, Mussolini volvió á Suiza: las penalidades de la emigración en terrible lucha para ganar su vida, sin conseguirlo siempre, le arredaban menos que la existencia, posiblemente tranquila, pero mísera y sin hori-

zontes, del maestro de escuela rural en Italia.

Nuevamente se instaló en Lausana, y allí, no obstante aceptar toda suerte de oficios, cambiando constantemente, por defecto de adaptación, volvió á pasar días sin hogar y sin pan. En 1902, una noche que dormía bajo el puente de Lausana, le despertó la policía, que realizaba una requisa, y le detuvo por vagabundo. Fué su primera detención, á la que habían de seguir otras, y sólo duró veinticuatro horas. Como consecuencia se dictó contra él una orden de expulsión de los cantones de Vaud y de Ginebra, y Mussolini se refugió en Francia, en Annemasse.

Más tarde vivió en Zurich, donde le detuvieron é hicieron su ficha antropométrica. Luego volvió á Lucerna, y allí le detuvieron nuevamente en compañía de «un viejo alemán piojoso», un italiano pendenciero y un tésinés, del que sospechó que era un confidente de la policía, un *mouchard*, y le condujeron á la frontera italiana, expulsándole nuevamente.

Ya no le expulsaban sólo por vagabundo; durante todo aquel tiempo se había entregado, según confesión propia, «á una propaganda revolucionaria encarnizada». Había entrado en relaciones con refugiados políticos rusos, de los que pululaban en la República Helvética; había intimado, sobre todo, con Angélica Balabanoff —que desempeñó más tarde con él un papel importante en el socialismo revolucionario italiano—, y había colaborado en el *Avenir des travailleurs*, periódico revolucionario que se publicaba en Lausana, y discutió con Vandervelde.

Hizo, pues, una doble vida, doblemente intensa y dolorosa. En contacto constante con su propia miseria, con el dolor de las clases más humildes y desamparadas, y con el rencor eslavo de los refugiados rusos—que habían de engendrar no mucho más tarde la revolución bolchevique—, quizá cuando veía en los muros del tribunal de Lausana los famosos lienzos de Robert,



Ouchy, puertecito situado al pie de Lausana, ciudad á la que da acceso lacustre, es uno de los pintorescos desembarcaderos en las orillas del lago de Ginebra

que representan la Paz y la Justicia, debió mirarlos como un sarcasmo ó una ironía burguesa contra los oprimidos.

Al volver expulsado á Italia, había llegado el momento de su servicio militar.

En un regimiento de *bersaglieri* (Cuerpo de Infantería selecto) fué un perfecto soldado, no obstante sus opiniones, que modificó mucho en contacto con aquella realidad, tan nueva en su vida. Se hizo patriota, dejó de ser antimilitarista, y pensó ya—tan pronto, puesto que ello acaecía en 1902—en la posibilidad de que Italia hubiera de enfrentarse con Alemania.

Licenciado, y por el momento menos ganoso de aventuras y menos exaltado también, volvió á su pueblo natal.

Pero aquella existencia tranquila le cansó pronto. Pidió volver á la enseñanza, y le nombraron, y nuevamente fué maestro de escuela, esta vez en Tohnero.

Allí resurgió el propagandista revolucionario; se hizo incompatible con la enseñanza oficial, y hubo de refugiarse en la privada en que tampoco perduró.

Nuevamente encarcelado, y esta vez en su país, por capitanear una huelga de obreros agrícolas, sus correligionarios sienten de nuevo la admiración por «el mártir» y le nombran secretario de la Bolsa del Trabajo de Trento; allí escribe en el *Avenire* y el *Popolo*, sobre todo en éste, más italianista que su colega, y allí, pisando aquel suelo italiano, dominado por Austria, se exalta otra vez su patriotismo, escribe contra los dominadores y es nuevamente conducido, como expulsado, á la frontera de su país, esta vez con esposas.

Entonces hace en *La Voce* de Florencia una campaña antiaustriaca; pero aquella campaña iba contra el dogma internacionalista del socialismo

italiano, y Mussolini comienza á separarse de él.

Su figura política se agranda para muchos socialistas por su intervención en los movimientos revolucionarios de 1913, y no obstante, el fracaso de ellos. Desde un año antes dirigía *Avanti*, el órgano de mayor importancia del socialismo italiano, y también por sus campañas en él le había perseguido la justicia. Casado y con hijos, conserva su espíritu rebelde, y un día, en la vista de uno de sus procesos, grita á los Jurados: «La absolución ó la condena me dejarán igualmente tranquilo. La prisión es, en el fondo, un régimen tolerable. Reincidiré.»

Llegada la guerra, escribe en *Avanti* contra los imperios centrales y en favor de la alianza con Francia, y exclama, al fin: «Si decimos con el poeta:

Noi che t'ammamo o Francia!

(Nosotros que te hemos amado, ¡oh, Francia!)

Y luego escribe en favor de la guerra, contra el dogma del socialismo oficial del que, al fin, se divorcia totalmente. Director dimisionario de *Avanti*, funda un diario, el *Popolo d'Italia*, y allí continúa, más ardiente y con más libertad, su labor.

Entonces, ya resueltamente contra su antiguo partido, fundó los «fascios revolucionarios», exaltó á la juventud, provocó motines, tuvo duelos y, al fin, vió proclamada la guerra, que para él era el prefacio de la revolución.

Volvió al ejército, luchó valerosamente en distintos puntos del frente y fué gravemente herido...; todo contribuyó entonces á exaltar su patriotismo, que se enardeció aún más cuando juzgó frustrados, por el tratado de Versalles, los anhelos de Italia.

Y la revolución vino, en efecto, según había pronosticado Mussolini; pero no como él la había

imaginado, ó á lo menos no como él la concebía en aquel momento: fueron los comunistas, alentados por el bolcheviquismo ruso, los que iniciaron la batalla, frente al gobierno débil de Giolitti, incautándose de fábricas y talleres y haciendo ondear la bandera roja hasta en barrios de los más populosos de Milán y hasta en algunas alcaldías.

Entonces Mussolini se aprestó para luchar. Bajo el título de su periódico *Le popolo d'Italia*, borró las palabras *Diario Socialista* y escribió estas otras: «Diario de los combatientes y de los productores»; los productores, sostenes poderosos de su campaña, fueron los industriales italianos, las primeras y más directas víctimas de la revolución; los combatientes, las legiones fascistas—el fascio—que con una organización copiada hasta en los nombres, copiando la antigua milicia romana, creó y sostuvo...

«Desde ese momento—dice uno de sus biógrafos—aparece como un poder de hecho, que ora sustituye al gobierno para realizar la obra que el gobierno abandona, ora actúa sin tener para nada en cuenta la ley, y al cabo, dos días después de inaugurado el Congreso fascista en Roma y de haber hecho ostensible la existencia de 40.000 fascistas armados, ordena el 26 de octubre de 1922 la marcha sobre Roma, y cuatro días después, el 30, la muchedumbre, reunida ante el palacio del Quirinal, vió llegar, á las once de la mañana, por la Vía Vente-Septembre, tractores junto á los cuales corrían aclamados, unos cuantos jóvenes destocados y vistiendo la simbólica camisa negra. Destocado y con camisa negra también, salía de uno de los taxis Benito Mussolini y subió á la cámara regia donde Víctor Manuel III le aguardaba para encargarle de la formación de un ministerio.»

D. T.

LAS NUEVAS INSTALACIONES DEL MUSEO

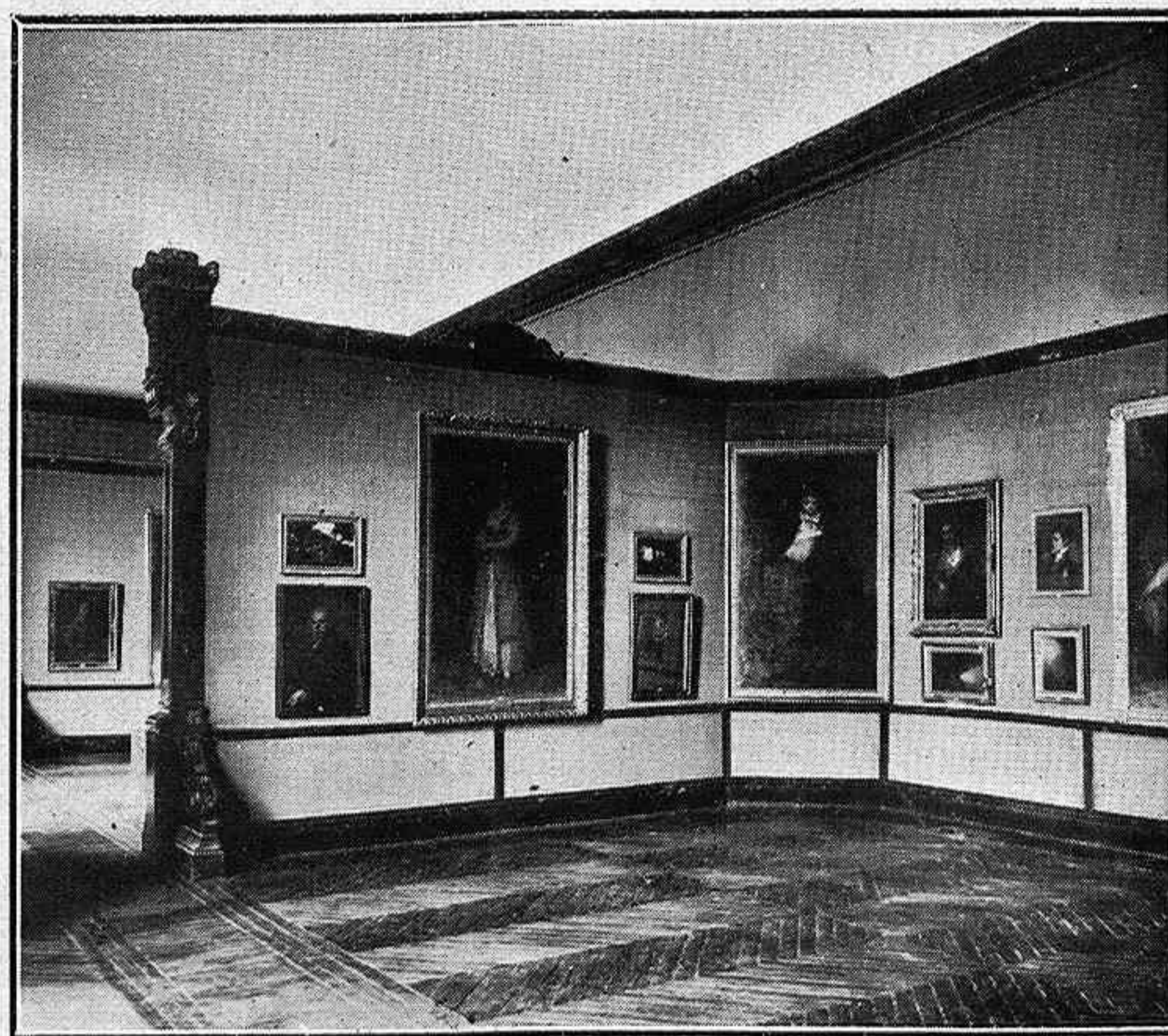


Aspecto de la nueva Sala de dibujos de Goya en el Museo del Prado

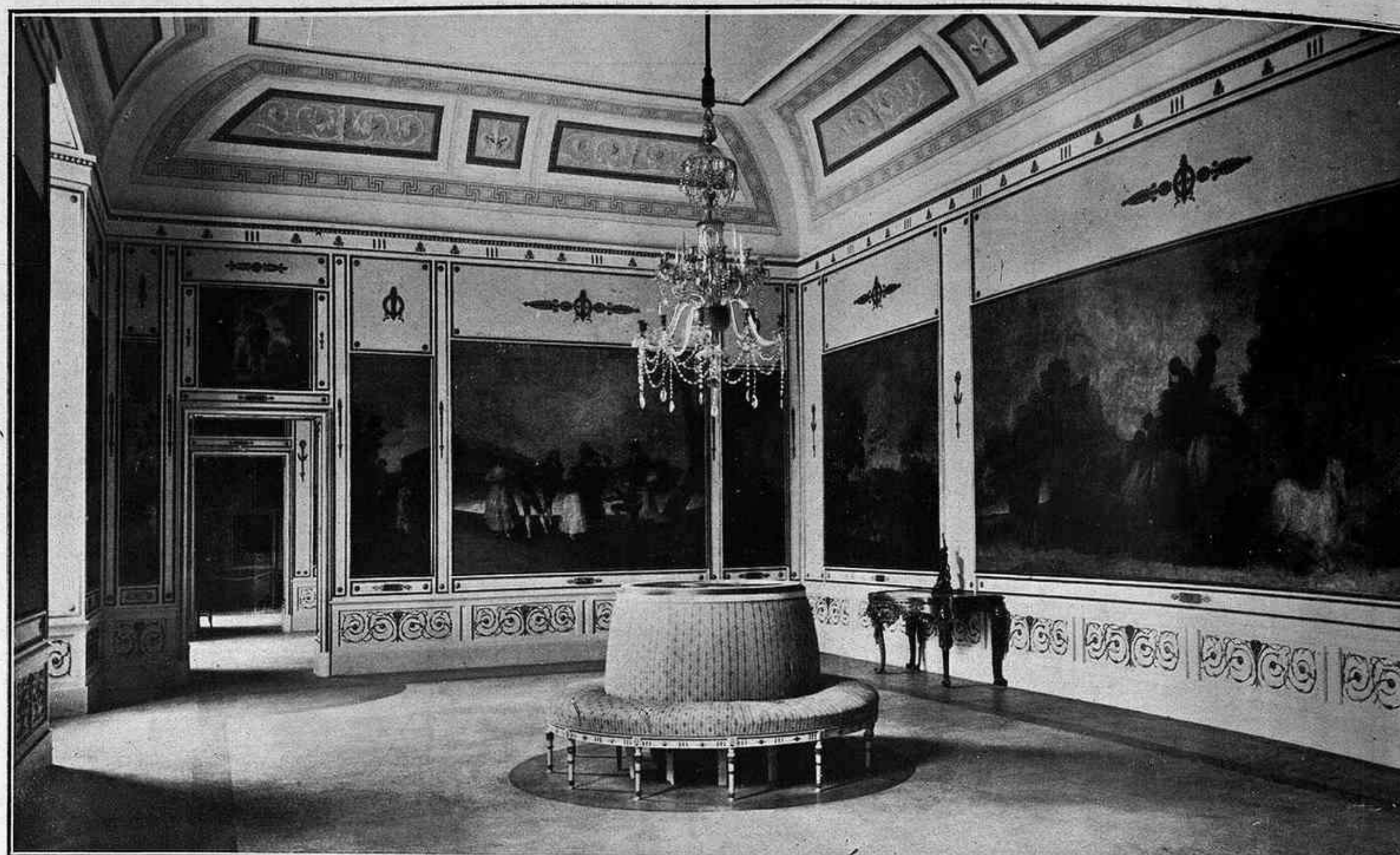
Suceso verdaderamente extraordinario en la vida artística española significa la inauguración de las nuevas Salas del Museo del Prado, consagradas á los cartones para tapices, los dibujos y las pinturas murales de la Casa del Sordo, así como la Exposición de pinturas del gran artista pertenecientes á otras colecciones oficiales ó particulares. Servirá esta última para revelar aspectos ignorados ó poco conocidos del gran público, aunque comentados por la labor erudita de críticos y

biógrafos. Se apreciarán ahora algunos lienzos de excepcional interés como obra de arte y como documento histórico; se rectificarán bastantes opiniones anteriores y se adquirirá, en fin, una luz definitiva sobre el inmortal genio de la raza.

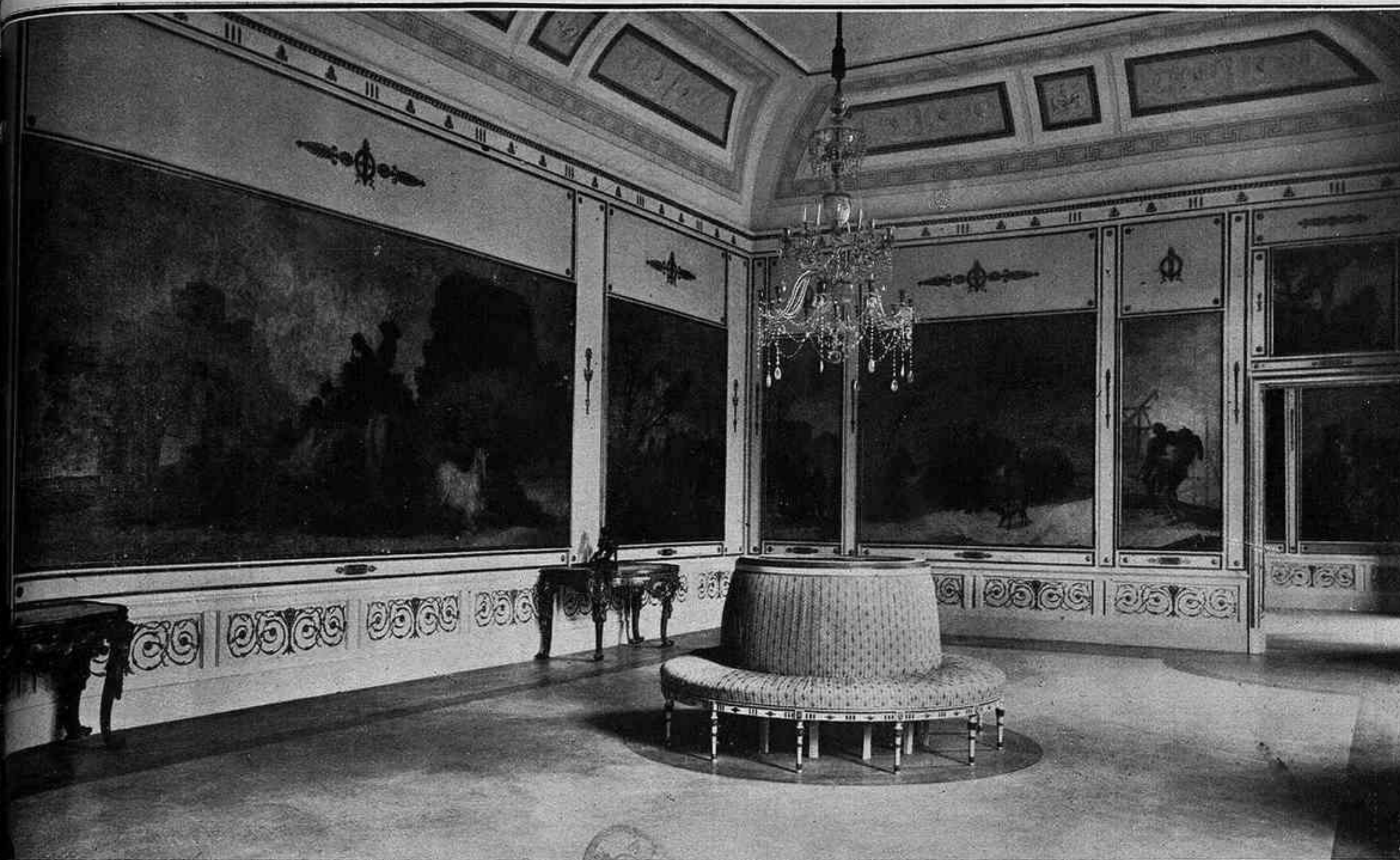
En cuanto á las nuevas Salas de tapices, ambientadas é instaladas de modo insuperable, pueden considerarse como la culminación de esta labor tan importante que viene realizando el Patronato del Museo.



Dos Salas de la Exposición de pinturas de Goya, de propiedad particular ó ajenas al Museo del Prado, que se celebra actualmente en la Pinacoteca Nacional



Las nuevas instalaciones en el Museo del Prado.—Un aspecto de las Salas de tapices

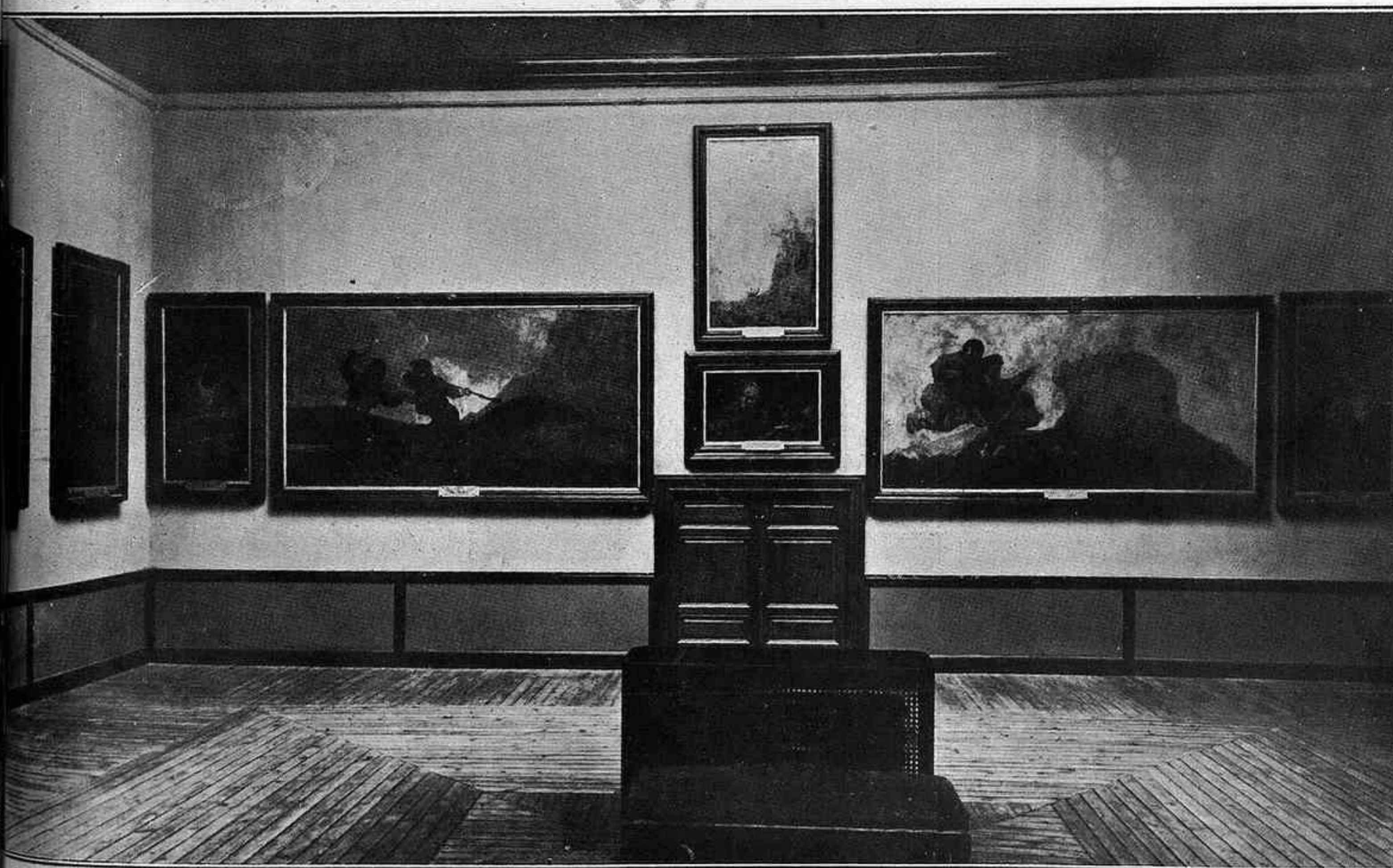


Las nuevas instalaciones en el Museo del Prado.—Otro aspecto de las Salas de tapices

GOYA EN EL MUSEO DEL PRADO



Las nuevas instalaciones en el Museo del Prado.—Un aspecto de las Salas de retratos



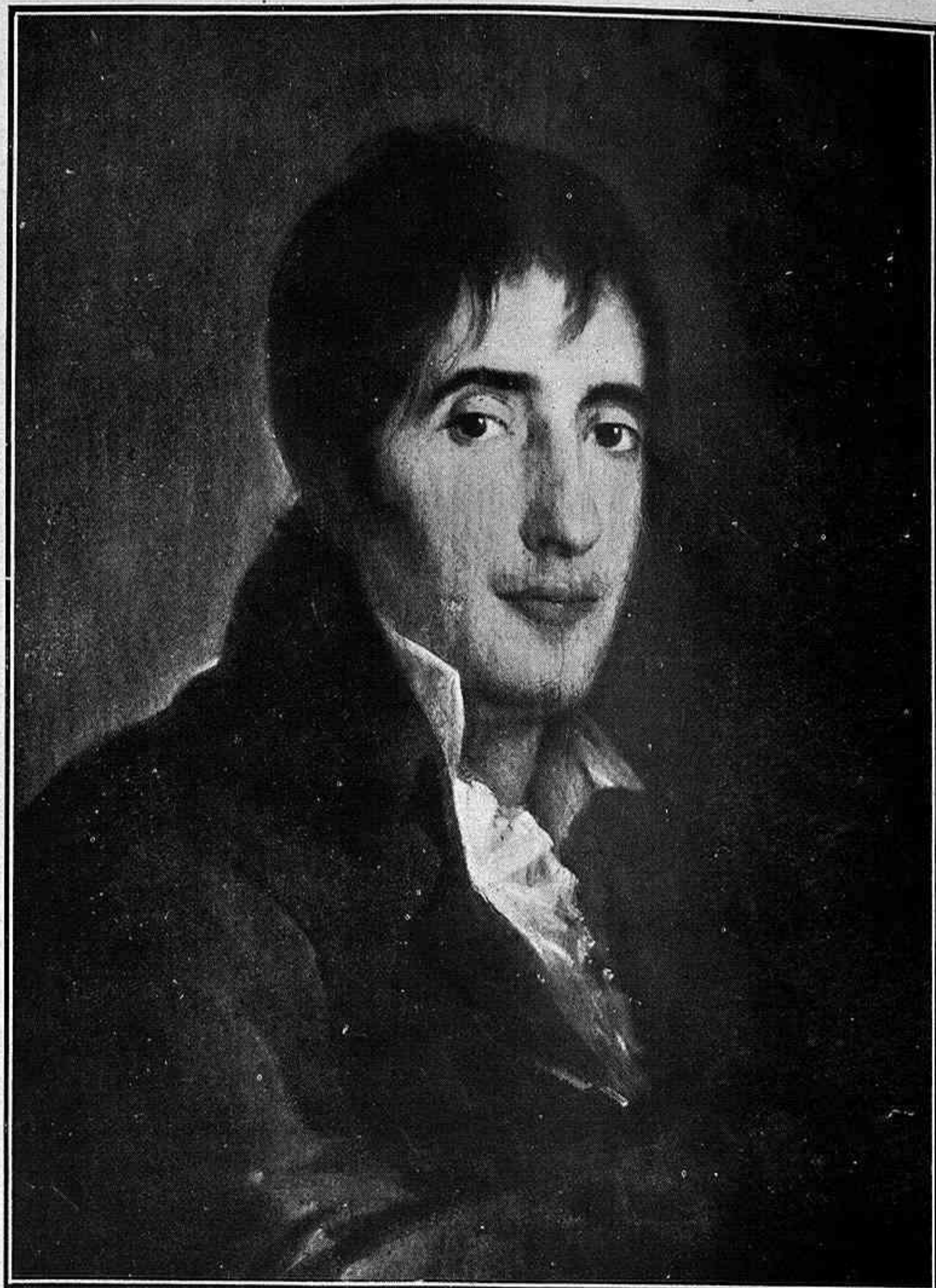
Las nuevas instalaciones en el Museo del Prado.—Magnífica instalación de frescos de las pinturas murales de la «Casa del Sordo»

(Fots. Cortés)

GOYA EN LAS COLECCIONES EXTRANJERAS



«Luisa», cuadro de Goya, existente en el Museo de Munich



«Jacques Galot», cuadro de Goya, de la colección Houdemont

Las colecciones extranjeras no son, ni mucho menos, ricas en obras del inmenso pintor de Fuendetodos; precisamente por esta razón, Goya tardó mucho en tener fuera de España, como pintor al menos, la reputación que merecía.

La tuvo por eso mucho antes como grabador, y en mucha parte la debió á Carderera, entusiasta de los dibujos y de los aguafuertes de su paisano, y que les dió á conocer en el Extranjero, donde Carderera, sobre todo en Italia, residió durante muchos años.

La obra pictórica de Goya fué mejor conocida ulteriormente, y las diversas ediciones de sus aguafuertes hechas fuera de nuestro país, algunas con malas copias, atrajeron la atención sobre el autor que, mejor estudiado por críticos venidos á España y por críticos españoles también, tuvo pronto el renombre mundial que merecía.

A partir de ese momento, todas las grandes colecciones han deseado poseer, y han hecho enormes esfuerzos para lograrlo, obras de Goya, y hay muchas fuera de España; pero desperdigadas en ninguna parte en número suficiente para que el gran artista pueda ser debidamente estudiado.

Esa pobreza contrasta con la riqueza en Goyas de nuestro Museo Nacional, y el hecho tiene fácil explicación.

El renombre de Goya pintor, aun dada la enemiga, ó si no se quiere tanto, el desdén de los críticos con el espíritu formado por la contemplación admirativa del arte de Mengs, llegó en España en época en que ya las gen-



«Tiburcio Pérez», cuadro de Goya, existente en la colección de Havemeyer, de Nueva York

tes conocían mejor el valor pecuniario de las obras de arte y creció y perduró en momentos en que los Gobiernos se preocupaban más de la conservación de los tesoros artísticos nacionales.

El nombre de Goya se hizo rápidamente popular, y como, por otra parte, la pintura del maestro, por su violento contraste con los estilos dominantes en su época, y por la misma vigorosa personalidad de su autor, era más fácil de identificar, fué más difícil la salida de cuadros de este pintor para el Extranjero.

De ahí la pobreza en Goyas de los Museos de allende las fronteras.

De los Goyas existentes fuera de España, la mayoría son retratos, y entre ellos, aparte el famoso fraile existente en el Museo de Berlín, digno de estudio por múltiples razones que tal vez tenga alguna relación con la historia de las famosas majas, son de los más interesantes uno existente en Londres, que reproducimos en nuestro número anterior, y los tres que damos en esta plana: *Luisa*, conservada en el Museo de Munich; *Tiburcio Pérez*, arquitecto, íntimo amigo de Goya, cuyo retrato está en la colección Havemeyer de Nueva York, y *Jacques Galot*, hermosísimo cuadro pintado por Goya durante su emigración en Francia, y que en la vecina República está actualmente en la colección Houdemont.

Los tres retratos que reproducimos aquí son, como puede verse, muy dignos de estudio.

DEL CENTENARIO DE GOYA

LA DUQUESA MAJA

MUY SIGLO XVIII.—En Piedrahita y en los cerros, oyendo cómo cantan los surtidores en el jardín veraniego de los duques de Alba. Doña María Cayetana, la duquesita, viuda de D. Josef Alvarez de Toledo, es una muchacha locueta, aniñada, correntona y parlanchina. Viste un traje blanco y deja al aire la blancura de alabastro de su cuello y sus bracitos macizos y gordezuelos. Menudita, ágil, morena, cuenta en el cenador que mira á Santo Domingo unas sabrosas aventurillas, de corte. Don Francisco—D. Francisco Sánchez Barbero, *Florealbo Corintio*—y D. Juan—D. Juan Meléndez Valdés—oyen absortos á la gentil narradora:

«—¡Pues, señor!... ¡Pues, señor; señores míos! Nuestra muy amada Reina, Doña María Luisa, no tiene atadero posible! ¡Ea, que no lo tiene! Y nuestro muy amado señor, Don Carlos IV, que Dios guarde, no se entera jamás de cosa alguna con sus venados, con sus liebres, con sus conejos y con sus perdices. A Pepito Pignatelli le he oído yo, María Cayetana, que la graciosa señora gusta de los tratos y de las pláticas con los manebos. El brutote de Godoy goza hogaño de todas las preferencias. El Rey lo saluda, cuando lo ve pasar del brazo de su esposa, con un mimoso gesto de minué. No se cura Don Carlos más que de los venados.»

Rien D. Juan y D. Francisco. La duquesita, muy seria, les impone silencio con un gentil cachetito en los doctorales hombros. Allá, á lo lejos, se destaca, sobre una loma, el campanario de Bonilla de la Sierra; bajan las aguas por entre las grietas y hendiduras de los montes; Piedrahita, desde el cenador, es una huerta inmensa llena de caseríos; los rayos del sol muriente enrojecen los ventisqueros de la Ceja; tañe la ermita del cerro su último saludo á la luz que se apaga.

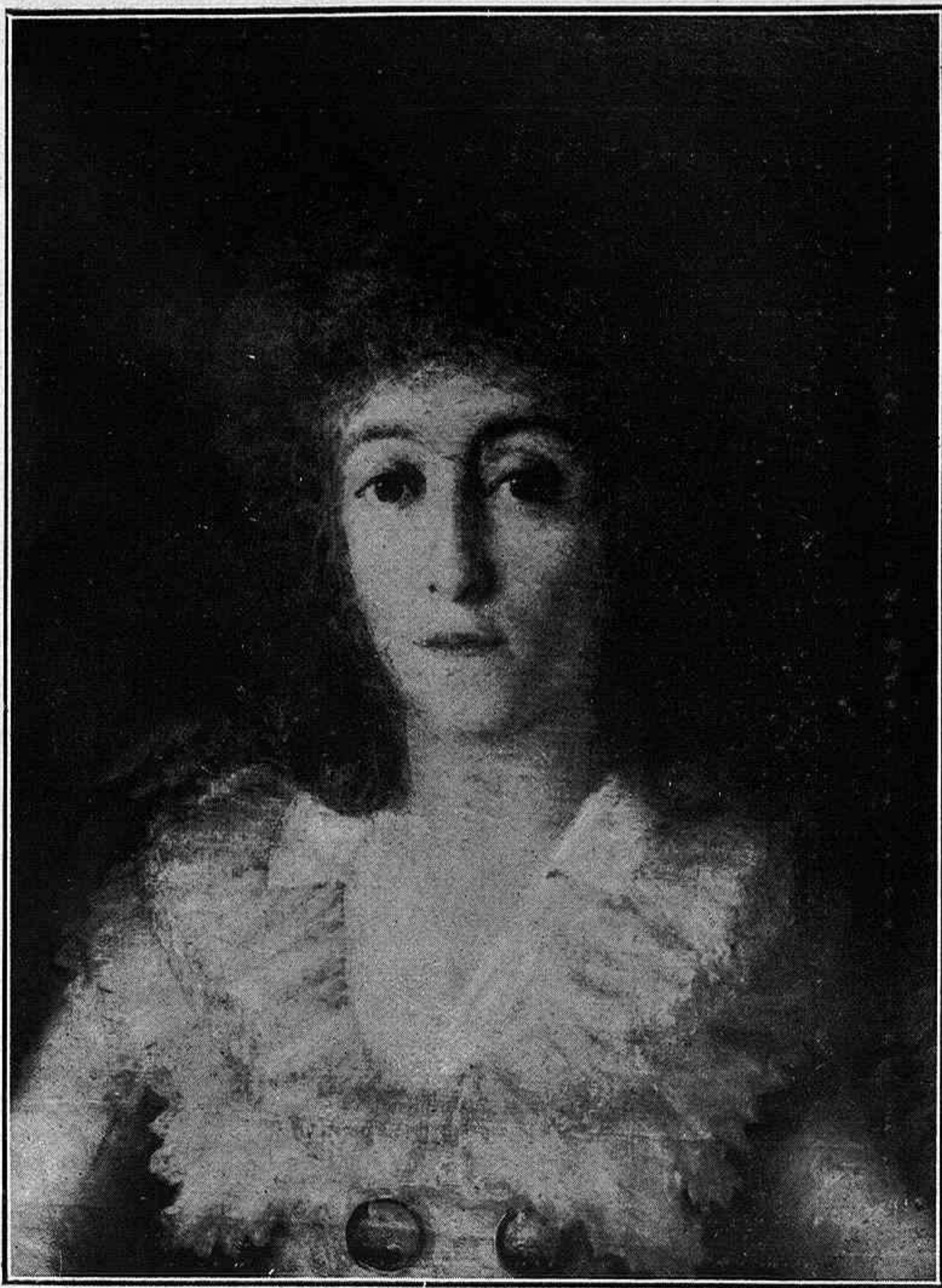
En el cenador, cucicheos, risas, toses de rapé, recitaciones á los ojos azules de Cloris y á los hombros macizos y morenos de la señora Filis. Don Juan recita con empaque, solemnemente; D. Francisco—el futuro perodista de *El Conciso*,—da á sus trovas, inocentes y dulzarronas:

—¡Oh, Dios!, ¿qué se hicieron
la paz, las caricias,
y tantas delicias,
y tanto placer?
Veloces huyeron,
cual sombra liviana,
cual rosa temprana
que muere al nacer—,

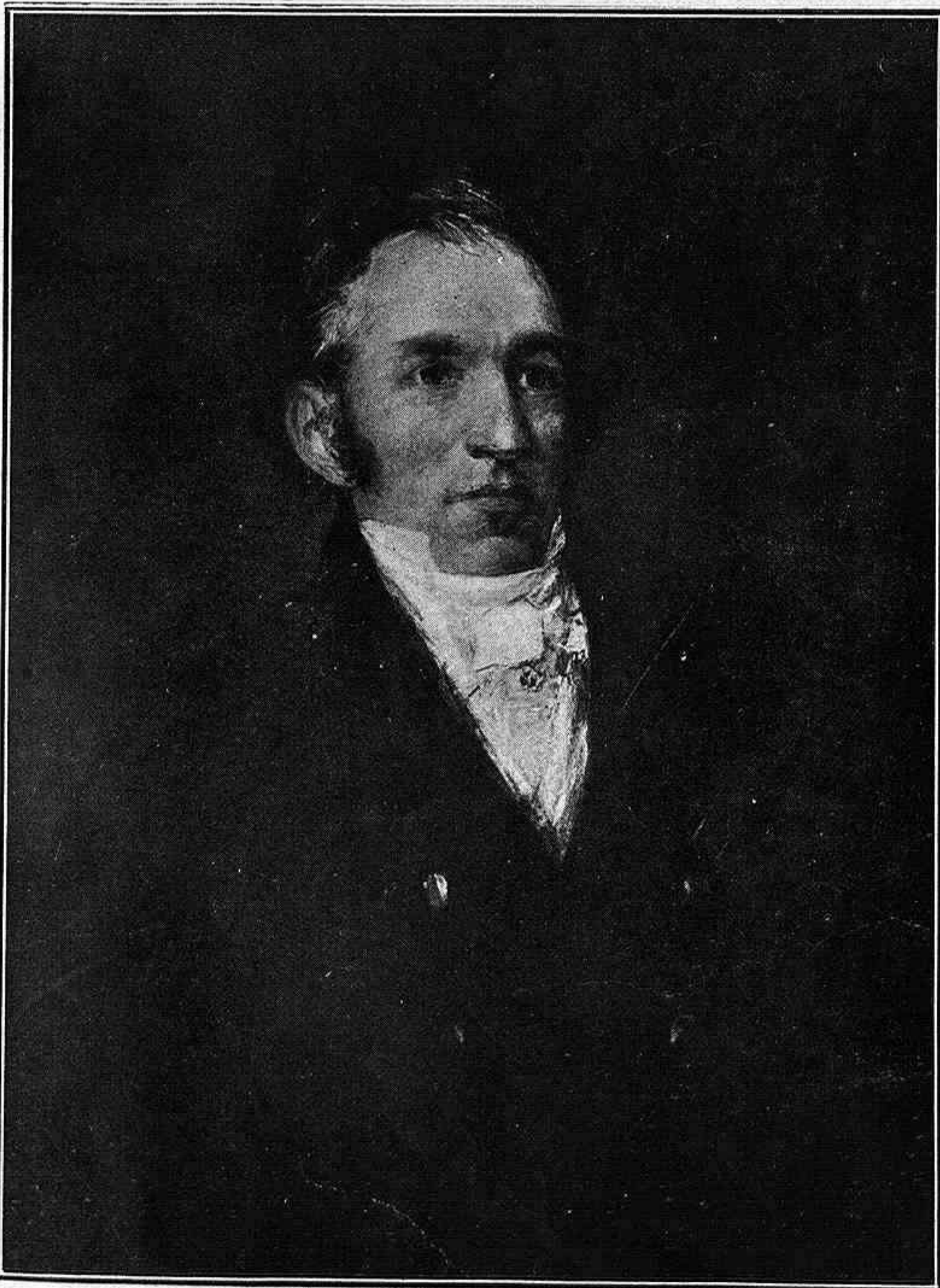
suavidades de miel, mirando tiernamente á la duquesita.

PITAFIO. — «¡Que viene *Pitafio*—exclama, batiendo palmas, Marujilla—, que viene *Pitafio*!

Pitafio es un lego dominico de Piedrahita, hijo de renteros y de pecheros de la duquesa; dicen que lo sacó de pila María Cayetana en uno de sus accesos



«La condesita de Benavente, duquesa de Osuna», retrato pintado por Goya



«El poeta Quintana, joven», retrato pintado por José Rivelles

frecuentes de buen humor; *Pitafio*—Eugenio Gómez, por más señas, hijo de Restituto Gómez y de Emerenciana Gómez, naturales ambos del lugar de Diego Alvaro, en esta comarca—es hombre gordo, zafio, inexpresivo.

El perrazo de lanas y *Pitafio* son los dos favoritos de María Cayetana; *Pitafio* es tosco y acciona con la mano zurda; *Pitafio* llama francmasones, gabachos y franchutes á los respetables y amables señores que departen con la madrina; *Pitafio*, en fin, regüelda como Sancho antes de los yantares, en los yantares y después de los yantares.

Pitafio cuenta esta noche comidillas de vecindad de los villanos y huertanos de Piedrahita. María Cayetana ríe como una tonta. Una mocita que estaba en casa del Arcediano, linda como una rosa—¡ju, ju!—, ha tomado el camino de la solana. La sobrina del abad de la Colegiata, D. Rodrigo, anda saliendo también la pobre de un mal paso.

Pepillo Somoza y Carvajal, el estudiante, glosa los acaecimientos desde el poyo del mentidero de la parroquia que hay en la plaza.

—¡Ju, ju, ju!...

El frailote ríe con la barrigota llena de truchas, que él mismo pescó ayer tarde, para la cena de la madrina, detrás de las Chorreras, en la laguna del duque. Bordeando la chorrera de la montaña se hizo una pupa en la cabezota con un enorme canchal.

—¡Qué bruto eres, *Pitafio*, hijo!—comenta la duquesa.

Y se sirve la cena en el jardín. Suena la campana grande de palacio llamando á los comensales. El viejo Goya administra su sordera dando el brazo á una damita llamada Rosario Fernández, que representa en los Corrales de Madrid los sainetes de D. Ramón de la Cruz. Pepito Pignatelli, el heredero de la casa aragonesa de los Vistahermosa, trae en la diestra un libraco de cuentos de Voltaire. Quintana acude al cenador desde el bosque, distraídote y jovial, como tiene por costumbre. La condesa de Benavente, flamencota, guapa, viene diciendo chacotas y donaires á una criadita de la servidumbre.

Cena, risa, nuevas toses... De Gredos sopla un airecillo sutil que sobresalta levemente á las damas. Goya, gruñón é impertinente, no aparta sus ojuelos francos de la duquesita; D. Juan guiña á la Benavente; D. Francisco cuenta de Horacio y de Virgilio, comiendo truchas, á una damita distraída y pavisosa, parienta lejana de la duquesita.

Lucen las estrellas en la noche; cantan los surtidores; Piedrahita duerme arrullada por los cantos de los arroyos; *Pitafio* ha vuelto á regoldar.

—¡Qué bruto eres, *Pitafio*, hijo—dice, muerta de risa, la duquesa—; qué bruto eres!

Y Goya arroja al rostro del ahijado una expresión malsonante que espanta y enoja á nuestras damas. Pero D. Paco ya sabe á qué atenerse en achaque de espantos y enojos femeninos.

José SANCHEZ ROJAS

GOYA Y LOS AMIGOS DEL ARTE



Aspecto de una sala de la Exposición de la obra grabada de Goya, organizada por la Sociedad de Amigos del Arte en sus salones de la Biblioteca Nacional

EN el centenario de Goya no podía faltar la nota, siempre intensamente artística, de la *Sociedad de Amigos del Arte*, cuyas Exposiciones revelan siempre la más exquisita sensibilidad y el más depurado gusto.

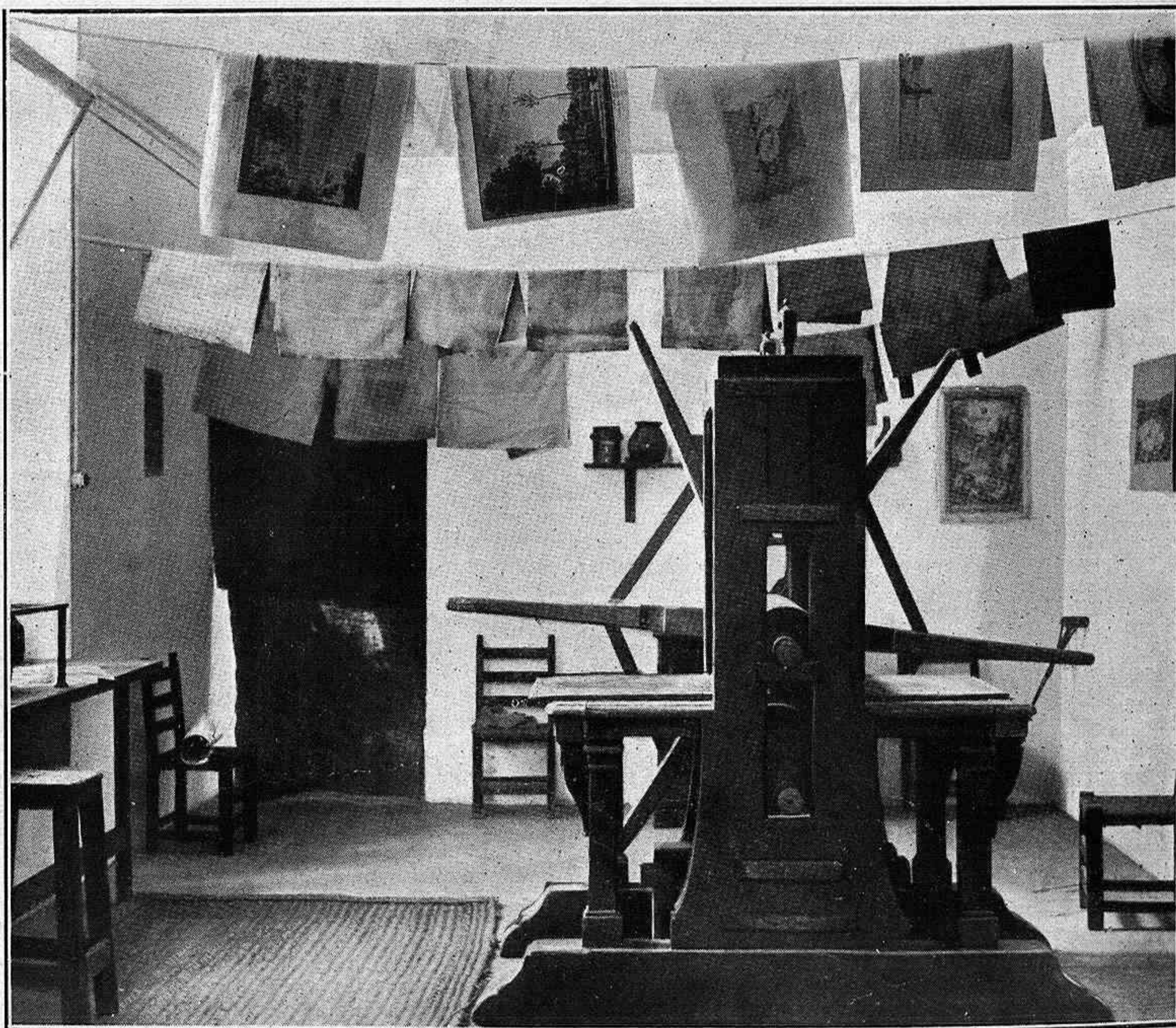
Esa nota es la Exposición de Grabados de Goya inaugurada en el local habitual de los *Amigos del Arte*, en el Palacio de Bibliotecas y Museos.

La Exposición, como todas las que organiza la sociedad benemérita, ha sido instalada procurando poner las obras del inmortal D. Francisco en su más apropiado ambiente: la disposición de las salas y de las obras, los muebles y el decorado, son adecuados a la época en que las obras fueron producidas y que tanto influyó en el espíritu del pintor, y, como remate digno de encomio, ha sido instalado en un saloncito un tórculo de la época de Goya, en que se tiraran pruebas de los grabados.

La disposición del taller, su máquina, sus muebles, todo, en suma, es en ese saloncito absolutamente adecuado a la época que se ha querido reconstruir, y que resulta, en efecto, admirablemente reconstituída.

Al entrar en el taller, sólo se echa de menos la figura principal, la figura cumbre de don Francisco, trabajando en él.

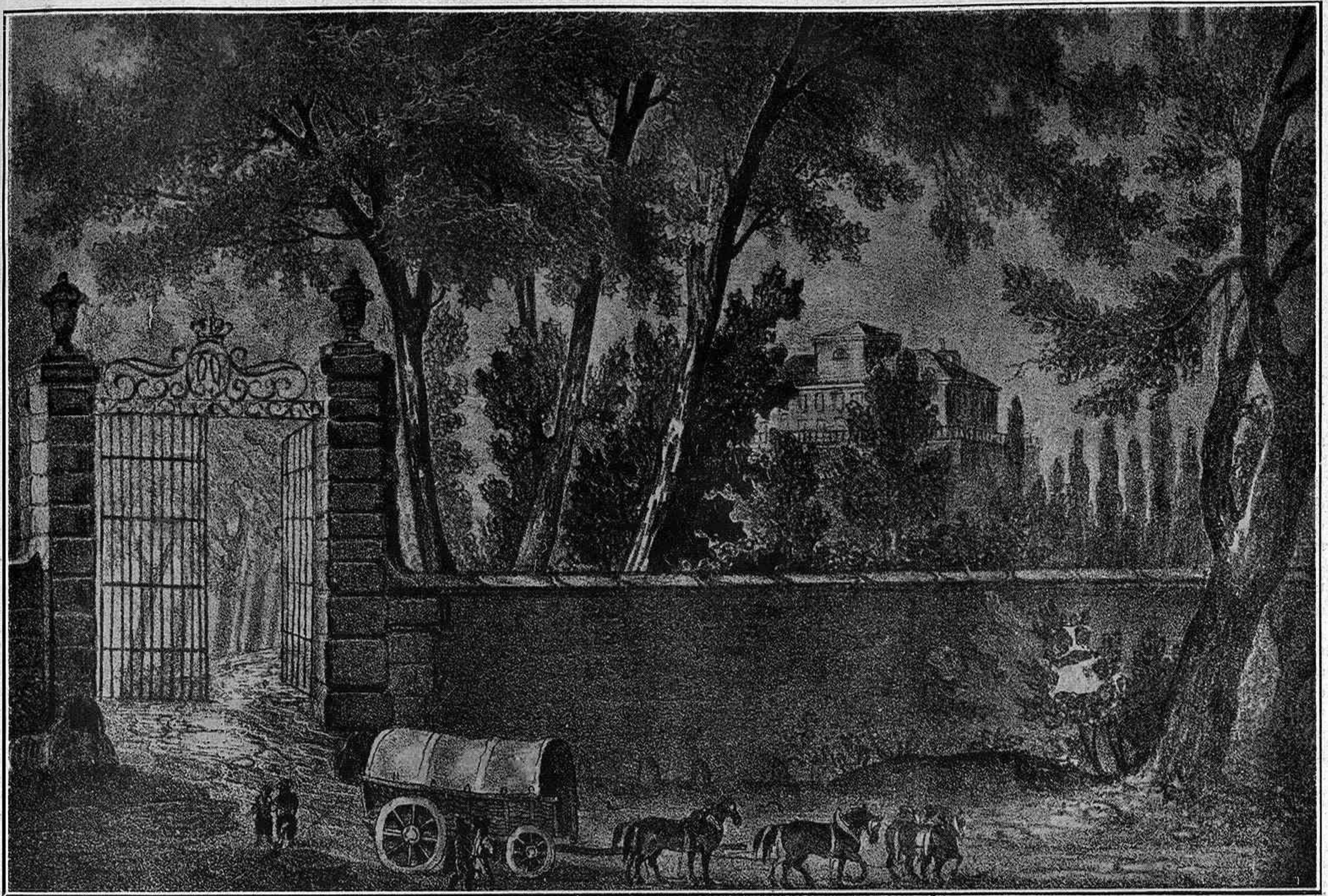
Aún se aumentara el color de época haciendo que los obreros vistieran el traje usado en la época en que Goya vivió.



Característico taller para tirar pruebas de los grabados de Goya, en la Exposición de Amigos del Arte, con los aparatos y tórculo de la época (siglo XVIII) (Fots. Cortés)

E V O C A C I O N E S

EL PALACETE DE LA MONCLOA



Vista del Palacete de la Moncloa desde la Puerta de la Corona

Por fin va á estar pronto para recibir este palacete que bautizó de encanto la sombra de la duquesa de Alba. Los Amigos del Arte, con acierto é influencia, han devuelto al palacete su legítimo y primitivo aspecto.

La emoción de aquel paraje es emoción de cabecera de Madrid, de punto estratégico y vigilante, de altura insinuante, á la que vienen á besar aires norteños y de Castilla la Vieja en el atardecido de que es vigía principal. Yo de niño he pasado algunos días veraniegos hospedado en aquel caserón bogante, y no olvidaré la densidad de la noche allí, como si presencias apasionadas que no son las de la luna ni la del bochorno se refugiasen en aquel altozano.

Por eso la visión mejor para el apasionado rondante es la que se adquiere desde ese hundido Camino de Castilla, junto á la Puerta de la Corona—bordado en hierro que marca el camino—, allí donde los árboles hacen tunelaje de frío y por donde parece entrar en Madrid, encauzado y metido en madre, el aire de los témpanos guadrarrameños.

Desde ese grabado antiguo y desconocido que guardaba para este día entre mis papeles es desde donde se obtiene mejor la visión en rompimiento de luz, en descalajado de cielos altos; la casilla graciosa, novia de todo el paisaje, con tórtolas aristocráticas desde que nació, con la leyenda que necesitaba desde que la duquesa de Alba la animó de verdad de amor.

•••••

Amplios como un país eran estos bosques, en que se reunían, bajo el genérico nombre de Real

Sitio de la Florida, la Montaña del Príncipe Pío, la Moncloa y la propia Florida, segunda parte de la Moncloa.

Repartidos los terrenos del Príncipe Pío y la Moncloa, quedó independizada la Florida, mirador verdoso y rusticano entre Madrid y los campos.

Toda esa demarcación es el oasis de Madrid, el respiro de su deseo de árboles, su parte entrañable, rica en aguas y aguas de vena castiza: el arroyo de Cantarranas, el viaje del Dosillo, el viaje del Botánico, el viaje de la China, el viaje del Pecado Mortal, el viaje de San Antonio, el viaje de la Junquera, el viaje de Huerzuelos y el viaje que brota de la tierra de las Damas.

El palacete que se eleva en la proa tiene el tratamiento de Eminencia que le corresponde, y no por sus títulos de arte, sino de encuallamiento emergente y ultravisor.

Construido en el reinado de Felipe IV por el marqués de Eliche—Liche, como decían las gentes—, tenía un aspecto de palacio de recreo italiano, que al ser adquirido por la madre de la duquesa de Alba, la D.^a Cayetana amiga de D. Francisco el de los toros, lo intensificó, pues, de moda Herculano, la excavación favorita de Carlos III, de los diseños de los palacetes descubiertos allí lejos se tomó inspiración para restaurar el palacillo.

De últimos del siglo XVIII son, pues, todas las cosas que remozaron la atalaya de Madrid, dotándola de uno de aquellos baños que convertían en emperatrices á las damas que los poseían, reflejándose en dianas como en gracia de espejo. (Así, la Diana ó la Susana que se revela

en mármol en esos interiores es, más que escultura, encarnación del momento desnudo.)

La duquesa madre muere un día, y es cuando el interior de ese palacio adquiere independencias soñadas, y Goya interviene y quizá se esconde en aquellas habitaciones que tiene la casa en ese lado misterioso que entonces gustaban de tener todos los edificios, como los muebles, con puerta tan secreta en el muro, que daba á otro mundo y á otros espacios.

En la alcoba del palacete quizá los pinceles de D. Francisco pusieron los trazos de la amistad, el servicio que no se forma de decorar para el recreo los lugares que se quieren bien. Quizá en aquellos ramajes que imitan en la alcoba las celosías verdes de la hojarasca se acuerda Goya de cuando pintó en su pueblo natal aquella puerta de la iglesia en que también quiso borrar la rigidez de los interiores y dar perspectiva á lo que limita la habitación, como usando una prerrogativa del arte creando otras dimensiones donde ya el muro maniobra.

La duquesa Cayetana—¿no es más de ella ese título que el de duquesa de Alba?—adquiere la viña del Bordador para entretenerse en la labor de los campos y para surtir á su casa de la calle del Barquillo con verduras y postres. Tanto aumentan los labrantines y guardas, que la duquesa Cayetana manda construir la pequeña capilla para que la servidumbre oiga misa, más hacia el corazón de la Moncloa, donde hoy está como ermita demasiado pequeña.

Yo sospecho que en las habitaciones que dan sobre los profundos acantilados de la casa, sobre los fosos en que lagartea el jardín inglés, es donde Goya pintó *La Maja desnuda*.

Las majas tienen luz de Madrid, luz de deseo, de belleza sobre lecho cortesano. Pintada la desnuda, sobre todo, en otro sitio campestre, se hubiera convertido en otra creación más simbólica, además de que en lugares provincianos basta para el cortesano otra castidad más irreprimible y más indesnudable, y otro fervor más de acción que de contemplación.

La *Maja desnuda* fué pintada en Madrid cuando ya era viuda la duquesa, como premiando con su coritez toda una vida de adoración, y después de un diálogo más ó menos largo y llevado entre más ó menos días, en que Goya, después de retratarla vestida, pudo rogar de nuevo muchas veces:

—La inmortalidad requiere una desnudez nueva, grácil como ninguna, para que sea puramente de los madriles.

—Ya en la vestida está todo señalado.

—Y se ve que todo estorba, que todo sobra. Ahora es cuando más quiero decir la verdad, dar al porvenir un deseo eterno, fundar un nuevo culto.

—No seas loco... ¿No sería un endiablamiento más que un culto?

—Tú, que de niña has visto en tu casa la maravillosa *Venus del Espejo*, de Velázquez, debes comprender que ya hubo una mujer española lo bastante generosa para conceder sus gracias á la gloria.

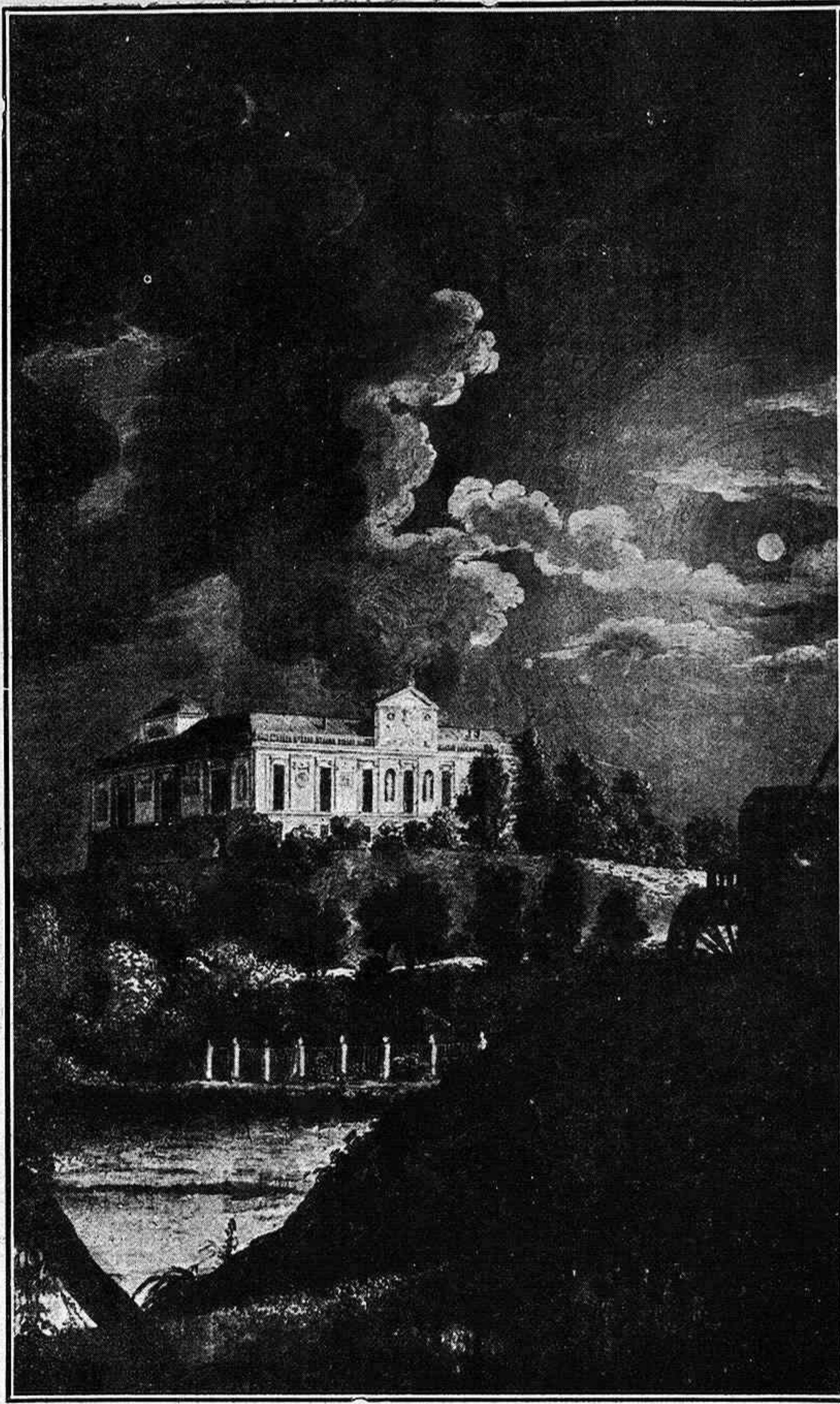
—Pero fué pintada de espaldas.

—Los tiempos que nosotros vamos á encarar merecen una postura más franca... Además, no tienes hijos, y sólo cuando hayas muerto, que quiera Dios que no suceda nunca, los públicos podrán mirarte y admirarte, entre la envidia de los que te envidiaron en vida, y así te seguirán envidiando después de muerta.

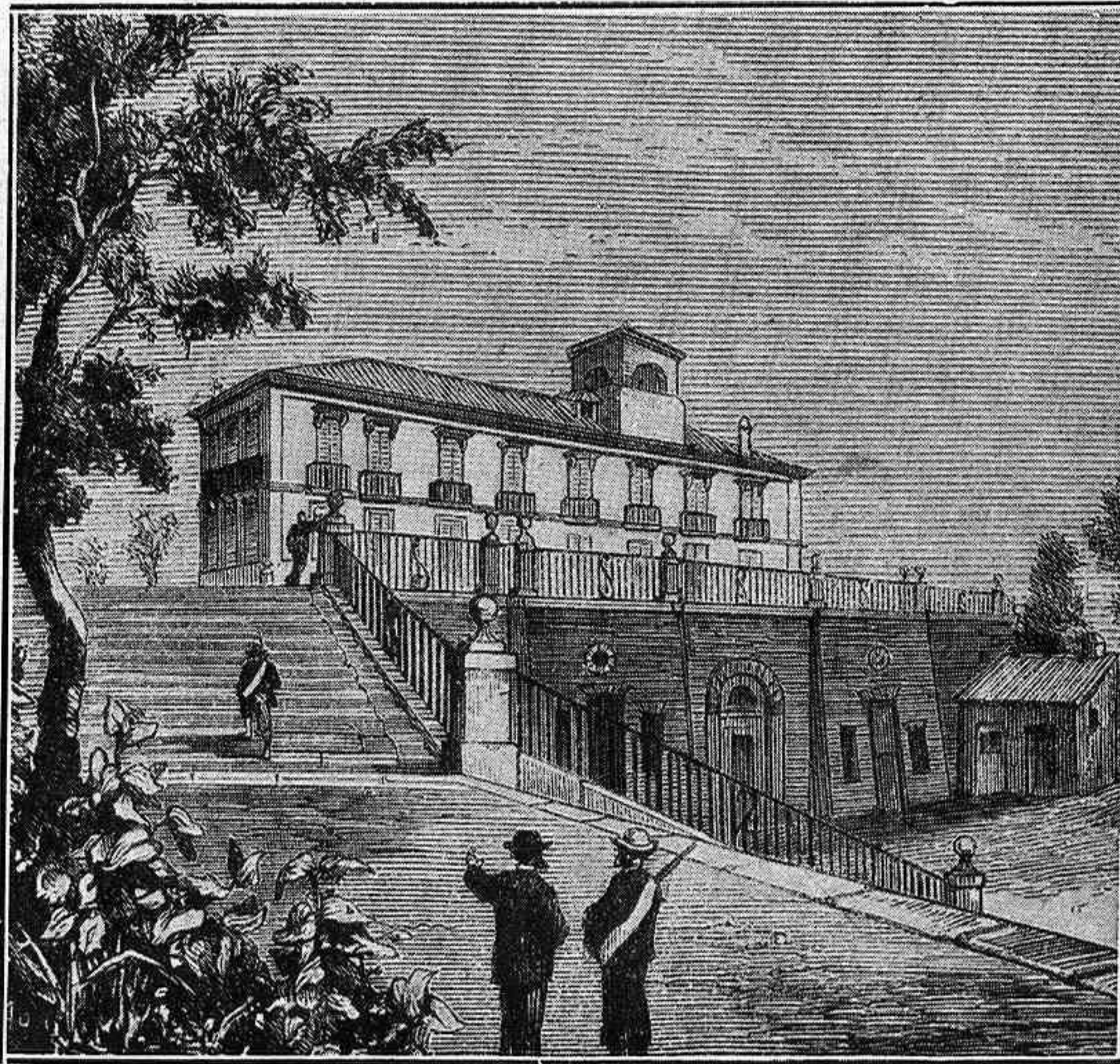
Con audacia suprema, la duquesa Cayetana, en ese fondo de habitación elevado sobre las copas de los árboles, sin indiscreción posible más que de algún mirlo de la Moncloa, desveló sus bellezas y miró los ocasos que iban llegando á cada día como de igual á igual, sin tanta pena ya, pues si á su belleza pudiera llegarla el ocaso humano, aquel desnudo podría ser, después de breve ocultación, como la nueva aurora del día siguiente. ¡El milagro del arte habría logrado la vuelta del sol, renovado después de haberse puesto!

En ese cuadro se ve hacia el lado que sólo la imaginación puede ver: un balcón cortesano por el que entran luces altas hasta buscar un diván vestido de lecho y una mujer esbeltísima que no puede desengatillar el gesto de cerrar las piernas con cierre de alas sobre sus secretos.

Los cuadros aparecen desde la magia de su misterio cuando Godoy los adquiere en la subasta de los bienes de la duquesa sin sucesión. Mas pueden decir los fantasiosos que los eruditos en esta cuestión, cuyo



Vista del Palacete de la Moncloa, por Branvira



El Palacio de la Moncloa

único dato es como un burlín huesecillo de aceituna.

El Palacete vuelve á la Corona como un resarcirse de María Luisa, que también adquiere las joyas de la rival muerta. (¡Ah; pero ahí está su desnudo para reirse de todos siempre y eclipsar á toda rival!)

Los franceses se establecen en el palacete, y Murat ríe su conquista y sus sueños de imperialismo en la casilla culminante de los madriles. Después, José Bonaparte encuentra á la moda de su carácter bondadoso la dulce residencia.

Poco más tarde, Fernando VII, recién casado con su segunda esposa, Doña Isabel de Braganza, pasa allí su luna de miel y hace pintar sus iniciales con guirnaldas y perlas, en juego con aquellos frescos en que la interior alcoba á la italiana se abría al campo gracias al arte que la había empersianado dando á las falsas persianas el verdadero entornado luminoso con que se mira á un paisaje estival.

Se supone que allí pasaron la noche Isabel II y D. Francisco de Asís, siendo lugar favorito de la Reina Isabel II durante todo su reinado.

La política se apodera de él, y el último hecho célebre que se realiza allí es la redacción en una de sus mesas de la nota de contestación á Alemania á propósito de las Carolinas.

Residencia de los ministros de Fomento—por lo que tienen de presidenciales peones camineros—pasan por allí muchos de ellos que dejan escrito su nombre con lápiz en las paredes que cada año ó cada dos años enjabelga la nueva situación, borrándolos por completo.

Canalejas, comprendiendo lo lugar de dicha literaria que es aquel sitio, convida á escritores y periodistas, y Burell da allí una última fiesta.

Por fin, un ministro catalán, Cambó, decide la restauración del monumento—¡olé los castizos!—, y ahora esperamos que aquello pase á ser un lugar vivo de evocación donde se pueda estar y pasear, penetrando en aquellos jardines que Winthuysen ha compuesto con un arte parejo al de aquel D. Vicente Espert, de cuya habilidad se prendó la duquesa Cayetana por cómo cuidaba las flores y adornaba de ramilletes sus salones.

Para estar cerrado y solo no es casi nada este palacete, uno de los innumerables que hay en Francia, Portugal é Italia, como casa entre rústica y á la moda del imperio, sostenida por duques ó principillos, templete de la opereta divertida de la vida si ha habido buenos amores en sus adentros.

Hay que hacerle lugar de recreo y sosiego para los evocadores que logran dar vida á las cosas evocadas.

MÓN GOMEZ

LA SERNA

En el Centenario de Goya

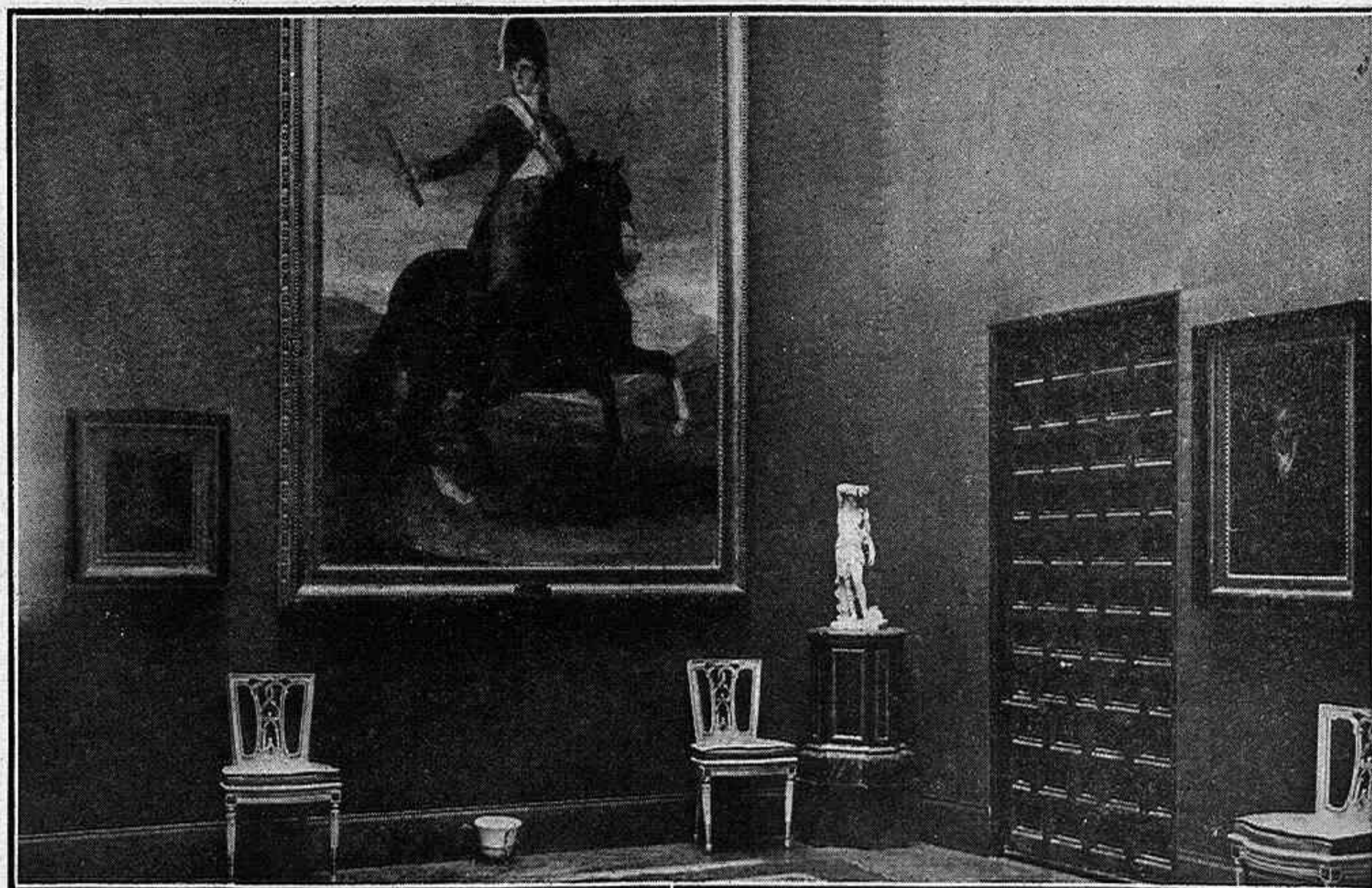
Inauguración de las nuevas salas en la Academia de San Fernando



Un aspecto de la nueva sala de Goya en la Academia. (En el fondo, el retrato de «La Tirana» y el busto de Goya, por Marchi)

Sobrio y armonioso marco presta la nueva sala de la Real Academia de San Fernando á su tesoro artístico de los lienzos de Goya que posee. Bajo la luz cenital cobran nuevo y adecuado encanto las obras magistrales; la tela del fondo, los muebles de la época completan el acierto de la instalación.

Pero no ha sido solamente esta sala la que se ha inaugurado con obras pertenecientes á la Academia, sino los otros nueve grandes salones donde podrán, de ahora en adelante, verse los lienzos que hacen de este Museo el segundo de Madrid, después

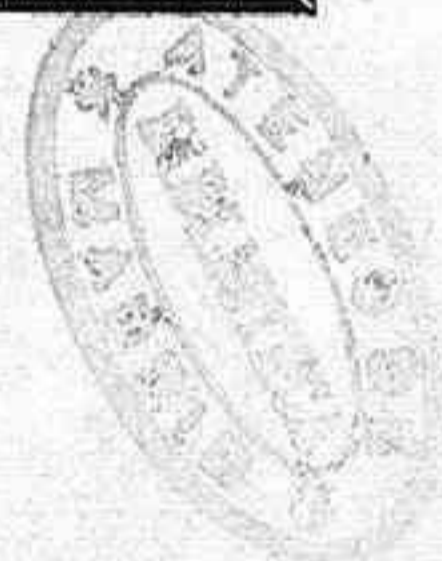


Otro aspecto de la sala de Goya. (En el centro, el retrato de Fernando VII)
(Fots. Cortés)

Nacional del Prado.

Las obras de Velázquez, Zurbarán, Ribera, Murillo, Morales, Rubens, Fragonard Carreño, Miranda, por citar solamente los artistas de primera categoría, también adquieren, cual las de Goya, la importancia debida.

La sala Vicente López, la sala de dibujos originales, la de pintores modernos: Sorolla, Muñoz Degrain, López Mezquita, Madrazo, Garnelo, etc., etc., las esculturas de Benlliure, Inurria, Capuz, Clará, añaden á este Museo, que resurge con motivo del Centenario de Goya, atractivo singular y mérito indudable.

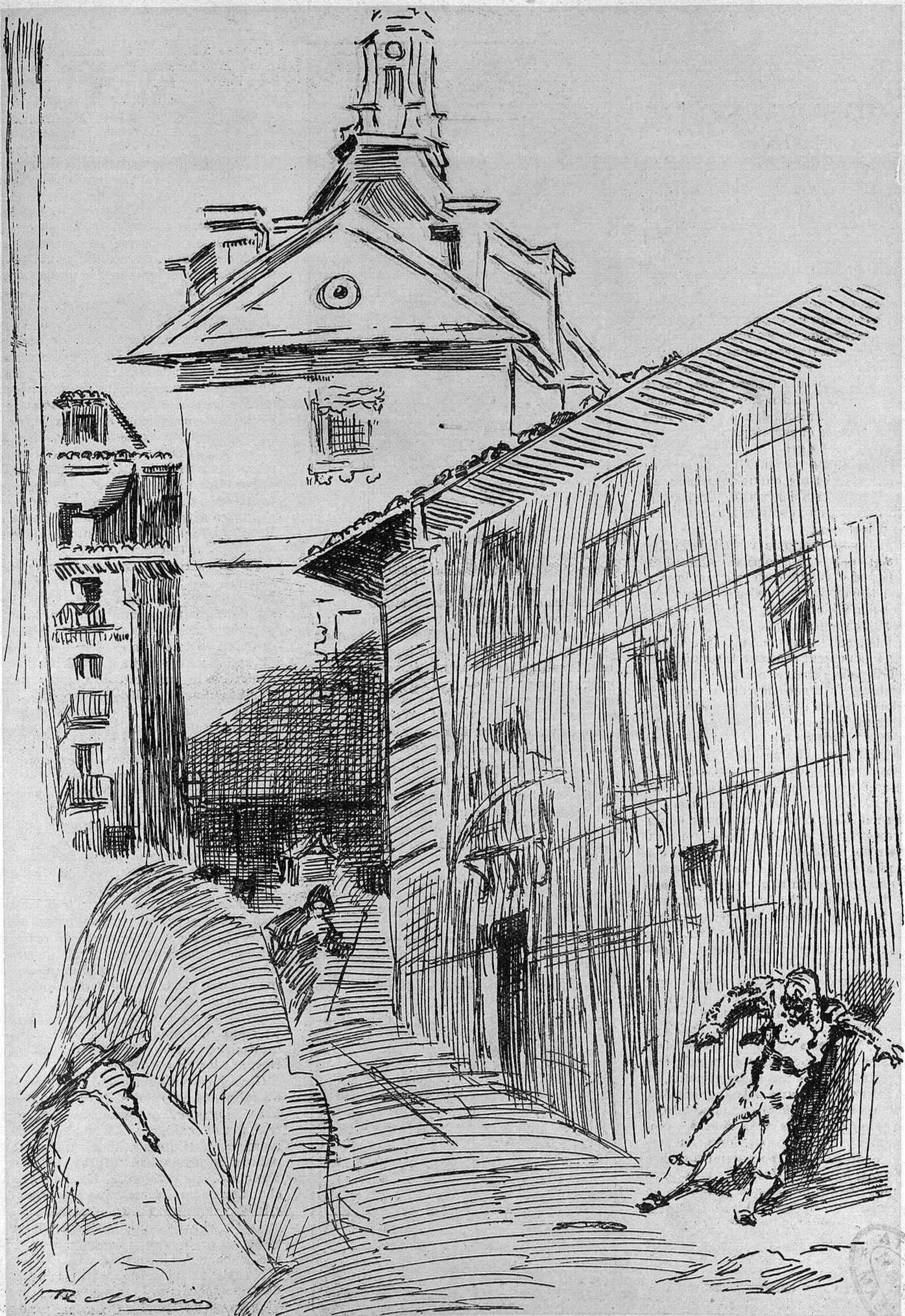


Plaza de la Cruz Verde



EL CHARLATAN

(Dibujo de Marín)



DESAFIADOS SALIERON

(Dibujo de Marín)

ACABA DE PUBLICARSE

«GOYA», POR BERNARDINO DE PANTORBA

Entre la multitud de obras ocasionadas por el centenario de Goya, el ensayo biográfico-crítico original del ilustre crítico y pintor D. Bernardino de Pantorba es uno de los más interesantes. Publicamos a continuación un fragmento de él:

ESBOZO PSICOLOGICO

EXTRAÑA y compleja psicología la de aquel hombre. Con razón se ha fantaseado tanto cuando se la ha querido apresar. ¿Cómo era Goya? Harto difícil es fijar su semblanza. Sus rasgos físicos los tenemos certeramente reflejados; pero de los espirituales no podemos decir lo mismo. Pese á los muchos intentos que se han hecho.

Sus varios autorretratos y el retrato que le pintó D. Vicente López, nos muestran, en diferentes edades, su cabeza vigorosa destacando sobre el abierto cuello la amplitud de la frente, la hundida penetración de los ojos, la anchura de la nariz, la gracia de las rizadas patillas y el avance del labio inferior, que viene á ser como la firma de su gesto; aquel gesto suyo, por él mismo calificado de satírico que, con la acentuación que á las facciones dan los años, llegó á imprimir á su testa el aspecto leonino atentamente recogido por López.

Como complemento de tal fisonomía, que hace recordar la de otro genio de aquella época, artista también y también sordo, Beethoven, ¿quién osará trazar, en breves palabras, un agudo retrato psicológico?

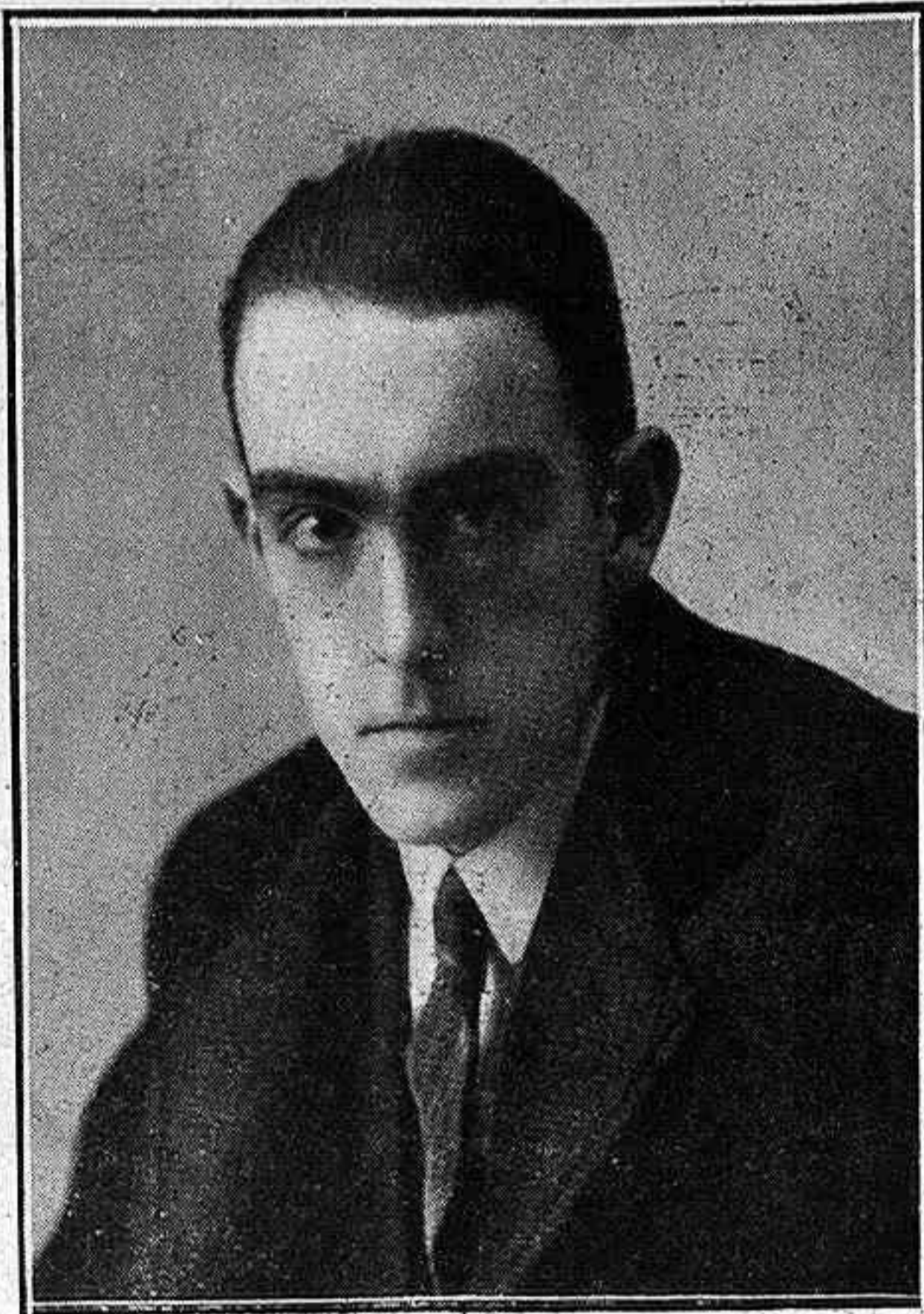
Cuadra á Goya la hermosa y sutil definición del hombre que nos legó Alfonso el Sabio: «bosque de espesura». Ciertamente era un bosque de espesura Goya. Su alma grande, como una antena de sensibilidad, vibró mil y mil veces entregada al oleaje de la vida. Era la vida, sobre su corazón, no aire que resbala, sino viento que sacude y conmueve. Su mirada aquilina no se cansó de bucear, como no se cansó de trabajar, de sembrar, su mano nervuda y recia. Su espíritu estuvo siempre vigilante y tenso, frente á la belleza múltiple que le brindaba el mundo.

Para atisbar la poliformidad de sus gestos, en busca del sintético y definidor, he aquí sus cartas numerosas, con su riqueza de matices. En unas, asoma el hombre destemplado y violento; en otras, el satisfecho y cariñoso; en otras, el burlón y festivo. Esta nos lo presenta incrédulo; aquélla, creyente; esotra, seco, huraño; esotra, suave, generoso, charlatán; ahora, simula con estudiada picardía; ahora, se muestra ingenuamente sincero; aquí, levanta su orgullo; allí, tiende su humildad; ora, pide; ora, ofrece, y, á lo largo del variado panorama epistolar, sufre ó ríe, increpa ó ruega... Las cartas de Goya, como sus obras, revelan una gran diversidad de pasiones, de gustos, de estado de ánimo.

El primero de los indicados aspectos es el que más se ha repetido en las biografías. Se tiene á Goya, ante todo, por un ser díscolo y malhumorado, terriblemente satírico y pendenciero. En particular, los franceses continúan refiriendo, tomándolas de sus compatriotas los primeros biógrafos, reyertas más ó menos sangrientas, en las que no faltan «la guitarra y la Inquisición», para que el sabor «españolista» sea completo.

Cierto es que no escasean en la vida del pintor, especialmente desde la aparición de su sordera, los momentos de mal genio, como aquellos de que, en 1794, hablaba á Zapater: «paso unos ratos rabiando con un humor que yo mismo no me puedo aguantar»; cierto que luego, como todo viejo sordo, hízose gruñón; pero esta faceta de su carácter, por no ser la única, conviene no acentuarla demasiado; no la debemos llevar más allá de lo razonable.

Ese Goya áspero que algunos escritores nos quieren presentar, es el mismo que—lo apuntó discretamente Araújo—se mueve en un ambiente cortesano y medra en él (cosa imposible para quien carezca de sociabilidad y simpatía); es el hombre que habla con afecto de los reyes, del Infante don Luis, de Floridablanca, de Godoy,

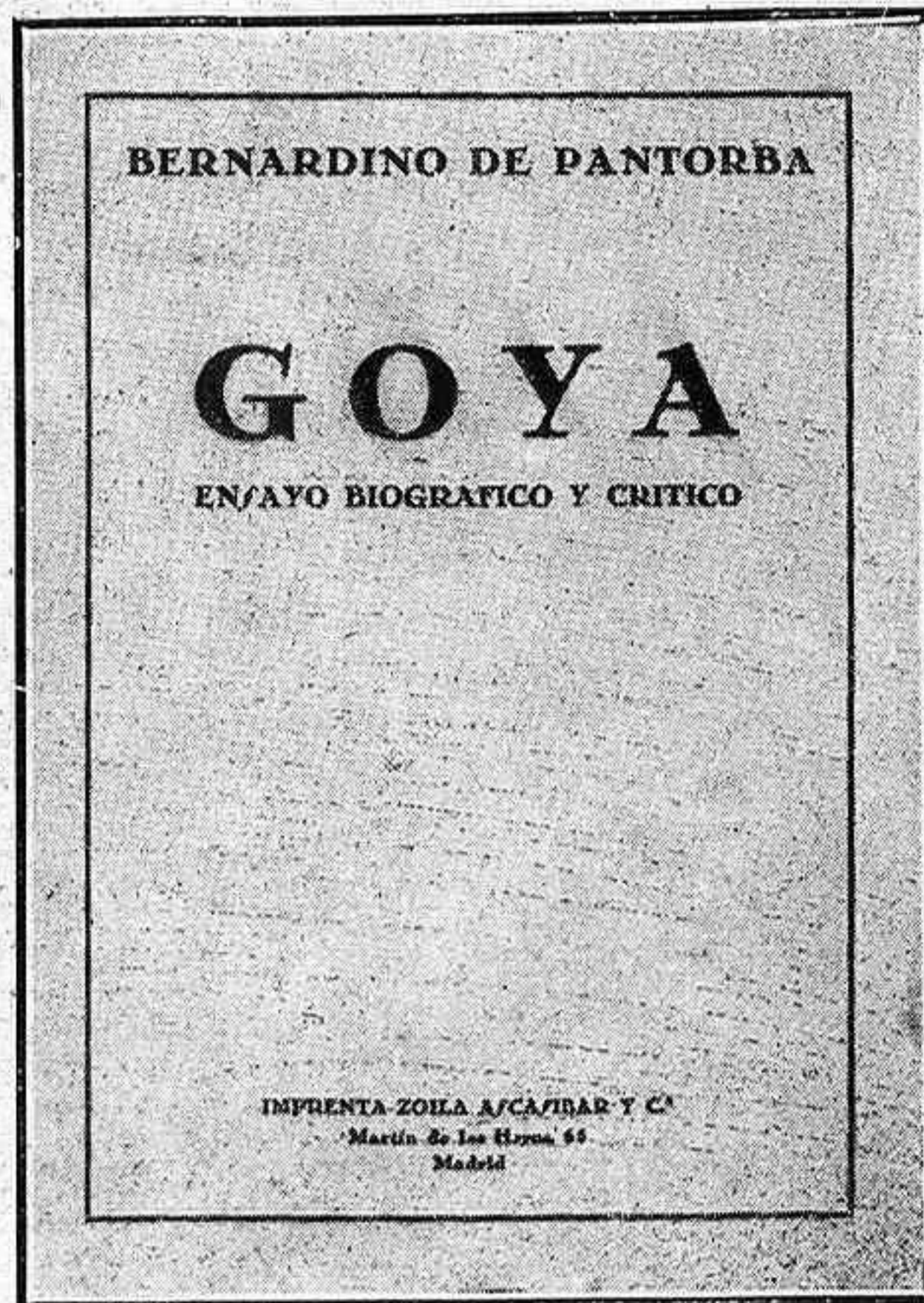


BERNARDINO DE PANTORBA
(Fot. Amador)

de cuantos, en un sentido ú otro, le protegen; el que frecuente, bien recibido en todas partes, la casa real, los palacios aristocráticos, las tertulias de Quintana y Moratín; el que se relaciona con los personajes más encopetados y con los más cultos de la corte; el que atiende al cuidado de su anciana madre y ayuda á su hermano y ama á su mujer y adora á sus hijos; el que conserva la estimación de sus muchos amigos; el que no se ve perseguido, á pesar de sus ideas liberales, por Fernando VII; el que siente hondo cariño por su ahijada Rosarito Weiss...

Ese Goya-ogro mantiene con Zapater una larga correspondencia—modelo de efusión amical—que descubre tantas veces! la limpia sencillez de su alma, el fondo sentimental de su carácter, su afición á las bromas. Fondo que llega á manifestarse plenamente en aquellas palabras dirigidas á su hijo, últimas que escribió su vieja mano: «De tanta alegría me he puesto un poco indispuesto...»

En el disgusto que tuvo en Zaragoza con Bayeu y el cabildo del Pilar hacen hincapié los que pretenden sostenerle como hombre intratable.



Portada del libro «Goya», por Bernardino de Pantorba

Pero basta examinar la cuestión detenidamente, á la luz de los documentos, para no ver en ella sino lo que en realidad hubo: un gesto de orgullo, un deseo de libertarse de la mediocridad artística que querían imponerle Bayeu y el cabildo, éste con su ignorancia y aquél con su criterio ñoño. No era la primera vez—ni era la última—que un artista consciente de su capacidad se rebelaba contra los convencionalismos que dificultan el libre vuelo de la creación. Y aun así, en fin de cuentas, después de haberse rebelado sin faltar á la cortesía (como prueban los términos de su memorial de protesta), la innata bondad de Goya apareció cediendo su derecho y sometiéndose á la dirección de su cuñado en cuanto su buen amigo el P. Salcedo se lo pidió.

Sin duda, la guerra de la Independencia, con su enorme sacudida moral, contribuyó poderosamente á acentuar el lado sombrío, rudo y ácido de su carácter. No era Goya, como algunos han creído, hombre de alma ligera y despreocupada, sino densa y grave. Lejos de permanecer indiferente ante la tragedia de su patria, sintió un hondo estremecimiento doloroso. Y, no teniendo más medio de expresión que su arte, lo bañó en la tormenta de su amargura y lo entregó, como filial ofrenda, á la amargura de España.

Tocamos ahora un punto que ha suscitado controversias. Frente al conflicto planteado por la invasión francesa, que tanta sangre costó á España, ¿se portó Goya como un patriota ó se vendió al extranjero?

Difícil es responder categóricamente. En la niebla, no disipada aún, de la vida de aquel hombre, este punto también se nos presenta con su signo de interrogación. A nuestro juicio, fué un patriota en el sentido severo de la palabra. El calificativo de «afrancesado», que le han echado en cara los escritores tradicionalistas, hoy, dentro de la amplitud de nuestro criterio, no significa ningún delito. ¿Acaso era forzosa señal de patriotismo el oponerse al reinado de Bonaparte y defender, en cambio, los derechos de Fernando VII? La felicidad y la prosperidad de la patria, en desear las cuales se cifra el patriotismo, ¿estaban más amenazadas con el gobierno del primero? Conocida por Goya la vileza, verdaderamente antipatriótica, de aquellos reyes y aquel favorito á quienes había servido, ¿debía colocarse junto á ellos, contra un monarca más liberal y progresista, por el solo hecho de venir éste de fuera? ¿No habían venido también de fuera los Borbones? Aquel cambio de dinastías, ¿era realmente perjudicial para España? Los muchos «afrancesados» que hubo y el pertenecer casi todos ellos á las clases intelectuales, prueba que en el país vivía un deseo de engrandecerlo con aquel hábito de ideas democráticas, tolerantes, generosas, que de Francia partía. Hubo, pues, «afrancesados» que no dejaron de ser patriotas «á su modo»; el modo práctico, dinámico, con que hoy cultivamos ese sentimiento tan desvirtuado por los reaccionarios, por los «patrioteros».

Goya bien pudo ser uno de aquellos patriotas liberalmente orientados. Nosotros creemos que lo fué. Sus grabados de «Los desastres de la guerra», por ejemplo, prueban su alejamiento de las marciales patrioterías. Mientras franceses y españoles se asesinaban en aras de la patria, su mano ardiente y vigorosa trazaba sobre la plancha, dura como el corazón de los hombres, su cristiana protesta. Por encima de los dos bandos en lucha, el artista no atacaba á ninguno; compadecido de los dos y horrorizado por los dos, predicábales la fraternidad.

No cabe excluir de su ideario este asomo de la doctrina socialista. Pese á su escasez de cultura librepensadora y á su descuidada ortografía, no fué Goya un ignorante. Si leyó poco, adivinó mucho; si le faltó ilustración, le sobró talento natural; dió largo alcance á su mirada, y por eso hoy le encontramos, en tantos aspectos, tan cerca de nosotros.

ZAMORA MONUMENTAL

La romántica iglesia de los Templarios

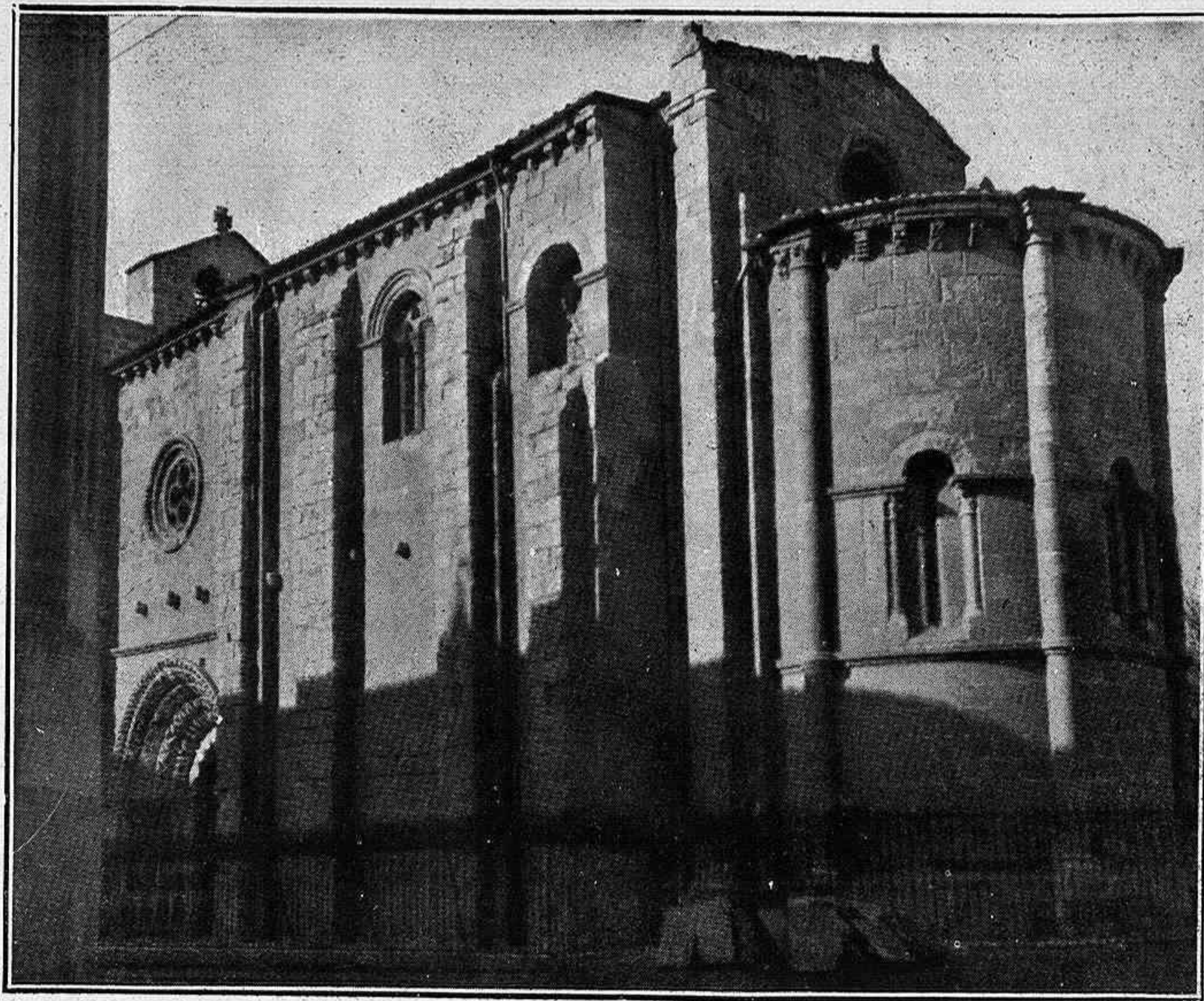
INTERESANTE y bellísima iglesia de la Magdalena! ¡Joya de arte, orgullo de Zamora! ¡Admirable evocación de un pasado espléndido de fe y de esperanza! ¡Brillante encarnación de una época de gloria y de ventura! Tus piedras de oro cobijaron el denuedo y el entusiasmo de los desventurados caballeros del Temple, y oyeron sus votos solemnes, siendo refugio de paz de los hermanos de Hugo de Paganis y de Jofre de S. Ademaro. ¡Dichosos tiempos de romance y de epopeya!

En concepto de otros, fué poseída la iglesia, y ello, sin duda alguna, desde el siglo XIV, por la Orden de San Juan de Jerusalén.

También hay historiadores que adjudican el templo de la Magdalena de Zamora á la Orden del Hospital.

Quizá una revisión atenta y acuciosa de los archivos herméticos aclarara el misterio entenebrecido por la incuria y el abandono con que se han tratado siempre los papeles viejos.

Y á tal fin diremos que en *La monarquía eclesiástica ó Historia universal del mundo*, de Fray Juan de Pineda, consta que, hallándose en Zamora su autor en el año 1545, habló con un sacerdote de la Orden de San Juan, quien le contó que en un «socarren» de la iglesia de la «Orta», en la torre había encontrado, con los papeles de San Juan, «una piel de carnero, toscamente aparejada y en muy cerrado lenguaje castellano es-



La romántica iglesia de los Templarios, en Zamora

crita de arriba á baxo, y en ella y de ella pendían, seis sellos cada cual de su cordón, y cada sello tenía firmado el nombre de cuyo era donde en la piel estaba preso; y en este instrumento se contenía, como por mandado del Papa, habían hecho pesquisas por toda España sobre la vida y costumbres de los Templarios; y testificaron los allí afirmados que no hallaron contra ellos cosa que se les pudiese acusar en juicio, sino de loable conversación y exemplo; y que así lo daban jurado y firmado de sus nombres en Salamanca...», etc.

Desgraciadamente, del documento no queda, al parecer, más que la referencia. Francisco Antón, el sagacísimo arqueólogo zamorano, en su admirable trabajo-estudio sobre la Iglesia de la Magdalena, así también lo afirma.

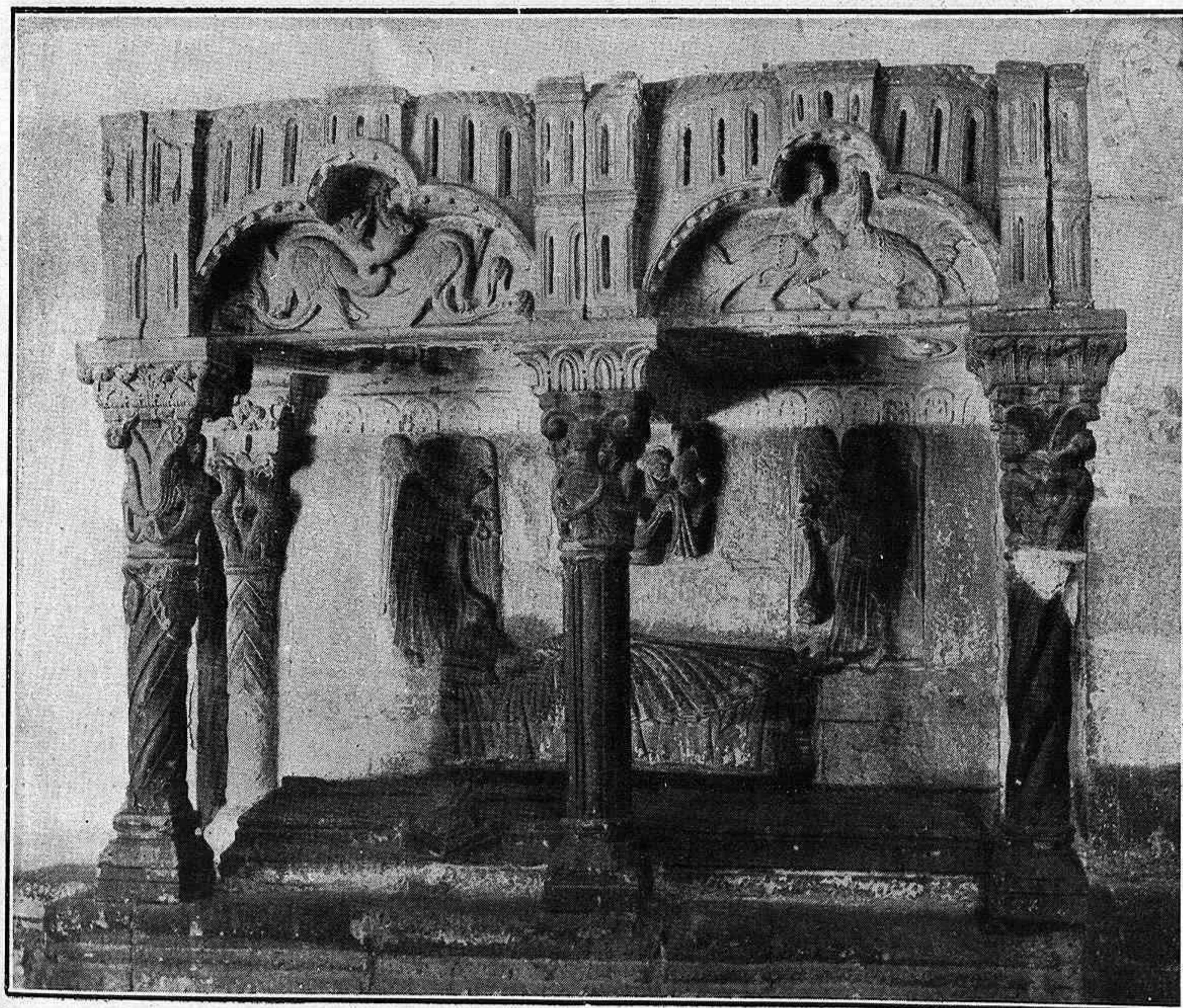
Pero, de todas suertes, el templo de la Magdalena zamorano fué santuario de caballeros y cruzados de un ideal altísimo: refugio romántico de la fe tuvo que ser siempre el que hoy es reliquia de un pasado de maravilla, gloria de ignorados alarifes; y á su sombra vivieron en comunidad una estirpe gloriosa de soñadores y de caballeros...

Y en la nave sencilla, junto al baldaquino del Evangelio, se levanta un sobrio sepulcro, «admirable ejemplar del arte escultórico y decorativo castellano en el siglo XIII».

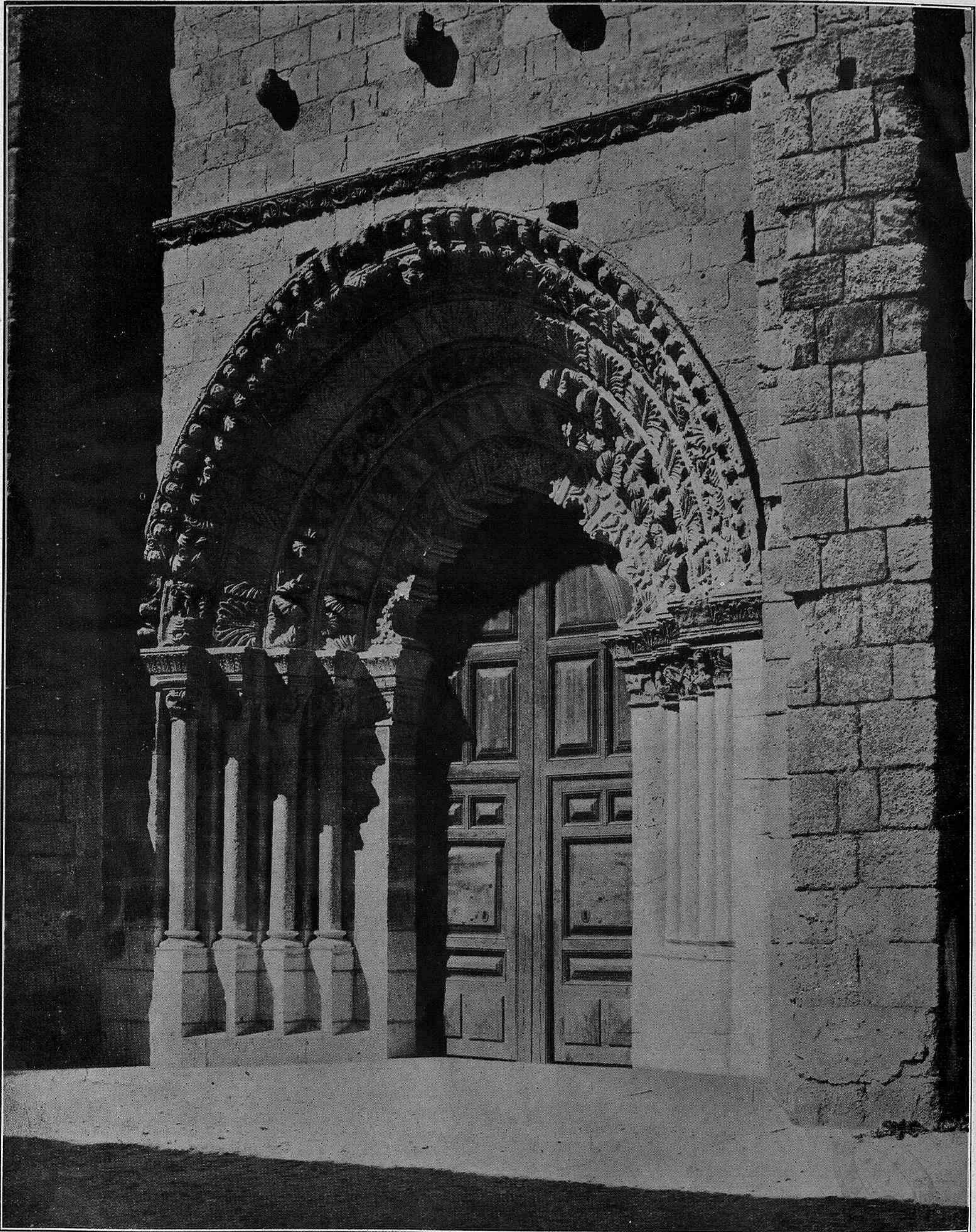
¿Quién yace en aquel magnífico sepulcro? ¿Qué restos reposan en eterno sueño bajo aquellas piedras trabajadas con fervor de creyente en una fiebre de inspiración altísima?

¿Es una dama de calidad? ¿Un caballero? ¿Es un cruzado de la Orden de San Juan? ¿Es un templario? ¿Es algún rico-hombre de Zamora?

¿Insondable misterio! ¡Arcano indescriptible! Enigma obscuro de los tiempos: *Sic transit glo-*



¿Quién yace en este magnífico sepulcro? Sólo el arte es eterno...



Hermosísima puerta de opulenta ornamentación bizantina, que da acceso á la iglesia

ria...: nacimiento desconocido; muerte oculta.
De la grandeza pasada únicamente vive la inspiración del arte, la exquisita y grandiosa suntuosidad de las piedras que hablan, el espíritu del artista que ha sabido encerrar los títulos y vanos honores de la tierra en una urna cineraria eterna.

Si es cierto, como dicen los franceses, que á tal señor, tal honor, el sepulcro de la Magdalena, si no es de rey, merecía serlo.

¡Bienaventurado el mortal que reposa en paz á su sombra el sueño eterno en aquel sepulcro admirable! Y más venturoso todavía, porque quién sabe si lo mejor que hizo ó mandó hacer

en su vida fué aquel arca de respeto que suspende el ánimo de cuantos la admiran y transporta el alma de los que visitan la iglesia romántica de la Magdalena á regiones de arte, que son espacios de paz y de luz para el espíritu.

CARLOS FALAMITA

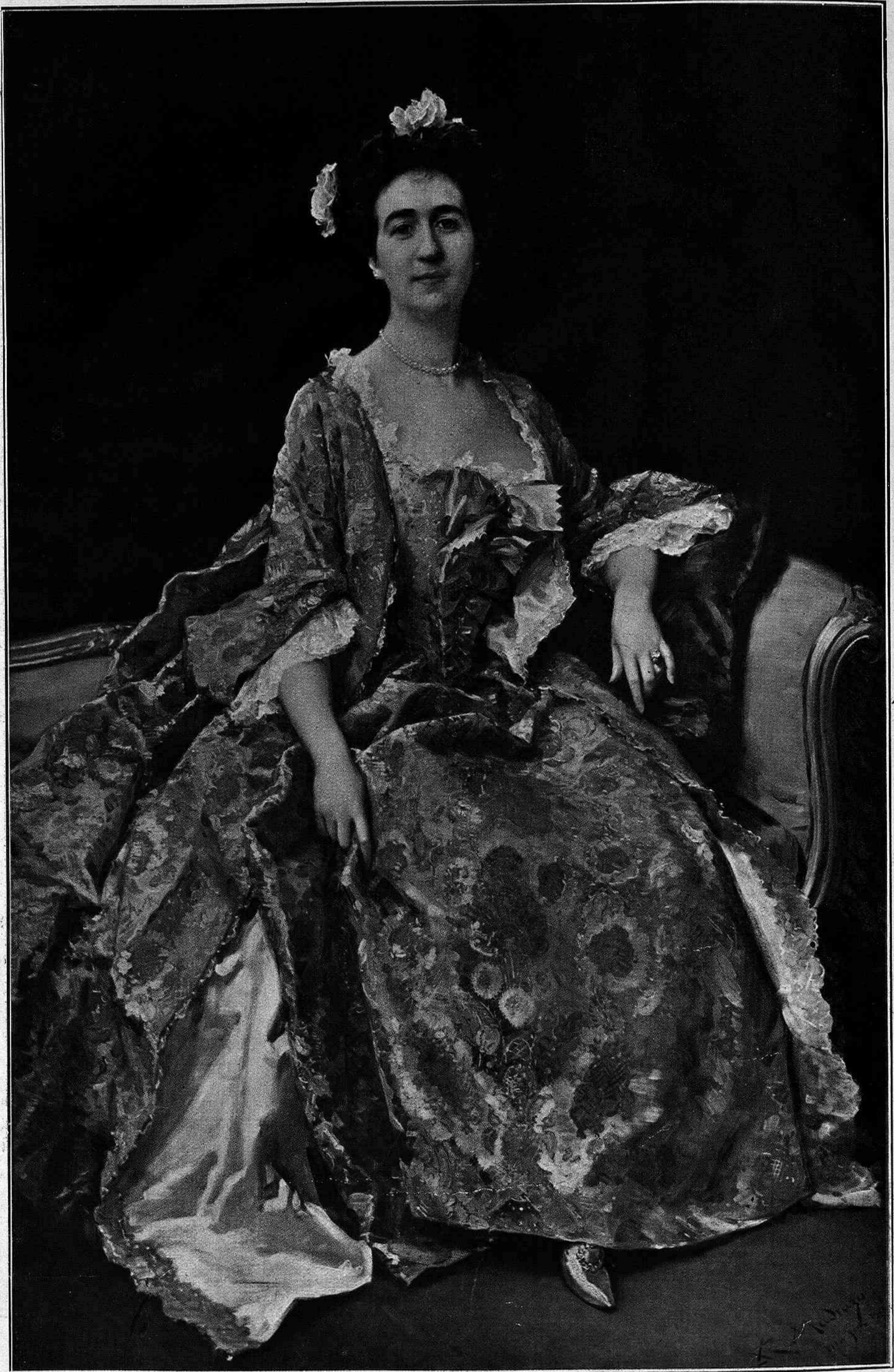


**GOYA, PINTOR DE
ASUNTOS LITERARIOS**

«El hechizado»

Sólo por excepción pintó Goya inspirándose en temas literarios. Se conservan dos cuadros pequeños que llevan por título «El burlador de Sevilla» y «El hechizado». Reproducimos en esta plana el segundo, que pinta la jornada II de la comedia de Zamora «El hechizado por fuerza»





«La esposa del artista», retrato de Raimundo de Madrazo, donado recientemente al Museo de Arte Moderno por Su Majestad el Rey



EN EL CENTENARIO DE ALBERTO DURERO



«La pequeña Venecia», uno de los más bellos y sugeridores lugares de Nuremberg

Al tiempo que España, y con España el mundo, conmemora el primer centenario de la muerte de Francisco Goya, Alemania, y con Alemania el mundo, conmemora el cuarto centenario de la muerte de Alberto Durero.

Alberto Durero nació en Nuremberg el 21 de Mayo de 1471, en una casa de la Wiuklergasse, donde su padre tenía un taller de orfebrería. Fué el tercero de dieciocho hermanos, y le apadrinó el famoso impresor Koburger, una de las más ilustres figuras en aquel esplendoroso renacimiento de la gran ciudad germánica, que diríase se estaba preparando para el hecho culminante de aparecer Durero, el genio de su pintura.

Prodigioso espectáculo de material prosperidad, de intelectual grandeza, ofrece la Nuremberg entonces. Su orfebrería, sus armaduras, sus instrumentos de física y de matemáticas, sus empresas industriales, tenían universal reputación. Un hijo de Nuremberg había inventado el reloj. Martín Behaim descubre, en 1485, el Brasil y el estrecho de Patagonia, y construye en 1492 el primer globo terrestre completo. Acababa de ser inventada la imprenta, y ya Antonio Koburger publica las obras de Wentzel Jamnitzer y de Hans Lencker, acerca de la Perspectiva; los libros de Hans Siebmacher con modelos de orfebrería y de encajes; de Virgil Solis, Paul Flindt y Peter Floetner, acerca de vasos y ornamentaciones; de Paul Furst, sobre los bordados; Pierkheimer y Gamerandus humanizaban la evo-



ALBERTO DURERO

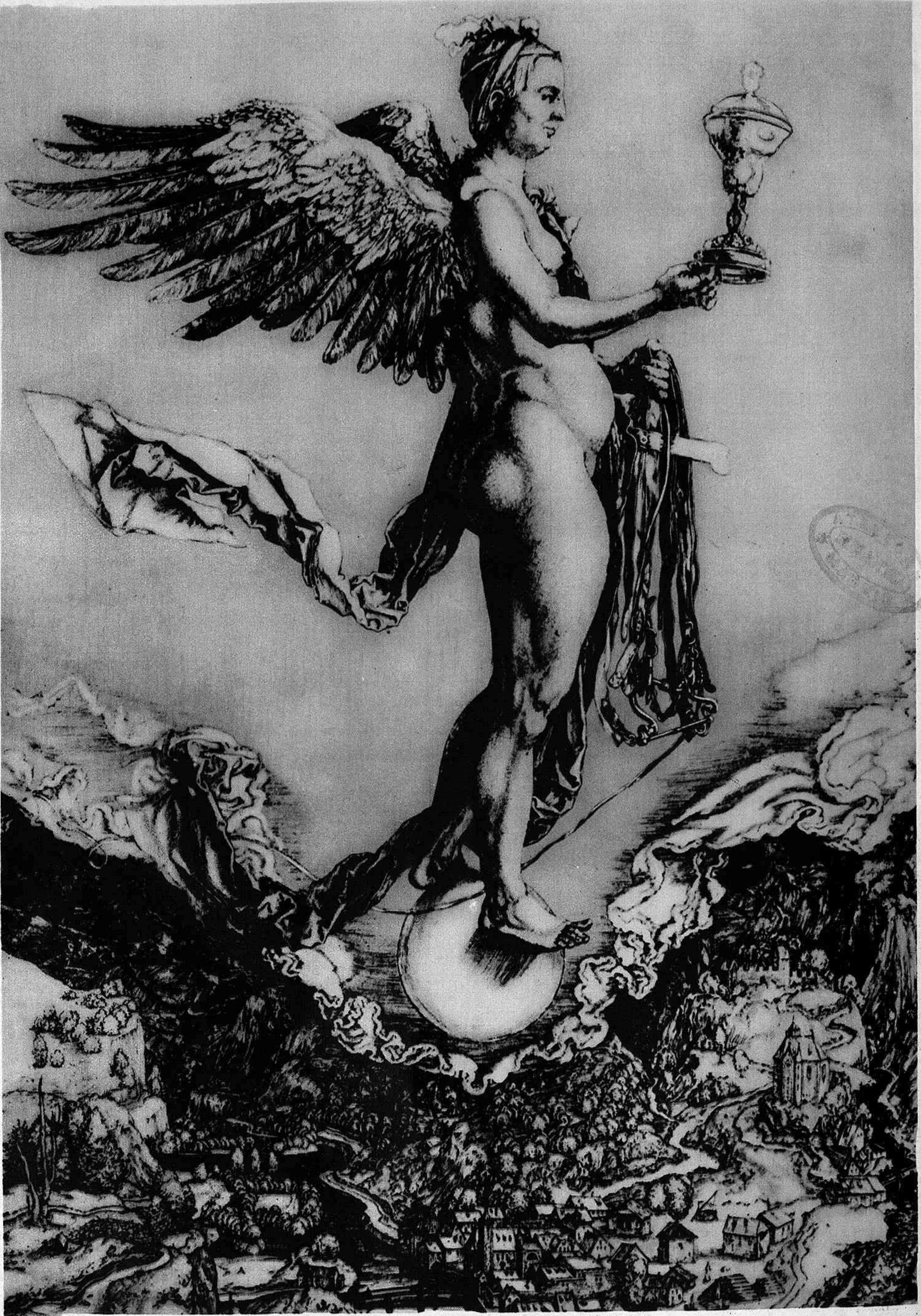
Gran artista alemán, cuyo cuarto centenario de su muerte se conmemora ahora en Alemania

lución de las ideas; Melanchthon fundaba el Gimnasio. Las corporaciones ponían escrupuloso cuidado en no dar á la venta sino obras perfectas, señaladas con la N célebre, y destruían aquellas defectuosas, castigando con severas multas á los fundidores que pudieran perjudicar al prestigio de la ciudad. El comercio exportaba á Italia, Hungría, Francia, Polonia y Holanda. Recibía por Ansburgo los orientales tesoros, y los remitía por Esfurth á los países del Norte. Los hijos de las familias ricas hacían sus estudios en los colegios superiores de Polonia, Padua y Pavia. Traían de Italia, con el gusto de las artes y de las ciencias, la práctica inteligencia y el prestigio fecundo. Y en las calles tortuosas, de edificios que aun hoy conservan todo su romántico encanto, y en las que sonaba el manso rumor de las aguas del Pegnitz, iban y venían los armoniosos vuelos del «ruiseñor de Widenberg», los *lieder* salidos de la zapatería de Hans Sanchs, el más significado de los Meistersinger...

Eneas Sylvius, el secretario del Emperador Federico III, que luego fué Papa bajo el nombre de Pío II, llamaba á la ciudad la más bella del mundo, aquella en «la cual los simples burgueses vivían mejor que los reyes de Escocia».

Y sin embargo...

Niebla la melancolía este período de la historia germánica. La sombra de Lutero empieza á entenebrecer los espíritus, despojándoles de la poesía católica. No les liberta, les entristece. Les despoja de in-



«La gran fortuna», grabado original de Alberto Dürero



«El molino», acuarela original de Alberto Durero

genuas y tiernas creencias, y no les da suficiente claridad especulativa. Un esfuerzo austero y enérgico imprime á las conciencias, pero las hace el amargo don del pesimismo.

¿Es esto lo que hay en toda la obra de Alberto Durero, tan poderosa, tan profunda, tan terrible en su inmovible *violencia reposada*, pero tan desconsoladora é insatisfecha de sí misma?

Tal vez. No se olvide que por encima del esplendor artístico, de la riqueza industrial, del intelectual renacimiento, Nuremberg era como el símbolo de Alemania.

Mientras Italia, por ejemplo, daba á su arte las paganas mitológicas y ponía la inspiración como una mirada de amante sobre las inmortales bellezas clásicas; mientras España y Francia sentían animado su latinismo por este soplo embalsamado de jardines helénicos y de marinas azulosidades mediterráneas, la Reforma extraía las raíces del espíritu germánico. El ansia insaciable, angustiosa, devoradora de saber, de romper sellos enigmáticos, descifrar secretos y de bucear en los abismos hondos del propio pensamiento, conmovía á Nuremberg, como á toda Alemania. Y nada le importaba cuanto la hacía próspera, fecunda, poderosa y admirada.

Así, el genio del arte alemán reflejaba este reflexivo y melancólico descontento del vivir, una modestia desencantada, aun en medio de sus triunfos, á pesar de que es adulado por reyes y pueblos. El emperador Maxi-



Autorretrato de Alberto Durero, hecho en 1593, y que pintó para su prometida, Inés Frey

miliano le trata como amigo; Lutero le consulta sus estudios filosóficos; en Venecia es obsequiado como príncipe en victorioso retorno; en Flandes, los hosteleros se negaban á cobrarle el hospedaje y solicitaban como un favor un nimio dibujo ó un simple autógrafo; la princesa Margarita le obsequia y enriquece. En Roma, sus grabados se cotizan á altos precios, y Rafael le suplica cambio de ellos por dibujos. A su estudio de Nuremberg acuden, con los prohombres de la ciudad, como Pirkheimer y Melanchthon, los más ilustres artistas, que escuchan sus palabras como revelaciones de oráculo.

Y, sin embargo, Alberto Durero confiesa humildemente que: «En verdad, la Naturaleza contiene, encierra al arte. El que consiga extraerle y librarle será un maestro. Pero no por ello se crea nadie capaz de hacerlo mejor que la Naturaleza creada por Dios. Jamás lo que nace en la imaginación del hombre podrá sobrepasar á la Naturaleza.»

Alberto Durero languidece, además, de melancolía. Se refugia en los grabados de madera, cobre y aguafuerte como un filósofo en sus meditaciones. Alterna con las *Instrucciones para medir con la regla y el compás*; con las *Instrucciones para la fortificación de ciudades*, y los cuatro libros de las *Proporciones humanas*, sus *Confesiones*, sus *Diarios de viaje*, sus cartas al consejero Wilibaldo Pirkheimer, una de las cuales muestra bien claro su pesimismo ciego para la felicidad pre-



«El caballo blanco», grabado original de Alberto Dürero





«El caballero», grabado original de Alberto Dürero



«Retrato de Felipe Melanchthon»

sente y enfermo de clarividencia para el dolor futuro. Es cuando crea las figuras de *Adán* y *Eva* que conservamos en nuestro Museo del Prado, y que son, en la belleza de sus formas, como un eco de la estancia en Venecia. «¡Ah!—escribe á su amigo desde Italia—. ¡Qué frío tendré después de este sol! Aquí soy un señor; allá abajo (en Nuremberg) seré otra vez un pobre artesano.»

Venecia, realmente, fué generosa y entusiasta para con él. Obtiene máximos triunfos.

«He reducido al silencio—exclama en una súbita arrogancia confidencial—á los pintores que aseguraban que yo no servía más que para grabar y que en pintura no conocía nada de los colores. Todo el mundo dice que no ha visto nunca un colorido tan hermoso como el mío.»

Y añade, aludiendo al maestro Bellini: «Me ha alabado mucho ante un grupo de nobles, y desea vehementemente poseer algo mío. Ha venido en persona á mi casa y me ha rogado que le haga un trabajo que quiere pagarme muy bien.»

Pero en otro instante de desaliento se considera pequeño é incapaz de mayores empresas literarias y artísticas.

«Otros vendrán, estoy seguro, que escribirán de estas mismas materias y pin-

tarán mejor que yo, porque no me engaño respecto del valor verdadero de mis obras y de sus defectos. ¡Ojalá pudiera Dios concederme el ver las obras y aprender el arte de los grandes maestros futuros! ¡Cuántas veces he adivinado en mis ensueños magnas obras artísticas y he visto bellísimas cosas que luego se desvanecían al despertar, perdiendo hasta el recuerdo dulce que en mí dejaron! Que nadie se avergüence

de aprender, porque una gran obra requiere consejo y estudio.»

Y más aún que en sus escritos, hallamos la tristeza de este alma atormentada, en los grabados. Es aquí, en las obras concebidas después de largas cogitaciones brotadas como un sudor de agonía de los textos evangélicos, donde Alberto Durero desnuda el espíritu y le ofrece á los siglos. Es en la *Grande Pasión* y en la *Pequeña Pasión*, en la *Vida de la Virgen*, en las *Alegorías del Apocalipsis*, en las *Armas de la muerte*. Es, sobre todo, en esos tres grabados supremos que se titulan *San Jerónimo en su celda*, *El Caballero*, *la Muerte y el Diablo* y *Melancolía*.

San Jerónimo, que representa la más armónica y serena interpretación del creyente, envuelto en



«Retrato de Willibaldo Pirheimer»

la luz polícroma de la vidriera gótica—aquellas vidrieras que Melanchthon aconsejó respetaran, «porque nunca fueron objeto de culto católico»—y expresión feliz de la quietud dulce y reposada que nunca pudo encontrar el espíritu del artista.

El Caballero, que cabalgando desdeñoso é indiferente de la muerte y del diablo, sus compañeros de camino, es acaso Martín Lutero. En la



«La Virgen amamantando al Niño»



«La Virgen de la Pera»

(Grabados originales de Alberto Durero)



Casa natal de Alberto Durero, en Nuremberg



Monumento á Alberto Durero, en Nuremberg

frente que oprime el casco, en la expresión dura y altiva del energético rostro, se adivinaban las palabras augurales: «Y cuando el mundo será pleno de demonios que quieran devorarnos, nada tendremos que temer y triunfaremos en todo.»

Por último, el Angel meditabundo y grandioso de *Melancolia*, envuelto en la luz boreal, fría y triste, es el propio artista escéptico, acuciado por todas las preguntas sin respuesta.

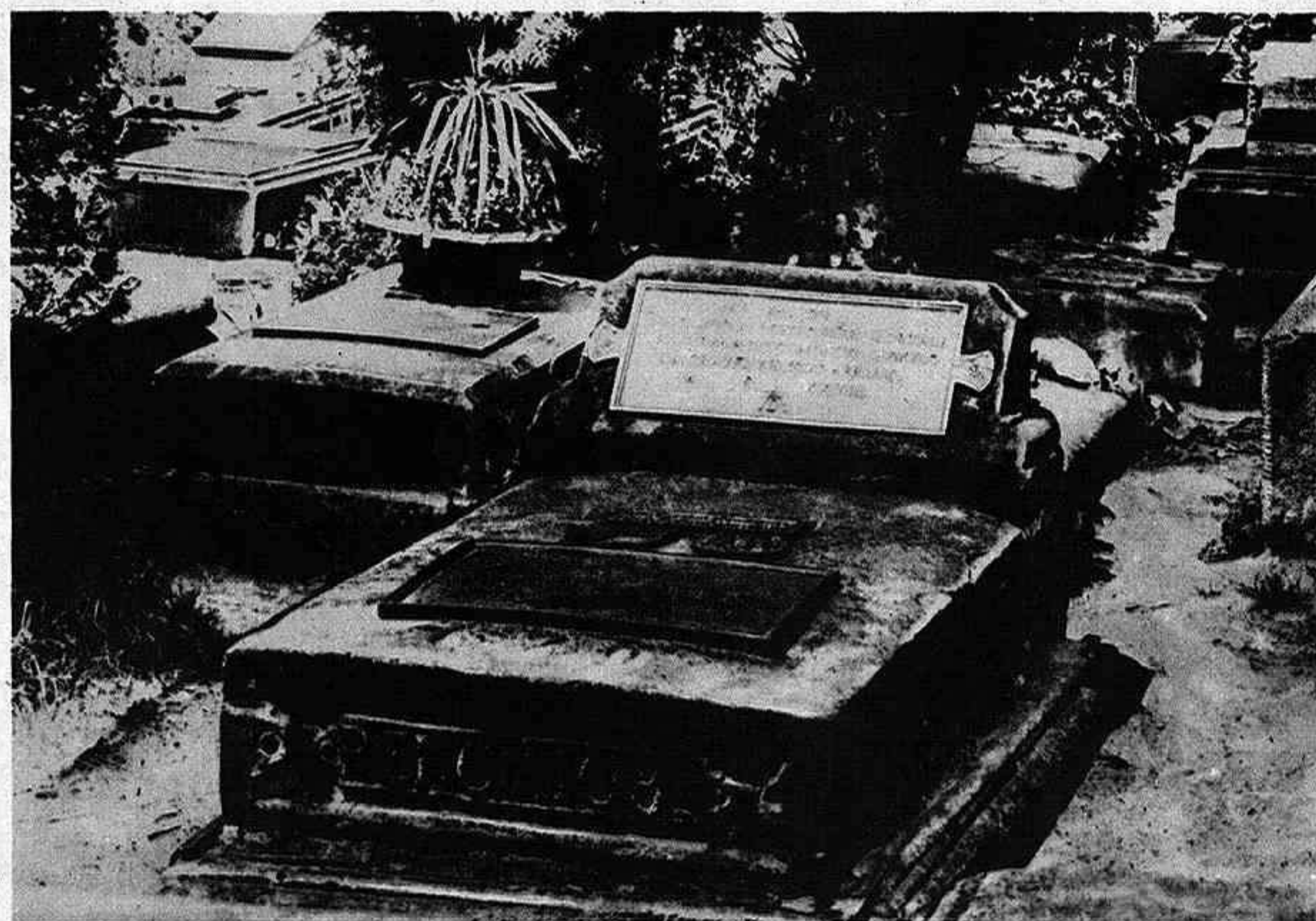
Incluso la del amor. Porque tal vez esta enorme sensación de amargura, de desesperación reflexiva que causa la obra de Alberto Durero, nazca de que su vida fué moldeada por unas manos torpes y zafias de mujer.

Estas manos fueron las de Inés Frey, la avarienta hija de Hans Frey, con quien casó á los veintidós años, «el lunes antes de la fiesta de Santa Margarita», y á quien ofreció uno de sus bellos, de sus autorretratos—aunque superior al que poseemos en el Museo del Prado—, pintado el año 1493, representándose con un ramillete de florecillas azules en la mano.

Estas flores son las mismas que llevara la *Fortuna* en el grabado en cobre de dos años después, y—¡caso curioso!—sólo hasta 1560 aparecen clasificadas por primera vez en la literatura botánica con el nombre de *Fryngium Amethystinum*.

Durero las pintó en su mano como un símbolo

de la fidelidad y de la alegría que le causó encontrar aquella planta desconocida, y envió el retrato á su prometida, á la que había de ser torturadora y explotadora de su vida, con la siguiente leyenda: *My sach die gat, als es oben schtal*. (Que sea mi suerte lo que el cielo disponga.)



Tumba de Alberto Durero

No, no fué «su suerte la que el cielo quiso», sino la que Inés Frey, la vulgar, la desligada de las inquietudes sentimentales, la demasiado prosaica, la enferma de avaricia y de incompreensión estética, envenenó para siempre.

«Buscad siempre la mujer», dice el proverbio, y en «el genio melancólico y reflexivo» hay que buscarla también.

En ella piensa el ángel sombrío de *Melancolia*. En ella pensó el artista cuando la nombra «mi maestra de cálculo» al redactar su testamento poco tiempo antes de morir.

Ella, la que tal vez sintiera un tardío remordimiento cuando el hombre que tanto la amó, se fué de la vida el 6 de Abril de 1528.

José FRANCES



«La Sagrada Familia», grabado original de Alberto Durero





L A T E L A D E A R A Ñ A

Es curioso observar cómo en el género teatral de las revistas modernas, no son precisamente los artistas escenógrafos quienes influyen en su presentación y en sus armónicos conjuntos de trajes y decorados, sino los cartelistas, los estampistas, los ilustradores editoriales.

De igual modo los dibujantes han ido modelando el tipo de muchacha moderna, hasta el punto de que las grandes revistas literarias, los comentarios gráficos en periódicos y novelas populares, son consultados por las mujercitas de hoy, como las de ayer los figurines de las publicaciones de modas. El caso de la *Gibson Girl*, de aquella influencia que el gran dibujante norteamericano ejerció sobre sus contemporáneas desde las páginas de *Life*.

Pero donde la obra del dibujante significa

una verdadera colaboración con el zurcidor de escenas arbitrarias y el músico de canciones y bailables «pegadizos al oído», es, según, se dice antes, en los teatros de revistas.

Es, por ejemplo, *La Vie Parisienne* imponiendo los tipos característicos de sus colaboradores habituales a las *petites jemies* del *Moulin* y de *Folies Bergères*. Es, por ejemplo, José Zamora, el creador de elegancias, el sutil é inquieto espíritu de artista, quien crea fantásticas toaletas y sugiere evocaciones de leyenda y de ensueño en sus proyectos llevados a la realidad por los más famosos *meteors en scène* de los escenarios frívolos en Francia, Alemania y España.

Y resulta curioso, también, observar cómo a su vez los artistas jóvenes, los ilustradores editoriales de ahora, los estampistas de refinada inspiración, concluyen por recoger en sus obras

la misma orientación temática é igual brillantez colorista que fué sugerida á los escenarios desde el periódico, que hizo vivir páginas de revista ilustrada en los cuadros de la revista teatral.

No de otro modo es ya la silueta femenina surgida de los dibujos de un Ribas ó de un Baldrich, lo que procuran no ignorar los dibujantes cuidadosos de estar «al día».

La tela de araña, esta bella estampa de Rovira, cuya firma es ventajosamente conocida de los lectores de LA ESFERA, bien pudiera ser una escena del género de espectáculos en los teatros de Price, Alkazar ó Romea, uno de esos fugitivos episodios, ó servir de pretexto para otra escena futura.

(Dibujo de Marcial Rovira)

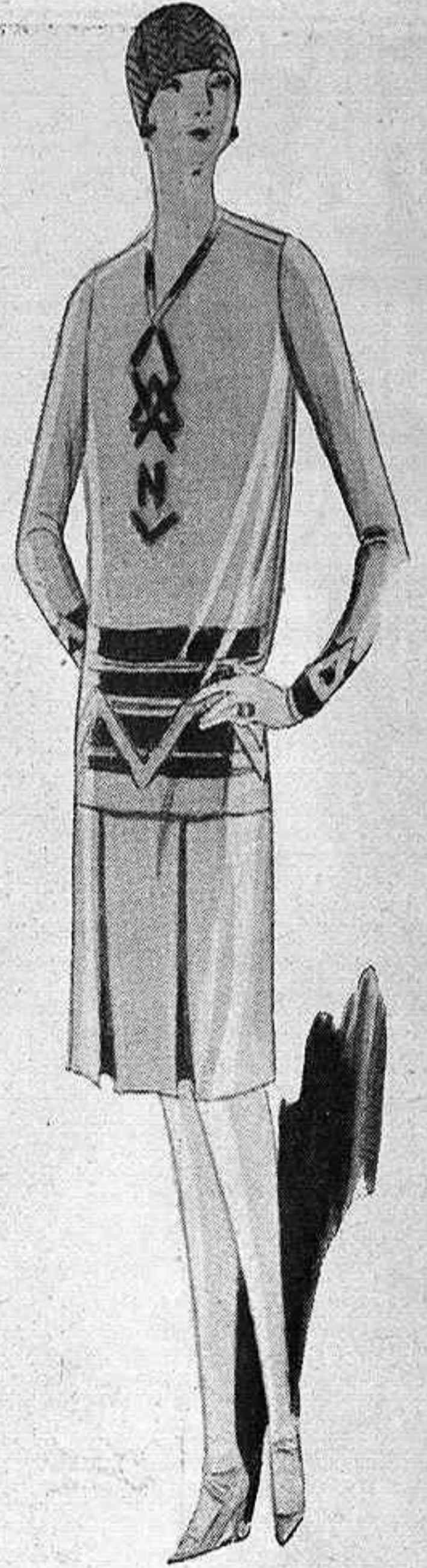
Elegancias



Vestido de muselina estampada en colores vivos



Vestido de crespón de China estampado



Vestido de punto de seda color paja con franjas azules

LA inmensa variedad de dibujos y motivos decorativos admirados en los tejidos de primavera y estío, testimonian que las iniciativas de los modistos puestas al servicio de la mujer, no habrán de agotarse jamás. En las presentes colecciones, hay dibujos de una originalidad que sorprenden tanto por la pureza de sus colores como la sabia y artística combinación de sus trazos.

Frutas, flores, insectos, hojas, ramas y figuras geométricas, ya vistas otras veces en nuestros tejidos, se nos ofrecen ahora bajo un aspecto modernísimamente tratados.

Una técnica hábil, un gusto cada vez más depurado, realizan el milagro de convertir en joven lo que ya era decadente.

Para el decorado de tejidos es manantial inagotable el arte clásico. En los estilos orientales se encuentran siempre motivos de los cuales se pueden extraer nuevas ideas, que, aplicadas al arte moderno de la decoración de las telas, ofrecen horizontes sin límites.

Una simple flor, una hoja, según la manera de concebirla ó interpretarla, se nos ofrece en mil aspectos nuevos, y de ahí los primores de



Conjunto en «crêpe marocain» con guarnición de piel



Vestido de «crêpe marocain» azul

Lindo modelo de Paquín

las estampaciones actuales.

Los tejidos inspirados en motivos exóticos, se verán mucho este verano.

Se llevarán las rayas de colores varios sobre fondo negro. Y habrá gran variedad en los estampados que tienen por base la geometría; pues, á pesar de que es este motivo muy gastado, se han conseguido nuevas y muy originales combinaciones en atrevidos alar-

des de estilización. Algunos motivos de flores de los que figuran en los tejidos estivales, parecen, por el contrario, extraídos directamente de esos grabados que ilustran los libros de botánica; tal es la perfección de su colorido y dibujo.

La maravilla de estos estampados la ofrecen los tejidos de crespón de China, el marocain y el georgette, la muselina, el foulard y las gasas, principalmente.

Los tonos que más predominan son los grises, los verdes y el beige.

En general, los dibujos tienden á una armonía de color suave, sin estridencias, en lo que reside la nota más bella de la moda femenina actual.

ANGELITA NARDI

A TRAVÉS DEL MUNDO

BAYADERAS DE HOY Y DE AYER



Las danzarinas rituales de la Camboya rindiendo homenaje á sus compañeras milenarias, inmovilizadas en las piedras sagradas del templo principal de Angkor, ofrecen un evocador contraste entre el arte actual y el remotamente pretérito, cuya esencia permanece inmutable á través de los siglos

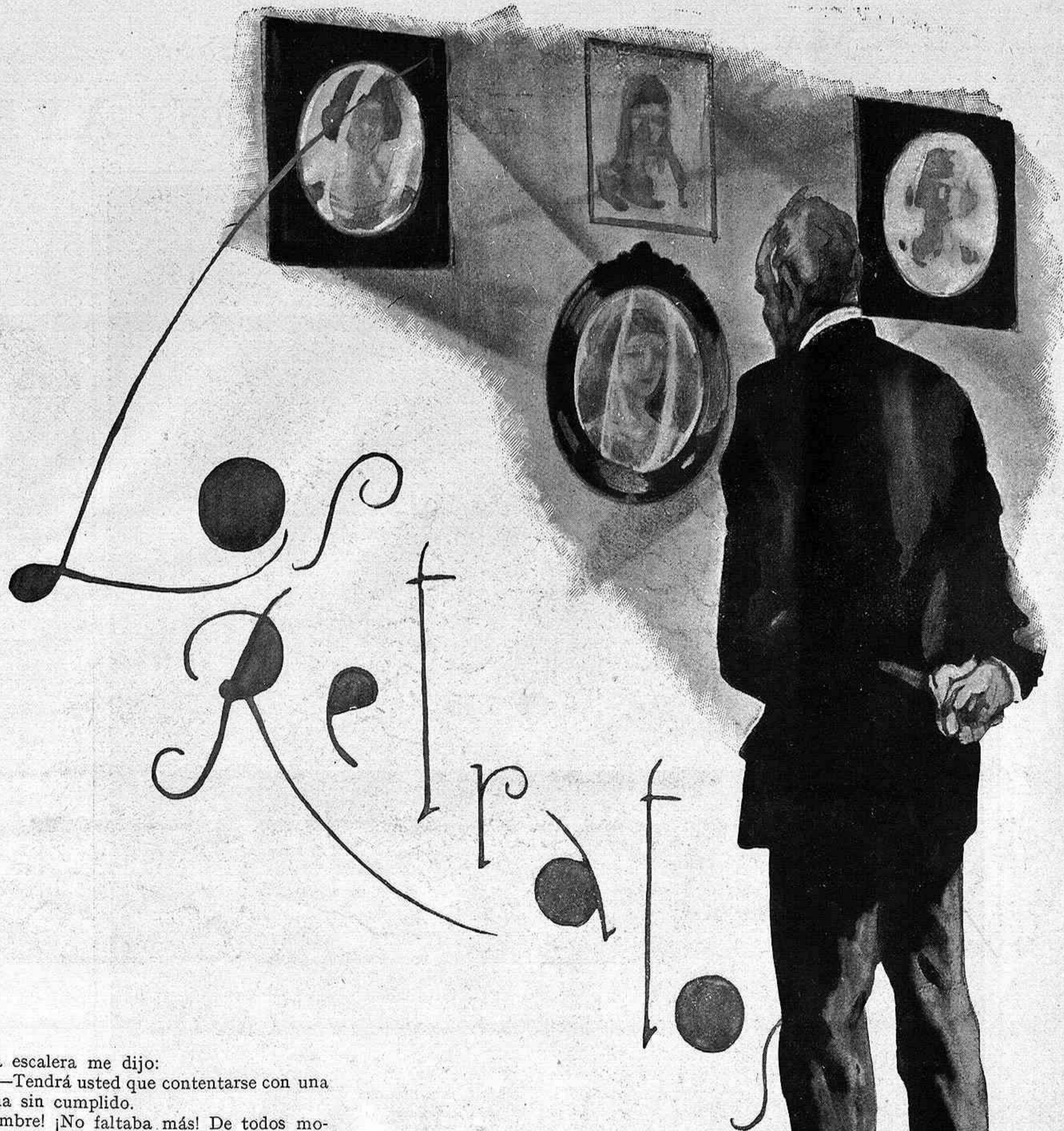
SUGESTIVA en alto grado, aun con su extrema simplicidad, es la fotografía que ilustra esta plana. Media docena de *nautch-girls*, ó bailarinas rituales camboyanas, aparecen, solemnes, hieráticas, rindiendo homenaje piadoso, en las gradas de un templo de Angkor, á sus milenarias hermanas de arte, que el cincel de los escultores *jmers* dejó inmovilizadas en la piedra dorada por los siglos, y que la mano destructora del Tiempo ha querido respetar, para pasmo y maravilla de las generaciones actuales.

Estos templos de Angkor, cuyas admirables ruinas, ya descubiertas y estudiadas en el último tercio del siglo XVI por los misioneros jesuitas españoles, han sido en nuestro tiempo obje-

to de eruditas y pacientes investigaciones, constituyen espléndida muestra de lo que llegaron á ser el arte arquitectónico y el escultórico cuando, durante los cinco primeros siglos de nuestra era, el vasto imperio de Camboya alcanzaba el máximo nivel de su florecimiento bajo la dominación de los reyes *jmers*. Invadido dicho imperio en el siglo XVI por los siameses y anamitas, Angkor fué implacablemente destruída, restando sólo de tantas riquezas monumentales como atesoraba, contados vestigios. De ellos, merecen especial mención el *Angkor-Vat*, ó pagoda real, que data del año 57 de la Era cristiana, y el *Baión* de Angkor-Tono; ó santuario, construído el año 447 a. de Jesucristo.

Los estudios de Delaporte han revelado la singular belleza de esas obras arquitectónicas, atraentes por la valentía de los relieves, la originalidad de su traza y el maravilloso realismo de su ejecución.

La fotografía que publicamos, y que reproduce un trozo de fachada del principal templo de Angkor, presenta en sus altorrelieves decorativos, como dando guarda á lo que debió ser *sancta-sanctorum* del sagrado lugar, numerosas representaciones de danzarinas rituales, cuyo atavío conservan, hasta en sus menores detalles, cual podrá observarse, las muchachas *nautch* contemporáneas, fieles perpetuadoras de las tradiciones bramánicas en la Indochina.



EN la escalera me dijo:
—Tendrá usted que contentarse con una cena sin cumplido.

—¡Hombre! ¡No faltaba más! De todos modos, temo ser inoportuno.

—Al contrario; estoy encantado de presentarle á mi mujer y mis hijas.

—No me había usted dicho que era casado.

—¡Cómo!... ¡Pues claro que soy casado!... y padre de familia. Tengo tres hijas; la mayor es ya una pollita; mis pequeñas son mellizas. ¡Ah, la familia, amigo mío! Decididamente, es lo único bueno de la vida.

Un criado nos abrió la puerta; le preguntó:

—¿Está la señora en casa?

—No, señor.

—¿Y las señoritas?

—Tampoco.

—Bueno; las esperaremos; añada usted un cubierto para este señor.

Entramos en la sala; era una habitación lujosa, pero triste y fría; la luz eléctrica de los apliques resultaba insuficiente para su tamaño; los muebles desaparecían bajo fundas grises; un espejo de Venecia parecía empañado; los bibelotes esparcidos sobre la mesa y los veladores sólo ponían una nota de mal gusto en el ambiente desolador. Pero en el testero del fondo, cuatro dibujos en sus marcos blancos é iguales, cuatro retratos femeninos, iluminaban toda la habitación con una nota imprevista de alegría y de juventud. Uno representaba una mujer joven y de una gran belleza entre las pieles que la rodeaban, bajo la sombra dulce de un sombrero «Gainsborough»; otro un perfil soñador de muchacha rubia; los otros dos, dos niñas de bucles negros y mirada vivaracha.

—Tiene usted unos dibujos preciosos—le dije.

—¿Sí, verdad? Son mi mujer y mis hijas.

No pude contener una exclamación de viva sorpresa; realmente, era asombroso el que las deliciosas criaturas, cuyos retratos me deleitaba contemplar, no hubiesen sabido poner en este interior austero y antipático una nota acogedora y femenina, encajes, flores, ¡qué sé yo!

El prosiguió sin advertir mi extrañeza:

—Mi mujer es joven, ¿verdad? Parece más bien la hermana de sus hijas. Estos retratos están parecidísimos; es como si las estuviera usted viendo. Las tres se parecen á su madre; tanto mejor; yo no soy un Adonis. Ellas son guapas, muy guapas, ¿verdad?

Había en su voz una mezcla de orgullo y de ternura devota; ante mi aprobación admirativa y sincera se frotó las manos con una satisfacción bonachona. Sobre la chimenea de mármol negro, el reloj dió las ocho.

—¿Cómo no habrán llegado todavía?—murmuró—. Bueno; pues vamos á cenar.

—Esperémoslas otro poco—insinué.

—No; no vale la pena; se habrán retrasado charlando en alguna visita; les ocurre á menudo quedarse así á comer en casa de unos amigos ó parientes sin haberme avisado.

El comedor tenía el mismo aspecto severo y frío que la sala; sobre la mesa estaban dispuestos seis cubiertos; me hizo sentar al lado de un sitio vacío—el que correspondía á su mujer.

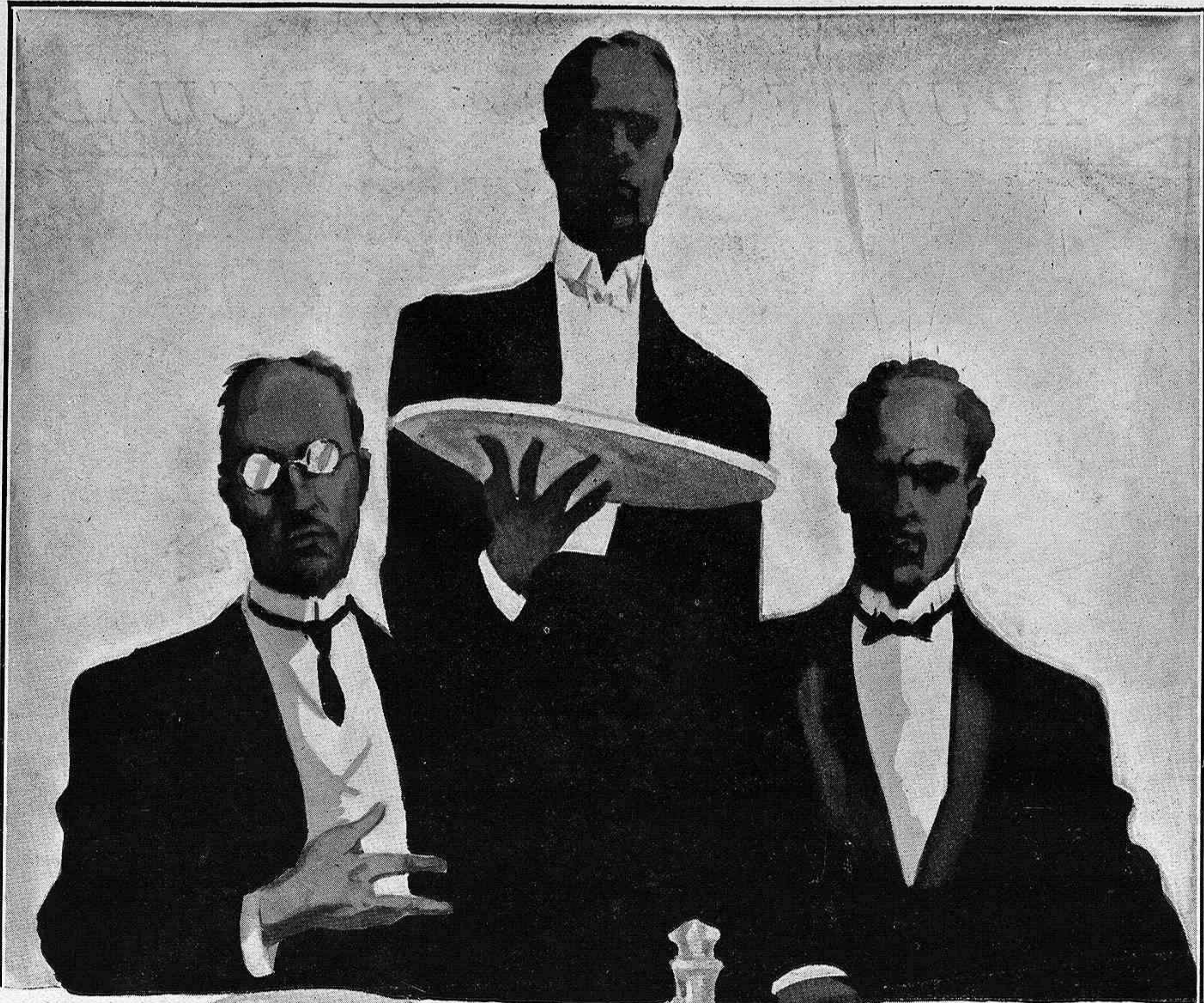
—La derecha, de la dueña de la casa—dijo sonriente.

Durante toda la comida estuvo muy alegre, hablando de la mar de cosas con mucho entusiasmo. Pero su tema favorito era el de su mujer y sus hijas:

—Ya verá usted—me decía—qué animación pone su presencia en esta casa; podrán ustedes hablar de arte, de literatura, de música; entienden de todo, y tengo la seguridad de que les será usted muy simpático.

A los pocos días me escribió invitándome á comer; esperaba conocer á su mujer y sus hijas. Pero me recibió solo y con una expresión de contrariedad en el rostro:

—Estoy desolado—dijo—; no sé cómo pedir-



le que me perdone; acaban de telefonarme que el mal tiempo les ha impedido volver y que se quedan á comer en las afueras, en casa de una prima.

Y dirigiéndose al criado:

—Juan, quite usted cuatro cubiertos.

Volví varias veces; un día su mujer y sus hijas estaban de viaje cuidando á un tío enfermo; otro día había olvidado prevenirlas de mi visita y se habían visto obligadas á aceptar la invitación de una amiga que celebraba su santo. La cosa es que nunca conseguía verlas.

Una noche en que, como otras tantas, la señora y las señoritas estaban ausentes, él se mostró nervioso durante la comida; murmuró con mal humor:

—Es verdaderamente insoportable esa manía que tienen de no estar nunca en casa cuando se las necesita.

De pronto se oyó un ruido de vidrios rotos en la habitación contigua; de un salto se puso en pie, é intensamente pálido, gritó con voz ahogada:

—Juan, ¿qué pasa?, ¿qué ha sido?

El criado acudió, balbuceando:

—Nada, señorito, nada.

—Sí; usted me oculta algo... Ese ruido... ¿de dónde proviene? Quiero saber.

—De la sala.

Tuvo un gemido doloroso:

—¡Ah! Lo presentía.

Y bruscamente fué á la puerta, la abrió con violencia, dió luz en la sala, y quedó petrificado en el umbral; en el suelo había pedazos de cristal y un marco roto; en la pared sólo quedaban tres dibujos; al acercarme vi que el que había

caído estaba destrozado en varicos sitios, y murmuré:

—¡Qué lástima!

Pero él volvió hacia mí una cara espantosa de sufrimiento, y sollozó:

—¡Lástima! ¿Cómo que lástima? Desgracia, desastre, toda mi vida destruída.

Quedé atónito; el criado me hizo señas de que callara; él proseguía exaltándose:

—Sí; mi vida está rota, destrozada para siempre. ¡Oh, mi hija! ¡Mi hija adorada! ¿Qué le diré á tu madre, Dios mío?

Había caído de rodillas; el criado le levantó y le empujó dulcemente hacia la puerta, mientras él seguía llorando con una desesperación atontada y repitiendo:

—No decírselo á su madre. No tiene que saberlo.

Quedé solo en la sala, perdiéndome en suposiciones. ¡Semejante drama por un retrato roto!

Al poco rato el criado entró de puntillas y me dijo muy bajito:

—Se ha dormido; temí que fuera peor.

—Pero, hombre—le pregunté—, ¿qué significa esto? ¿Tanto interés tenía por ese dibujo?

El criado me miró sorprendidísimo:

—¡Ah! ¿Pero el señor ignora? ¡Si mi señorito no tiene mujer ni hijas! ¡Si no ha sido casado nunca!—Un día—hará unos nueve años—com-

pró estos retratos en una subasta; luego los ha mirado tanto y tanto, ha pasado tantas horas en contemplación ante ellos, que ha perdido la razón, y ha terminado por creer que son personas reales. Ha alquilado este cuarto con cinco alcobas, y en las comidas se ponen siempre cinco cubiertos. Cuando está solo se pasa horas enteras con sus retratos; les habla, los regaña, se ríe. Como su locura es inofensiva, nadie le contradice. Mañana tendremos que ponernos todos de luto á no ser que hasta entonces se le haya olvidado por completo el incidente de hoy. Esto es todo. Creí que el señor estaba enterado.

Salí lentamente. Desde el umbral volví la cabeza; la habitación me pareció menos triste, los cortinones menos pesados, el espejo más claro; y al mirar los retratos, en sus marcos blancos, me pareció—¿alucinación?—que una suave sonrisa los iluminaba, reflejo acaso del sueño adorable que habían hecho nacer.

MAURICIO LEVEL

Por la adaptación,
MAGDA DONATO

Dibujos de Bartolozzi)

CAPRICHOS DE GOYA

LOS APUNTES PARA UN CUADRO



Las tinieblas de la noche habíanse cerrado sobre el limpio cielo de Madrid; los crespones de duelo, empapados de lágrimas y ajironados por el coraje del pueblo, contenido á la fuerza, cubrían la villa cortesana de punta á punta desde las primeras horas del día; comenzaba el luctuoso crespón en las mismas puertas del Alcázar y terminaba en lo más alto de la Montaña del Príncipe Pío.

Las tropas de Murat, tan pronto como terminó la epopeya de la Puerta del Sol, en la que los «mamelucos» y los más bravos guardias de la escolta del generalísimo francés llevaron la peor parte, comenzaron á tomar represalias apresando á cuantos individuos de entrambos sexos encontraban llevando algún instrumento cortante, aunque fuese las tijeras minúsculas de la bordadora en fino ó el breve cortaplumas del maestro de escuela.

Desde el mismo lugar en donde eran detenidos llevábanles á los claustros de El Buen Suceso, al Retiro ó á la Moncloa, y en el acto, sin más formación de causa, eran pasados por las armas.

Todavía existen en uno de los sitios más céntricos de Madrid unos cuantos testigos mudos de aquella hecatombe, los cuales, sirviendo de ara propiciatoria para el bárbaro sacrificio de las infelices víctimas, bien puede tenerse por cierto que han pasado á la categoría de monumentos: tales son esos fornidos pilares de piedra que sustentan la verja de la bellísima fuente de Neptuno.

Los grupos compuestos de más de tres personas también eran deshechos á tiros, como asimismo quien respondía valientemente á la pro-

vocación de un francés. En suma, que todo Madrid estaba condenado á muerte.

Los altos de la Moncloa parecían ser el lugar preferido por los soldados de Napoleón para cobrar los agravios que durante la mañana hiciéranle sufrir la majeza matritense. El mayor número de mártires fué sacrificado en aquel sitio á la tétrica luz de un gran farol puesto en el suelo.

Aunque la soledad, fuera de aquel remedo del Calvario, era absoluta, y no otra luz se veía que la del lúgubre farol, no faltaba quien desde lejos estuviera con la atención fija en tan terrible escena.

Al otro lado del río, pasando el puente de Segovia, había una espaciosa quinta, y dentro de ella un hombre de ya madura edad, que durante todo el día estuvo mirando, con el auxilio de un poderoso catalejo, el ir y venir de víctimas y verdugos por aquella empinada cumbre, y cuando cerró la noche, como un criado de su misma edad, aproximadamente, le advirtiera de que llegaba hasta allí el estrépito de descargas de fusilería—cosa que él no podía apreciar porque era terriblemente sordo—, volvió á tomar el anteojo, y mirando á su través se pasó horas enteras, lanzando una rotunda interjección cada vez que advertía el fogonazo de los disparos.

Cuando ya después de media noche pareció que todo había concluido, pues ni se veía el reflejo fatídico del farol, ni tornaron á oírse más descargas, dijo al fámulo:

—Tráeme un cuaderno de apuntes y un lápiz; toma la linterna y vamos andando.

—¿Adónde?—preguntó, más por señas que de

palabra, el viejo sirviente, á lo que respondió el amo soltando un rotundo y castizo taco, mientras se encajaba un descomunal sombrero de copa que había sobre una silla y enfundábase en un más que cumplido levitón.

—Allí enfrente.

Y de allí á poco salían entrambos personajes sin hablar más palabras, y encaminábanse hacia el sitio en donde, sin duda, el genio de Napoleón creyó haberse limpiado con raudales de sangre el agravio que le infirieran los indómitos madrileños.

Iban amo y mozo á la par, procurando huir todo encuentro, no ya con alguna patrulla francesa, sino con cualquier vecino trasnochador, para lo cual, como en aquel mismo punto y hora tuvo capricho de dejarse ver en lo alto del cielo la señora Febea—como los poetas académicos de entonces tenían por costumbre de llamar á la luna—, apagaron la linternilla que les alumbraba el camino.

Traspusieron el río, no por la inmensa mole de la puente segoviana, sino por el puentecillo verde que estaba más arriba, casi frente á la ermita de San Antonio, en la cual el malhumorado sordo dejara pocos años antes inmortales huellas de su genio, y entrando en La Florida apachugaron con la empinada cuesta.

La luna, ya descubierta por entero, sin que eclipsara su oronda faz la más ligera nube, lucía con todo esplendor.

Dijérase que el pálido astro de la noche recogía en el misterio de su seno las almas de aquellos valientes que supieron sacrificar sus gene-

LA ESTANCIA DE GOYA EN CADIZ

EL Centenario del inmortal artista D. Francisco de Goya y Lucientes da indudable interés y oportunidad al discurso de recepción pronunciado, en el salón de actos del Museo Iconográfico de Cádiz, por el conocido escritor y publicista D. Elpidio de Mier.

Dicho acto fué organizado con entusiasmo por la Real Academia Hispano-Americana, que así dió ocasión para que el nuevo académico relatara magistralmente algunos interesantísimos é inéditos detalles relacionados con la estancia en la población gaditana del ilustre pintor aragonés.

Y son tan curiosos los pormenores referentes á este tema, que entresacamos lo más saliente de tal discurso, por considerarlo de interés para la biografía del autor de tantos insuperables cuadros.

En 1826, y á consecuencia de su accidentada vida, Goya residió temporalmente en Francia, donde la nostalgia de la patria y los amigos y admiradores que en Madrid insistentemente lo reclamaban, le hizo tornar á España, á pesar de los peligros que para su seguridad suponía tal decisión.

Efectivamente: espíritu audaz y decidido, no le arredraron tales riesgos, y un buen día hizo su aparición por la Corte el gran don Francisco, dispuesto á reanudar su vida de aventuras y á seguir pintando aquellos sus célebres cuadros de majas y chisperos.

Pero no contaba con los esbirros de aquella Corte—semillero de discordias y de intrigas—, que bien pronto husmearon su presencia en los Madriles, y trataban por todos los medios de apoderarse de su persona para ponerle á buen recaudo, acusado del «horrendo» delito de exteriorizar sus ideas de afrancesado.

Goya hizo su viaje á Madrid acompañado desde Francia por la familia de Wells-Zorrilla, y ya en la Corte, viéndose perseguido y acorralado, tuvo la suerte de tropezar con su íntimo amigo D. Pedro Juan de Mier y Olea, sobrino carnal del marqués de Mier, al cual relató las amarguras y sinsabores que venía sufriendo.

El Sr. Mier y Olea, vista la gravedad de la situación de Goya, se apresuró á trasladarlo á Cádiz, en cuya población, y en la casa número 41 de la calle de San José, precisamente frente al histórico templo de San Felipe Neri, vivió de incógnito durante seis meses el genial autor de *La Maja desnuda*.

Don Francisco de Goya pagó esta hospitalidad, esta acción nobilísima, obsequiando al señor Mier y Olea con varias obras de arte debidas á su magna inspiración; entre ellas, una magnífica miniatura que reproducimos en esta plana y que aun conserva, como preciada reliquia, el nuevo académico D. Elpidio de Mier, descendiente directo de aquel intachable caballero que con tanta nobleza acogió al perseguido artista.

El anterior verídico incidente de la vida de tan genial artista, que constituye una de las figuras más representativas y gloriosas de nuestra historia contemporánea, demuestra la azarosa existencia del inmortal pintor español, el cual supo legarnos, á pesar de los rigores políticos de aquella época, un verdadero tesoro artístico, que es el asombro y la admiración del mundo entero.

•••••

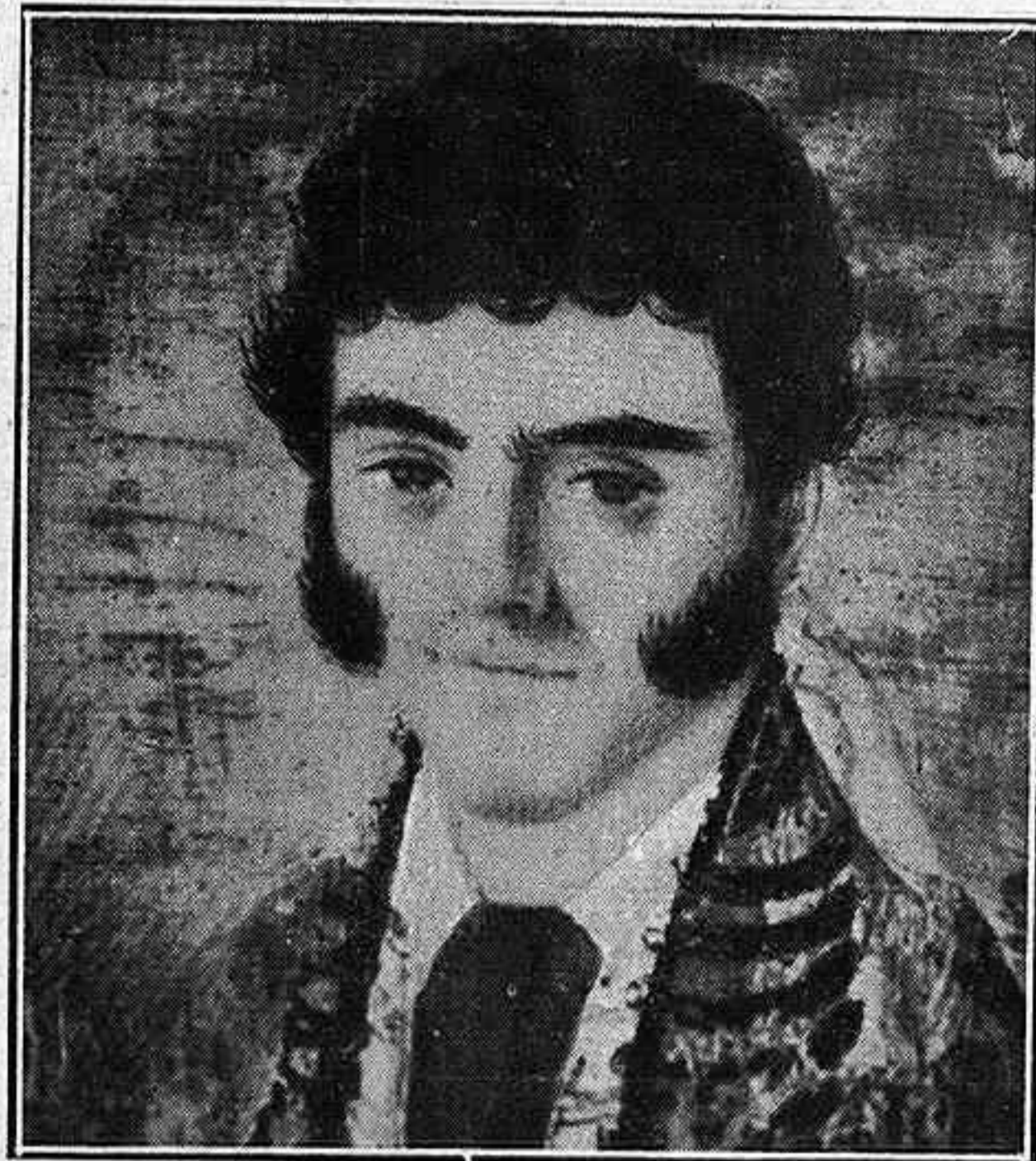
Tales fueron los sucesos que obligaron á Goya á refugiarse en la legendaria Gades, que por



«Una maja», cuadro de Goya existente en el Museo provincial de Cádiz

aquella época—inolvidable época de asonadas, de revueltas, de motines, de sublevaciones, de barricadas...—constituía el puerto de salvación de muchos hombres ilustres en la milicia, en las artes, en la política, y, en general, de todos cuantos, de una forma más ó menos indirecta, intervenían en los hechos preliminares y evolutivos de la España convulsionada por las ideas avanzadas que se encontraban en su período embrionario.

Y por estimarlo también relacionado con la estancia de Goya en Cádiz, anotamos los cuadros



Miniatura original de Goya, propiedad de D. Elpidio de Mier

que existen en el «Oratorio de la Santa Cueva», de los cuales dice D. Pelayo Quintero:

«Construyóse esta iglesia bajo la dirección y según la traza hecha por el arquitecto gaditano D. Torcuato Benjumea, admirador entusiasta del neoclasicismo. La planta de la capilla es circular, y sus muros figuran una serie de arcadas, entre las cuales hay cinco en las que los medios puntos están decorados con composiciones de asunto bíblico, siendo de Goya las que representan *La Santa Cena*, *El milagro de los panes y los peces* y *El convite del padre de familia*; y las otras dos son pinturas de José Camarón y Zacarías Velázquez.

Respecto á la época en que pintó Goya estos cuadros, no poseemos documento alguno, aun cuando tal vez exista entre los papeles de la fundación hecha por el marqués de Valde-Iñigo; pero teniendo presente que la construcción del edificio se terminó después del 1796, y que don Francisco residió en Cádiz varios meses en la casa de su amigo don Pedro Juan de Mier y Olea, con el que vino huyendo de las molestias que le hacían pasar en Madrid por tacharlo de afrancesado, y sabiéndose por papeles de dicha familia que pintó entonces varias obras, tal vez las pinturas de la *Santa Cueva* sean de entonces, suposición que no está reñida con la técnica pictórica que se observa en tales lienzos, y como quiera que la data de dicha estancia en Cádiz, se refiere al año de 1826, y falleció en el 28, tendremos tal vez en estas pinturas unas de las últimas del célebre artista aragonés cuyo centenario se celebra en estos días.»

Y ahora es de justicia presentar la silueta del académico D. Elpidio de Mier, digno descendiente de aquellos hombres que nacieron en la Montaña, y que en el transcurso de los siglos enaltecieron el nombre de España en todos los órdenes del saber humano.

El nuevo académico de la Real Española de Ciencias y Artes, nuevo Quijote de la España legendaria, es un luchador incansable, audaz, y en constante pugna con los convencionalismos de la época, ha sufrido persecuciones de los poderosos, que no han logrado abatir su espíritu altruista y rebelde, de una fortaleza indomable, dispuesto siempre para defender con su pluma toda causa noble y justa, aun cuando esta defensa pueda proporcionarle la enemistad y la inquina de los que se encuentran en las alturas de la fortuna.

Literato de fina estirpe, orador de altos vuelos, de verbo cálido y pujante, va derramando por el mundo las vibraciones de su espíritu sutil y delicado, que culmina, como airón magnífico y triunfal, en su célebre *Lírica de las Españas*, libro editado en Nueva York, y en cuyo frontis campea arrogantemente un autógrafo de Ramón Franco, el héroe del *Plus Ultra*.

Tal es la figura de este montañés, ilustre por su abolengo y por su estirpe intelectual, que ha recorrido el mundo con el orgullo de ser español, y que en la poderosa República de los Estados Unidos supo demostrar que aún existen españoles dignos descendientes de aquellos conquistadores que, como el jerezano Alvar Núñez Cabeza de Vaca, unieron las más excelsas virtudes con el tesón y la firmeza inquebrantable de las almas escogidas.

José RECIO DIAZ

GOYA EN ZARAGOZA



Fragmento de boceto de la cúpula del Pilar,
de Zaragoza.



RETRATO DE FERNANDO VII
(Museo de Bellas Artes de Zaragoza)

GOYA, como Cervantes, sólo alcanzó nombradía póstuma y tardía. Y las obras de Goya en Aragón han permanecido desdeñadas y olvidadas. Así, la Cartuja de *Aula Dei* (en las afueras de Zaragoza), que hoy es objeto de peregrinaciones artísticas para admirar las pinturas murales de Goya, estuvo convertida, desde 1835 en que de *manos muertas* pasó a *manos vivas*, hasta fines del siglo XIX, en fábrica de hilados, sin que ningún ojo cristiano parara mientes en las joyas de sus muros.

Y la obra magna de Goya, el retrato del duque de San Carlos (que aquí reproducimos), estuvo luengos años en un desván de la Casa del Canal de Aragón, hasta que, siendo mocetico el hoy rector ilustre de la Universidad de Zaragoza, Dr. Royo Villanova—es él quien nos lo cuenta—, fué descubierto aquél, en unión del retrato de Fernando VII con manto regio, también obra de Goya, y colocados ambos decorosamente en el despacho del director del Canal, siendo más tarde trasladados al Museo de Zaragoza, donde hoy se admiran. Porque son tales los méritos del «Duque de San Carlos», que de esta obra dijo el gran Fortuny al verla: «Así, ya no se volverá a pintar nunca». Y llevado no hace muchos años a París (conducido personalmente por el ilustre escultor Benlliure, á la sazón Director general de Bellas Artes, y asegurado en un millón de pesetas), á la Exposición Internacional de retratos, ocupó en ella el puesto de honor.

También obscurecidas y poco menos que ignoradas permanecieron, hasta hace poco, las pinturas del oratorio de la casa del Conde de Gabarda (que LA ESFERA fué de los primeros



RETRATO DEL DUQUE DE SAN CARLOS
(Museo de Bellas Artes de Zaragoza)

en dar á conocer), y el retrato del conde de Sobradriel (que hoy reproducimos), y el del «Niño», propiedad del Barón de la Mengrana, y el autorretrato de Goya, de D. Mariano de Ena, y el otro de amplio sombrero, siendo aún el artista mozalbete, que largo tiempo fué incógnito..., y tantas otras obras guardadas en diferentes casas de Zaragoza. ¿Qué más? Hasta los admirables bocetos de los frescos del Pilar, tan difíciles de admirar en las cúpulas, no han sido objeto de reproducción hasta ahora, que damos un fragmento del admirable *Regina Martirum*. ¡Gran bocado para los golosos del Arte!

Y nosotros, que aún pudimos gozar en la contemplación de las abundantes y admirables obras que guardaba en su museo particular el insigne y benemérito D. Francisco Zapater, fuimos testigos, á su muerte, de la venta de aquellos cuadros—entre ellos el portentoso retrato de D. Martín, tío de D. Francisco—en cantidades irrisorias, que á veces no llegaron á mil pesetas. ¡Tal era entonces la depreciación de la obra goyesca!

Fué este D. Francisco el que heredó y publicó (¡como folletín de un periódico! ¡Qué importancia se daba entonces á las cosas de Goya!) las célebres cartas de éste á su fraternal amigo don Martín Zapater, el libro que, á pesar de su brevedad, más claridad ha arrojado sobre la vida y, en parte, sobre las obras del sublime Sordo; aún no habiéndose publicado todas las cartas (que pasan de doscientas, y alguien, que nosotros conocemos, las posee), una de las cuales cartas—que se conserva y exhibe en el Museo de Zaragoza—reproducimos hoy de su original autógrafo, con la transcripción apostillada y corregida ortográficamente, que dice así:

«(Hay una cruz) 1780.—Recibida en 25 (nota de letra de D. Martín Zapater). Querido amigo: Celebro le escribas á Francho (en aragonés; Francisco) de humor, y más, de que te acuerdes de favorecerme tanto. Yo también iré por ese tiempo, poco más ó menos, porque mi mujer parirá el mes que viene, lo más tarde; conque, apenas se pueda poner en camino, se hará. Casa, aun no tengo donde ir á vivir. De esto le escribí á Don Martín (de Goicoechea) y me dijo que si



CONDE DE SOBRADRIEL
Cuadro de Goya, propiedad del conde de Gabarda

tenía empeño con Medinaceli (*el duque*), en casa de Aitona (*junto al Pilar*) podría ser muy bien; conque aún estamos así, y hago el ánimo de arrendar cualquiera; aunque para esto le escribiré á D. Martín, pues le he metido en danza.

Para mi casa no necesito de muchos muebles, pues me parece que, con una estampa de Nuestra Señora del Pilar, una mesa, cinco sillas, una sartén, una bota y un tiple (*trípode*) asador y candil, todo lo demás es superfluo. Ya te avisa-

ré para que me favorezcas en determinando. A Goicoechea no le puedo escribir este correo; si lo ves dale memorias, y manda por acá lo que quieras á tu amigo.—Goya.—Julio.—Querido Zapater.»

La carta anterior está escrita cuando Goya, llamado por el Cabildo del Pilar, se disponía á ir á Zaragoza á pintar la cúpula, que fragmentariamente reproducimos con estas líneas; viéndose obligado á alquilar casa, por el largo tiempo que allí había de permanecer, y amueblarla con el lujo que la carta revela, y que es todo un retrato moral de Goya: «una estampa de Nuestra Señora del Pilar» (*¡eso, lo primero! ¡Léanto los que le han supuesto irreligioso y afrancesado!*), una bota (*bebía el vino á lo baturro: empinando el codo*), una sartén (*la «fritada» es típica de la tierra*) y un candil: *todo lo demás es superfluo*... ¡Cuánta sobriedad, cuánta sencillez, cuánta llaneza..., cuánto aragonésismo, que hace compatible—y aun obligado—todo esto con la altivez y aun la rudeza (*s'il vous plaît*), que da verosimilitud, aunque no sea cierta, á la anécdota del choque de Goya y Wellington. A Goya tien podría aplicársele esta nuestra antigua copla, hoy popular:

«Semos los aragoneses
como el Pilar y la Seo:
algo rudicos por fuera,
pero güenicos po adentro.»

Porque Goya era aragonés hasta la médula; lo mismo en su carácter personal que en el del arte. Su obra tiene todas las condiciones artísticas y raciales de los regnícolas de Aragón... sublimadas por el genio. ¡Por desconocer esto ha desconcertado á tantos el arte goyesco, que, hasta es españolísimo, por ser aragonés! ¡Pues aunque de los nombres españoles sólo quedara el de Goya, que hoy honramos, España sería venerada y enaltecida por todo el orbe. ¡Bienaventurados los pueblos que honran á sus hijos, porque ellos serán también honrados!

¡Goya! ¡Tú eres el arte!
¡Goya! ¡Tú eres la Raza!
¡Goya! ¡Tú eres España!

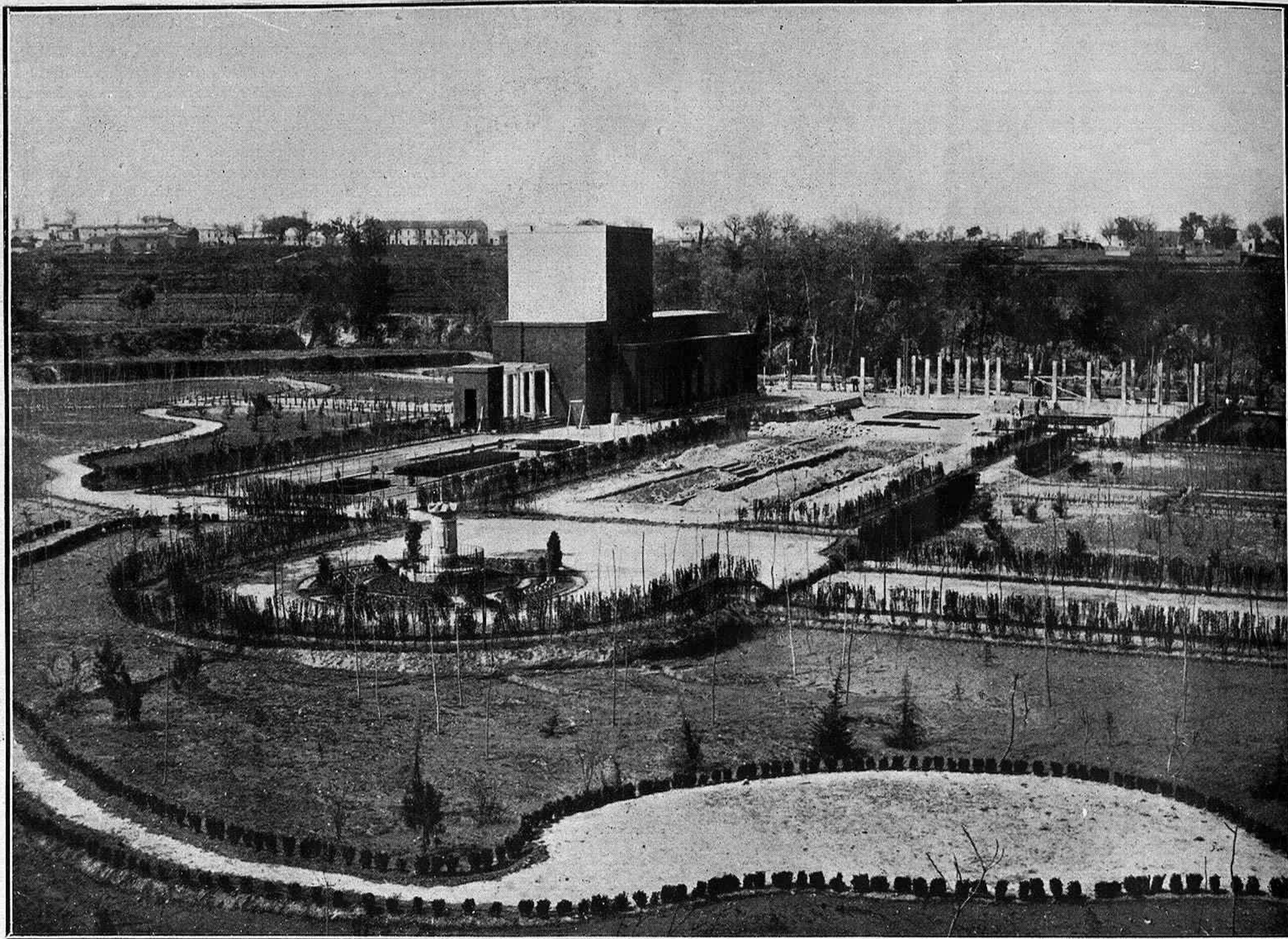
DR. G. GARCIA-ARISTA Y RIVERA

1780 t 25
7. en 25.
D. Don. Celebro le escribas á Francho.
de humor y más de q. te acuerdes
de favorecerme tanto. Yo también
iré por ese tiempo poco más ó menos
porque mi mujer parirá el mes que viene
lo más tarde con que apenas se pueda poner
en camino se hará. Casa aun
tengo donde ir á vivir. De esto le
escribí á D. Martín y me dijo que si
tenía empeño con Medinaceli en
casa de Aitona podría ser muy bien
conque aún estamos así y hago el
ánimo de arrendar cualquiera
aunque para esto le escribire á D. Martín
pues le he metido en danza
Para mi casa no necesito

de muchos muebles, pues me parece
que con una estampa de N.ª S.ª del
Pilar, una mesa, cinco sillas,
una sartén, una bota, y un tiple
y asador ^{y candil} todo lo demás es superfluo.
Ya te avisare para q. me
favorezcas, en determinando
A Goicoechea no le puedo escribir
este correo si lo ves dale memorias
y manda por acá lo q. quieras
á tu amigo Goya
Julio
F. Zapater

Carta autógrafa de Goya á D. Martín Zapater

APOSTILLAS AL CENTENARIO



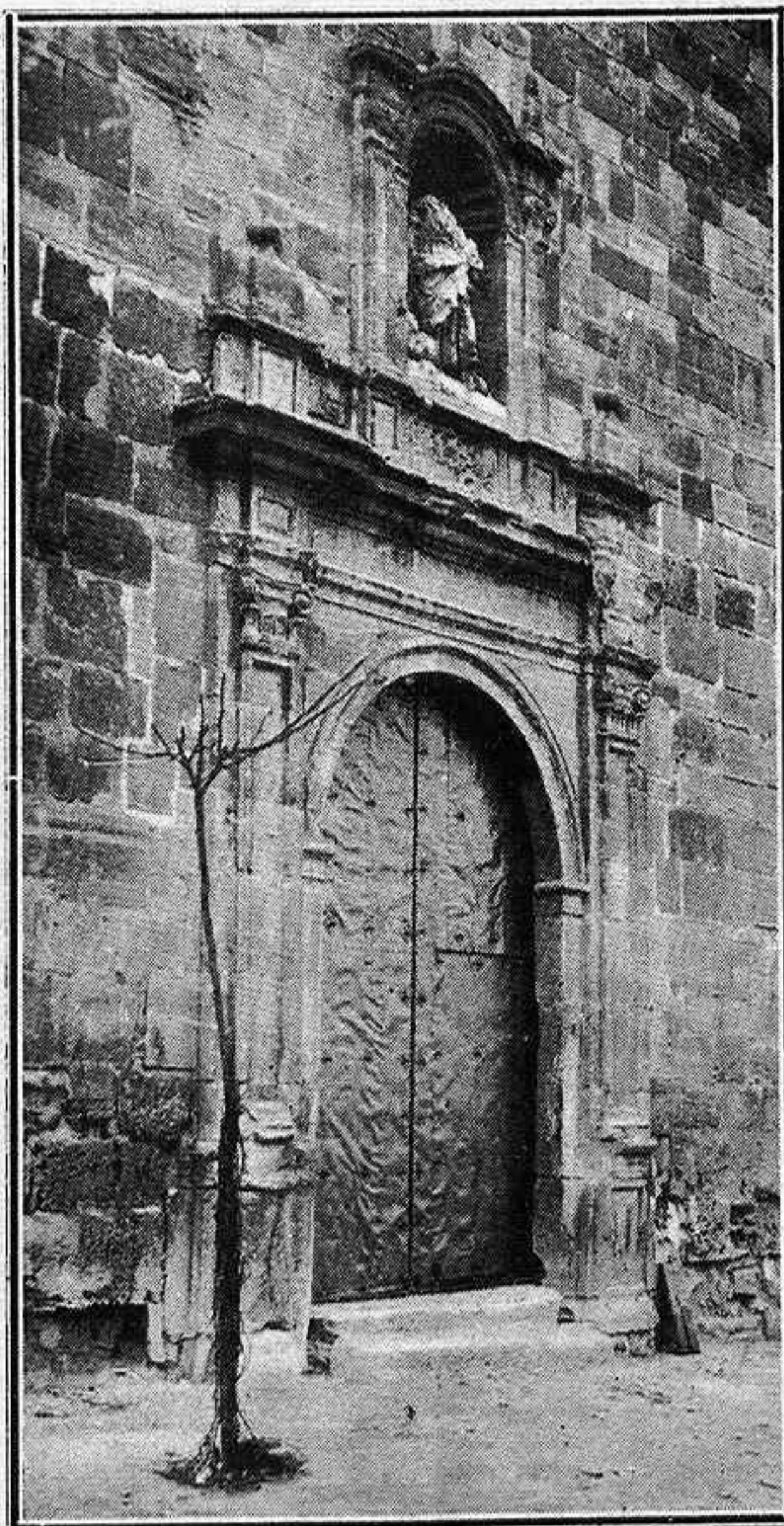
Jardines denominados «Rincón de Goya», en Zaragoza, que se inaugurarán con motivo del Centenario

(Fots. Vidal)

EL RINCON DE GOYA

No ya los presagios, sino la realidad, parece que favorecen el propósito del «Rincón de Goya», en Zaragoza, concebido por los artistas de esta tierra. La bizarra idea se ultimará. Si de todos los actos y festejos de varia condición y linaje que se celebren, con percalina ó sin ella, quedan tres ó cuatro flotando en el recuerdo de las gentes, podremos darnos por contentos y holgados de haber hecho reverencia, no de cumplimiento, sino cordial, á Goya.

Aludo á la liberación definitiva de la iglesia de San Antonio de la Florida, tabernáculo de la más estupenda decoración pictórica del artista; á la reorganización de las decantadas salas de Goya en el Museo del Prado para que de hoy más se trate al pintor excelso como huésped de honor en nuestra pinacoteca nacional; y al «rincón» en donde los artistas paisanos—y no paisanos—de Goya le ofrenden su devoción y suspires—ante la imagen rugosa del pintor, lejos del artificio de un Museo y del convencionalismo hermético de una Academia—por una superación artística que les libre para *in eternum* de concesiones al mal gusto y mediten las máximas del pintor de la Verdad.



Portada de la iglesia en que fué bautizado Goya

EL PRIMER GOYISTA

El «Rincón de Goya» puede ser—lo será seguramente—una realidad de belleza y un alto símbolo. Glosemos brevemente los dos aspectos.

Yo evoco la emoción del «rinconcito»—no llega á rincón—de Bécquer en el Parque sevillano. Es preciso ser negado á las sacudidas de la vena poética para no amar, bajo la fronda de aquella glorieta, la figura del desdichado poeta; cautivarse de la dulzura de su expresión, de la delicadeza de sus matices, de aquel anhelo de virtud y de aquel dolor de una vida amargada; de aquellos nobles pensamientos y del lirismo desgarrador del vate sevillano. Y es allí donde mejor se saborean sus estrofas, y allí es donde se logra una identificación integral, frente á la efigie marmórea de Bécquer rodeado de sus musas; y tal, que yo pude observar á un lector extático con los ojos puestos en las invisibles luces del infinito poético, abstraído de la torpe realidad mundana.

El rincón de Goya en Zaragoza, patria eficiente del artista, como esotro rincón becqueriano, pero en mayor escala aún, puede ser fuente de sugestión artística, un poco distante del ajetreo de la urbe; aunque acaso hubiese sido preferi-

ble, por más significativo, el rincón á la orilla del Ebro, tan amado de Goya, realizada y aun sublimada por su precursor al completar la vista de Zaragoza, de Del Mazo: Velázquez.

Mas no se confunda el rincón goyesco con un Parque. El rincón habrá de ser—y tal es la mercede, según creo, de los artistas aragoneses que en él cifran la ilusión del Centenario—algo íntimo, recoleto, como un santuario, en donde se consulte el oráculo del arte inmortal, de la luz, de la vida; el espíritu de la belleza artística, arrogante y fuerte, que permanecerá entre nosotros mientras el mundo exista. El rincón de Goya deberá ser un cenáculo de alta espiritualidad en donde resultarán exóticas la algarabía y la estridencia; donde habrá que entrar con la reverencia de catecúmenos ó de simples iniciados en los dulces misterios del Arte, y donde se rendirá ó se aprenderá á rendir culto al dictador supremo que movió el pincel de Goya: á la Naturaleza. A amar la Verdad artística que nos da el natural, á adueñarse de ella y á trasladarla al lienzo, al mármol ó al pentágono.

Por asociación de ideas vienen á mí recuerdos de los «cármenes» granadinos de antaño, vergeles deleitosos al cobijo de la Alhambra, en donde los poetas se reunían. En tan propicio ambiente se formaron grandes poetas—la famosa «cuerda» granadina—y ¡quién sabe cuántas acciones buenas y bellas tuvieron allí su germen!

Así quieren que sea el «Rincón de Goya» los espíritus delicados, y así lo vemos, antes de terminado, cuantos amamos sin aspavientos al pintor de Fuendetodos. Los prosaicos al uso, los llamados hombres «fuertes», acaso digan que estas consideraciones son zarandajas líricas, llegadas á desuso. No les hagamos caso. Pongamos un poco de miel en el acíbar de la vida y remonémoslos sobre el rastrearismo corriente y moliente. Son tiempos de volar.

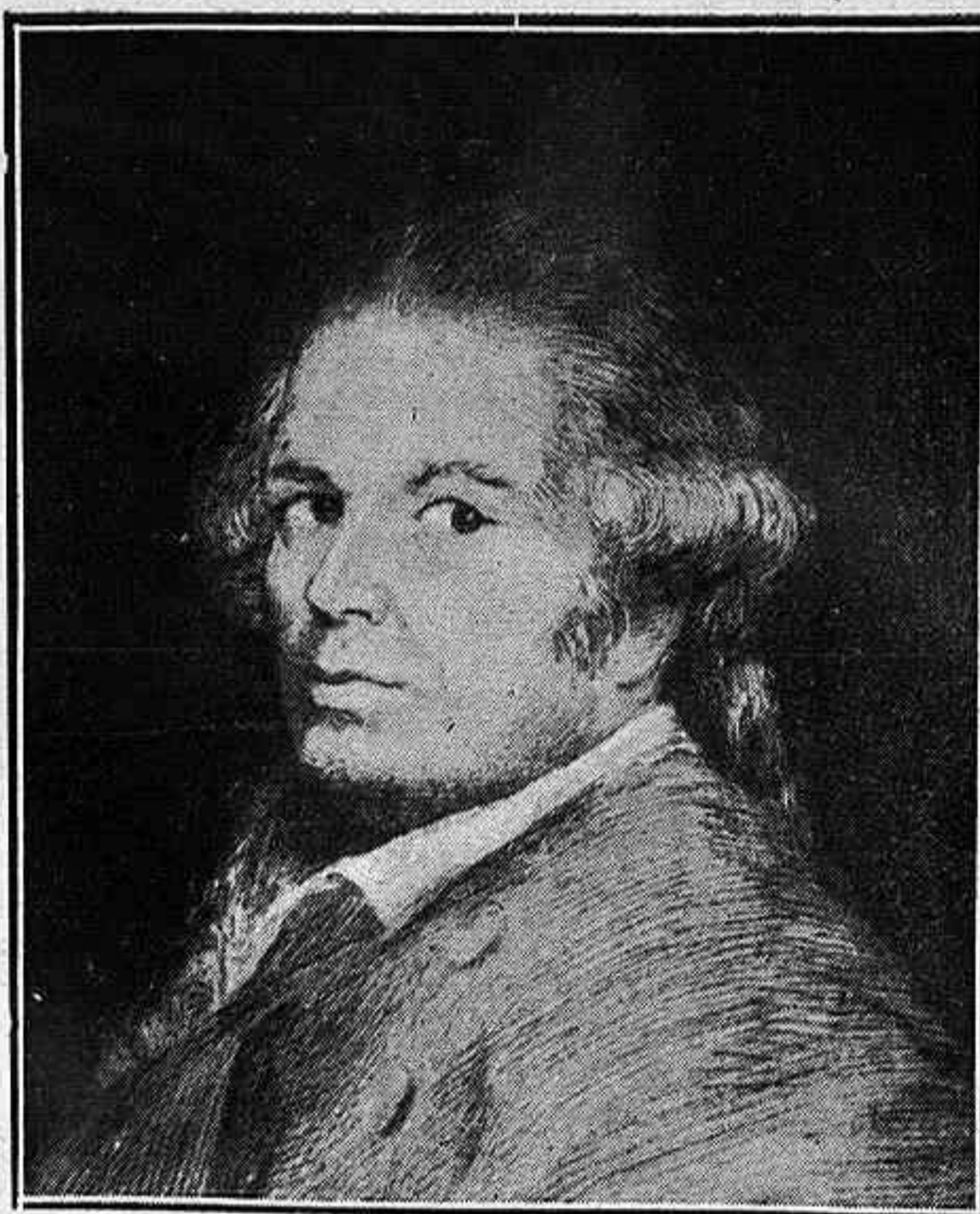
Del mismo modo que en los templos románicos se solía inscribir en los tímpanos advertencias á los fieles para que entrasen con pureza y buena intención en el sagrado recinto, yo pondría en el pórtico del rincón de Goya una lápida, y en ella aquellas palabras del artista que son el norte de su técnica: «Las cualidades excepcionales las malogran esos maestros amanerados que siempre ven líneas y jamás cuerpos. Pero, ¿dónde encuentran líneas en la Naturaleza? Yo no distingo más que cuerpos luminosos y cuerpos oscuros; planos que avanzan y planos que se alejan; relieves y concavidades. Mi ojo no percibe nunca líneas ni detalles... Esas minucias no distraen mi atención. Y mi pincel no debe de ver más ni mejor que yo. De frente á la Naturaleza, estos maestros cándidos son, casi todos, ficticios y mendaces; fatigan á sus jóvenes discípulos haciéndoles trazar con el lápiz mejor cortado, y durante años, ojos y más ojos, bocas, narices y cabezas. Y nada toman de la Naturaleza, la sola maestra del Dibujo.»

Frases que valen por todo un tratado de Pintura, lanzadas en aquel tiempo de las ficciones alimbaradas de Mengs y del más estúpido manierismo.

•••••

Son días estos de «goyismo». En las vecindades del centenario de un grande hombre aparecen devotos innumerables del célebre personaje; toda una legión de partidarios de su doctrina científica ó filosófica ó de su arte. Luis Bello y Castrovido han enderezado hace poco su intención á celebrar el centenario del *quietista* Miguel de Molinos, uno de los aragoneses de vida más sugestiva y dramática—á Molinos le he dedicado una semblanza en la segunda serie de mis «Figuras aragonesas». No se conoce á Molinos, y poquísimos han leído su *Guía espiritual*. Pues bien; de aquí al año que viene—fecha del centenario—surgirán *molinistas* por doquier. Como en los días del centenario de Beethoven se han advertido beethovenianos que antes cifraban las maravillas de la Música en *La Marcha de Cádiz* ó en *La canción del olvido*...

Voy á dedicar unas líneas al primer goyista: al oscense Valentín Carderera, pintor de Cámara de S. M. Nació en 1796, y murió en 1880. Su rostro y su tipo correspondieron á su alma, romántica por los cuatro costados. Aspecto dul-

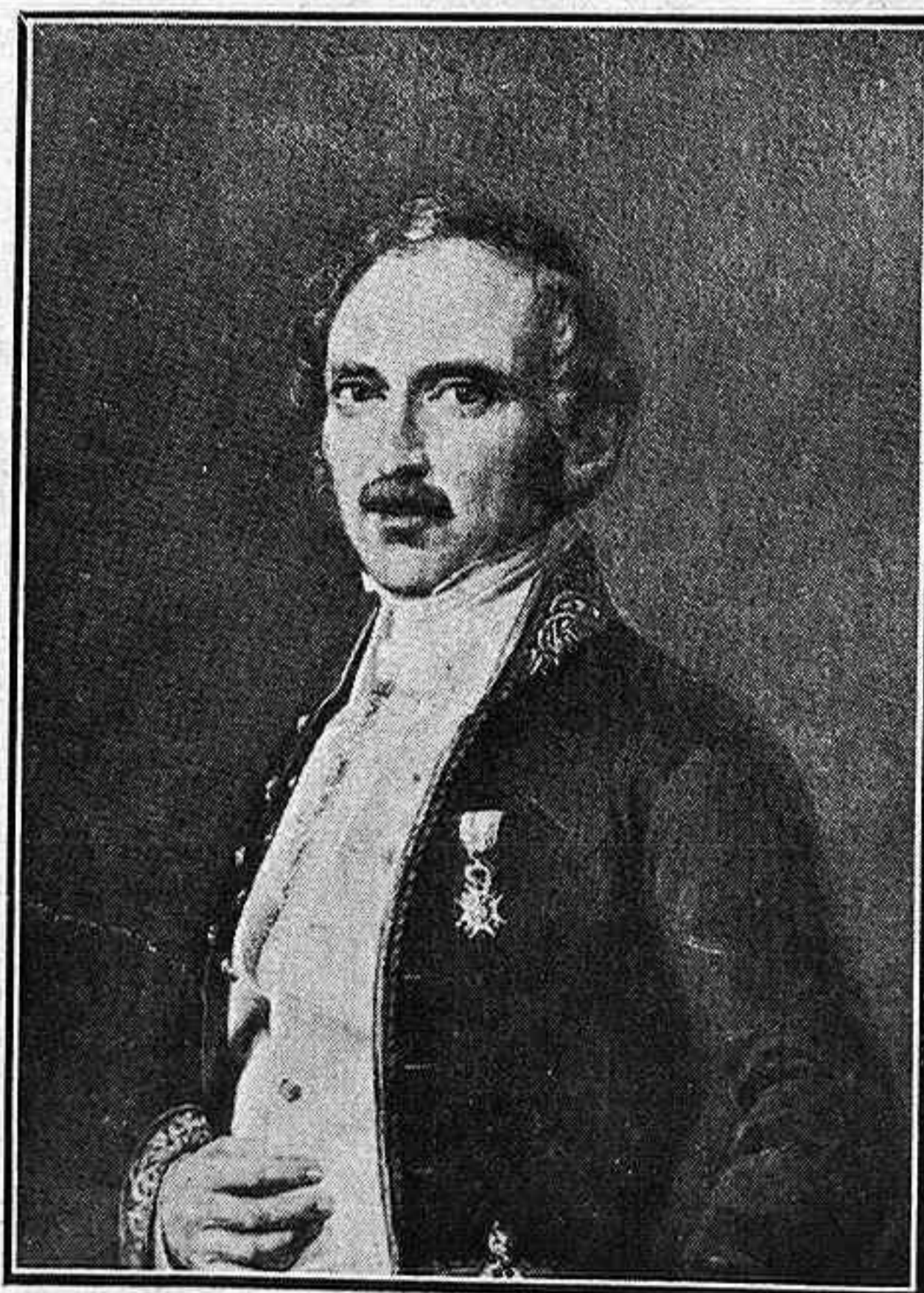


«Dibujo de Goya», grabado por Maura, que se conserva en la Biblioteca Nacional

ce y melancólico, como Bécquer, como Espronceda, como Larra, como Byron, y, como ellos, acérrimo soñador, enamorado del arte medieval, tan desvalido entonces.

En los días trágicos de la primera guerra civil, hubo dos aragoneses (oscenses los dos) que desafiando el peligro iban por el solar patrio inquiriendo y trabajando: Lucas Mallada y Valentín Carderera; el primero, levantando planos geográficos, estudiando la estructura física y geológica, coleccionando fósiles, acoplando los materiales de su magna obra, clásica hoy. Carderera lanzaba su timidez á salvar retratos, retablos, imágenes, trajes, libros, y tomaba apuntes de ruinas, de monumentos, de sarcófagos, los más transformados luego en acuarelas—fué un formidable acuarelista—, construyendo ese edificio artístico que se llama «Iconografía española». Y Mallada y Carderera pasaron muchas veces por espías ó por sospechosos y sufrieron encierro y vejámenes, persecución por la justicia de la causa en un medio tumultuoso y apasionado, con la serenidad de hombres de bien.

Carderera fué protegido del general Palafox, y luego del duque de Villahermosa, quienes se propusieron hacerle un gran pintor. Y á la meca de la Pintura antigua marchó: á Italia. Ningún matiz del perfecto romántico se escapa de la silueta de Carderera; hasta el amor platónico por la gentil princesita Doria, en Roma. Cuenta el pintor Madrazo, en la biografía de su íntimo amigo, que éste, prendado de los hechizos de la Princesa, sin que ella lo supiese nunca, la retrató re-



«Don Valentín García», retrato por Madrazo

petidas veces á solas en su estudio, poniendo el modelo á la luz fidelísima de su memoria y trasladándole al lienzo, vivo y radiante, como lo tenía en el corazón. Y salió una obra de perfección y parecido tales, que el príncipe Doria, muerta su madre, pidióle uno de aquellos retratos para que figurase en su galería de cuadros. Y hasta un preceptor del prócer romano, clérigo poeta, escribió un soneto en elogio de Carderera y de la princesa difunta:

«Claro artista español, pintor valiente...»

El retrato salió rebosante de magia y de atractivo; la noble dama, que ignoró la pasión del artista, parecía en aquel lienzo una creación robusta del Tiziano. La cosa se hizo pública en Roma, y Carderera tuvo siempre á la vista, en su estudio del palacio ducal de Villahermosa, ese fruto de su discreta amorosa contemplación.

Hombre andariego, inquieto, que consagró su vida al culto del ideal artístico, y cuyos entusiasmos culminaron en la edad media, logrando probar, como en Francia Villet-le-Duc y en Alemania Winckelmann, el interés de la época y su significación, patente en las obras que la ciencia arqueológica ha catalogado cuidadosamente en nuestros días. Y muchos de estos objetos se disputaban la preferencia en la morada del doctor académico, morada revuelta, como de solterón despreocupado, con aspecto de suntuosa almoneda.

A pesar de los ditirambos de Madrazo, Carderera no pasó de ser un pintor corriente, académico—al fin, discípulo de Maella—. Pudo serlo de Goya—entonces en la plenitud de su nombradía—si éste no se hubiese expatriado. Quiso Palafox; pero el intento quedó frustrado.

Y aquí empieza el goyismo encendido de Carderera. El romántico, amador del canon, se apasionó por Goya, el revolucionario, el innovador, el rebelde, y por su realismo de cuerpo entero, y coleccionó retratos, dibujos y grabados del hijo de Fuendetodos.

Más que como pintor, hay que considerar á Carderera como coleccionista formidable. En este punto ha sido el primero en nuestros días, y entre los aragoneses no tiene otro predecesor de fuste que el también oscense, prócer del siglo XVII, Lastanosa. Y aquí prosigue el goyismo del arqueólogo; hacia tal punto, que se puede afirmar que sin Carderera buena parte de los grabados, litografías y dibujos de Goya se hubiesen perdido. Recogiólos él con veneración y diligencia (muchos comprados), y en vida donólos á la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, al Museo del Prado, á la Biblioteca Nacional, al Museo de su patria, Huesca (donde están las cuatro litografías de asuntos del toreo, edición Gaulón), para que la posteridad los admirase. Es decir, que la personalidad de Goya como dibujante y grabador, tan excepcional, se ha podido estudiar gracias al cuidado y á los afanes de Carderera. Y los descendientes de éste aún conservan ejemplares rarísimos de la obra de Goya.

Concluamos: Carderera fué el primero que con perspicacia que acredita excelente orientación, á pesar de su romanticismo y de su academismo italianizante, supo apreciar el valor de la obra goyesca y dió al conde de la Viñaza materiales para su biografía de Goya, como antes se los había dado para sus adiciones al Diccionario de Ceán Bermúdez; penetrar la magia de su colorido, el encanto de su naturalismo; su sana inspiración; el interés y la bizarría de sus *Caprichos*; el movimiento, la vida y la gracia de sus escenas populares; el rumbo, en fin, del arte de Goya, que para Carderera, como para la generación siguiente, ha representado el sentido artístico de la posteridad, aun sin dejar el pintor aragonés continuadores ni discípulos. Y demostró su goyismo poniendo al frente de sus abigarradas colecciones, famosas en Europa, las producciones de Goya, aun las de menos momento. Pero no le comentó; le admiró en silencio, como en silencio había amado á la gentil princesita Doria...

También en este detalle se nos revela Carderera como el primer goyista legítimo.

RICARDO DEL ARCO



Un mercado de amuletos y talismanes Respetuosos los ingleses con los usos y costumbres de los pueblos donde dominan, siempre que tales usos y costumbres no dañen a la colectividad, permiten en las ciudades del Sur de Africa los mercados periódicos de amuletos y talismanes contra el mal de ojo y la «jettatura», supersticiones muy arraigadas entre la población negra de la Colonia. La fotografía adjunta presenta uno de esos mercados

típicos, donde también puede adquirir su clientela habitual las variadas sales que como panacea universal emplea la gente de color para curarse sus dolencias. Lo curioso de este método curativo por las sales mágicas, es que los negros no las ingieren. Bástales con disolverlas en agua y, según produzcan más ó menos efervescencia, se consideran más ó menos sanados, pues ellos creen que siendo las enfermedades cosas de los malos espíritus, cada burbuja de gas que estalla es un diablillo que les sale del cuerpo.

Quaker Oats

ALIMENTO EXQUISITO NUTRITIVO Y ECONOMICO

SE CUECE EN 5 MINUTOS.

Para Caldos

Todos los cocineros están ya de acuerdo en que para preparar un caldo perfecto hace falta Quaker. En efecto, el Quaker liga los caldos maravillosamente y sus pequeños copos hacen el efecto de la tapioca, todo lo cual comunica al caldo una agradable consistencia aterciopelada.

El Quaker no da ningún sabor al caldo, pero lo mejora de tal forma que debe preferirsele a todos los demás productos farináceos.

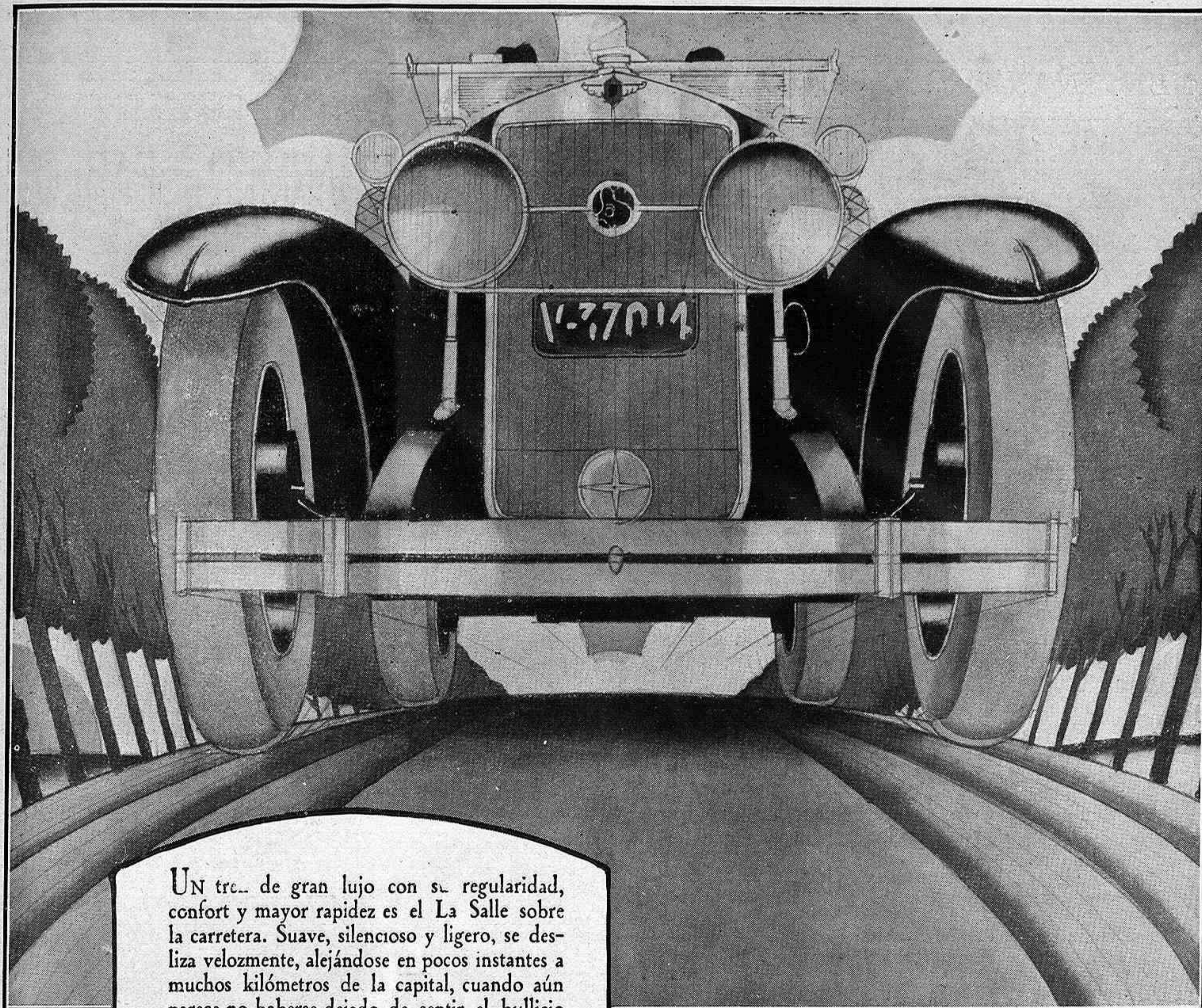
Pida nuestras recetas para caldos en todas las tiendas de ultramarinos y mantequerías.

UN PLATO DE QUAKER SUSTITUYE A UN PLATO DE CARNE USELO CON LARGUEZA.

Para más detalles, dirigirse a Apartado de Correos 357, Barcelona.

SE VENDE EN ULTRAMARINOS EN PAQUETES DE ESTA CLASE





UN tren de gran lujo con su regularidad, confort y mayor rapidez es el La Salle sobre la carretera. Suave, silencioso y ligero, se desliza velozmente, alejándose en pocos instantes a muchos kilómetros de la capital, cuando aún parece no haberse dejado de sentir el bullicio de su tráfico.

Su motor ocho cilindros, tipo V 90°, fuerte y seguro, como construido por los ingenieros del Cadillac, posee una aceleración admirable que le permite, con sólo oprimir el acelerador, alcanzar una velocidad desde el paso lento de una persona a la de 125 kilómetros por hora, sin necesidad de cambiar de marcha.

Al construir el La Salle se ha conseguido el fin deseado de crear un coche que se adapte totalmente a la vida moderna: que sea rápido y al mismo tiempo manejable como el más pequeño para salvar con facilidad las dificultades de la circulación.

El La Salle causa admiración en todas partes, y principalmente en aquellos sitios frecuentados por los amantes del deporte.

Precios desde Ptas. 23.700 a 29.700

La Salle

GENERAL MOTORS PENINSULAR, S. A.—MADRID



LA ENSEÑANZA DEL PEATON EN BERLIN



REGLAS de cond cta pública formuladas en bandos, avisos, ordenanzas, etc., se olvidan fácilmente, aun cuando van apoyadas por fuertes sanciones. Teniendo esto presente, las autoridades municipales de Berlín han procurado hacer más eficaces los reglamentos relativos a la circulación en las calles de la populosa capital distribuyendo gratuitamente a los peatones, en los puntos donde esa circulación es más activa, libritos instructores acerca de la misma y del mejor modo de sortear los peligros de la tracción mecánica. Este empleado municipal distribuidor acompaña durante las horas de servicio al guardia de la porra respectivo.

MAJESTIC HOTEL INGLATERRA

BARCELONA. Paseo de Gracia. Primer orden. 200 habitaciones. 150 baños. Orquesta. Precios moderados. El más concurrido

Libros nuevos

—*Ben-Hur* (Una historia de Cristo), por A. Lewis Wallace.

Versión española de J. Santos Hervás.

Dos tomos. Casa editorial Maucci. Barcelona.

La conmovedora tragedia que cayó sobre la familia de Ben-Hur, descrita por la maravillosa pluma del gran novelista L. Wallace, representa el más precioso vehículo de la cristiana cultura.

—*El humo de la gloria.* La pluma brillante y castiza del ilustre Diego San José ha urdido, bajo el epígrafe citado, una hermosa novela anecdótica en torno del pasado siglo, bajo la figura gloriosa de Espronceda.

Editorial Atlántida. Madrid, 1927.

—*El hijo de papel,* por Tirso Medina.

Un interesante tomo de «La novela rosa».

En esta nueva novela de Tirso Medina, como en todas las demás del notable escritor, se distinguen las dos características que han hecho de él un artista de clásica fuerza personal: la ternura y la ironía.

Una novela en que los tipos tienen acusado perfil y realidad latente, escrita en un estilo ágil, nervioso, elegante, y de un interés maravillosamente logrado.

Peluquería y Academia de Belleza J. MARCOTE

Carrera de San Jerónimo, 34

Teléfono 13963

Tinturas - Ondulación Permanente y Marcel
Permanente, desde 50 ptas.

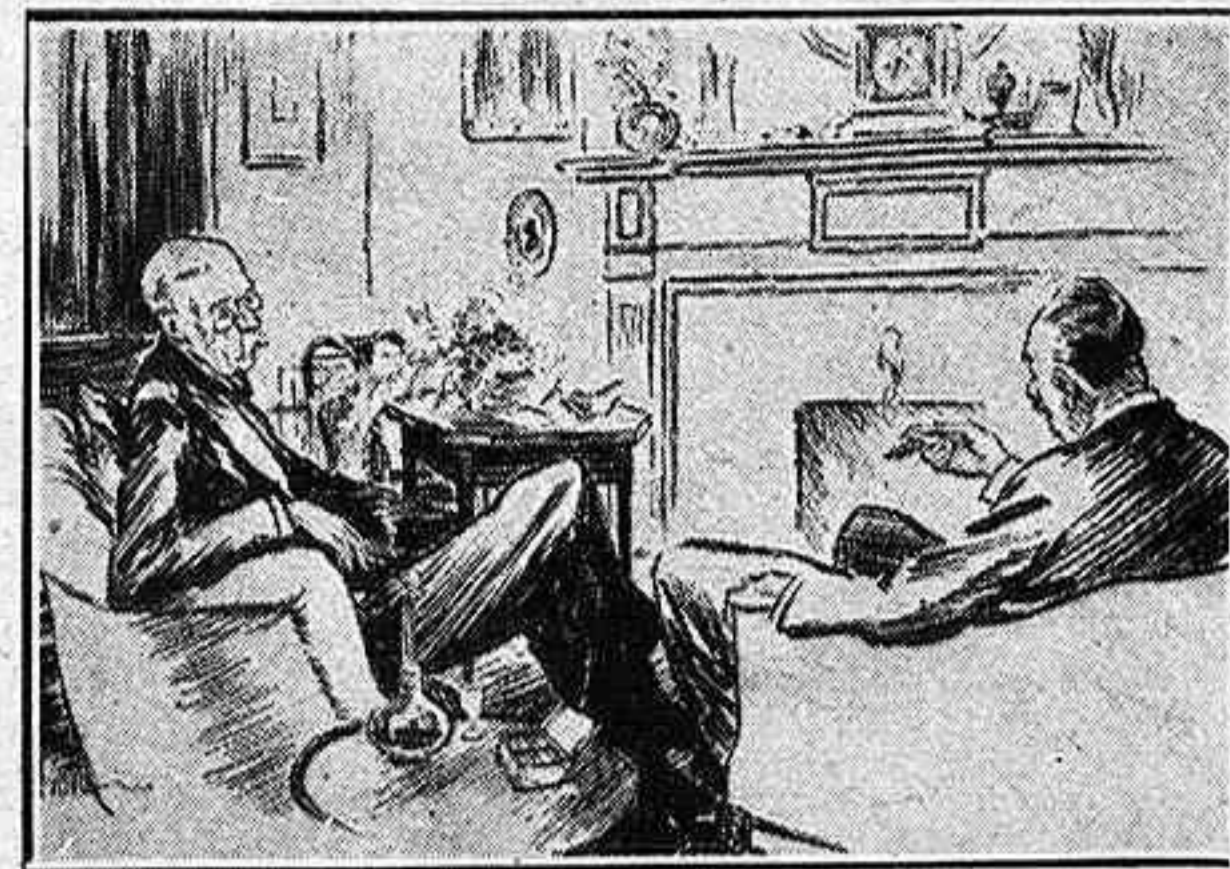
— *Mi amigo*, por Pierre Villetard. De «La Novela Rosa». Editorial Juventud. Barcelona.

Villetard es uno de los novelistas franceses más personales, cuyas características son la piedad y la ternura, que le acercan a Dickens y a Alfonso Daudet. Su estilo, suave, amable, ondulado, deleita y encanta.

Pierre Villetard es, además, un sagaz paisajista literario.

El interés, la emoción, la originalidad del asunto hacen de *Mi amigo* una pequeña obra maestra.

**TODOS
PASTILLAS del Dr. ANDREU
TODOS**



IMPRESIONES DE AMERICA

— ¡Figúrate, amigo López, si serán imponentes las cataratas del Niágara, que mi mujer, al verlas, no pudo articular palabra durante cerca de un minuto!

(«Passing Show». — Londres)

SOMBREROS CARMEN DE PABLO



Modelos de París

Alcalá, 66

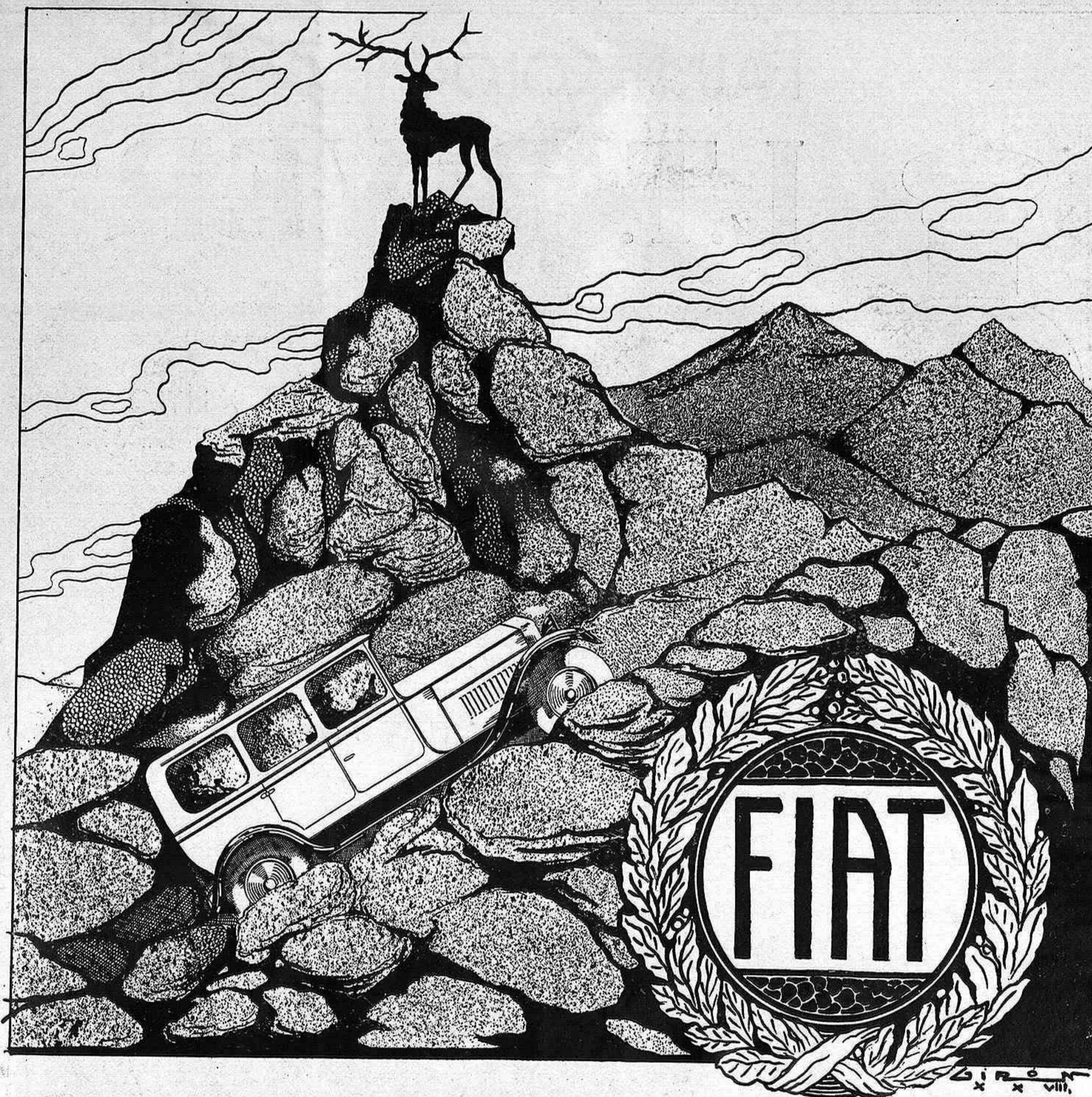
MADRID

El hombre-tonel de Dinsburgo



LA antigua ciudad renana posee, a más de uno de los más hermosos bosques de Alemania y de la cerveza más agradable del país germánico, el hombre de mayor corpulencia del mundo. Por esta vez, los Estados Unidos, nación del más y mayor en todo, ha quedado apabullada.

Varios ejemplares notables de obesidad llevaban presentados hasta ahora la nación de lo asombrosamente grande, pero, a la verdad, ninguno puede rivalizar con este formidable Herr Robert Reggendorf, que echa a reír con quien quiera las siguientes características de su humanidad: peso neto, 490 libras; medida del cuello, 60 centímetros; ídem del pecho, 1,86; ídem de la cintura, 2,20. Esas cifras que pondrían los pelos de punta a cualquiera de las bellezas femeninas a la moda, llenan precisamente de satisfacción y orgullo al buen Herr Robert Reggendorf, que, según declara a sus amigos, piensa seguir engordando hasta que necesite para sentarse, no dos sillas, como ahora, sino cuatro ó seis. Y a ese objeto, el hombre se echa al colete de 50 á 60 litros diarios de cerveza para remojar otros tantos kilos de salchicha.



Agil - Fuerte - Rápido - Elegante
No conoce las cuestas
Esto es el Nuevo FIAT 6 cilindros
Modelo 520

El coche que en Octubre de 1927 triunfó en el Salón de París es la última expresión de la ciencia y de la técnica de la afamada marca **FIAT**, y representa una suma de estudios, de preparación y de pruebas de más de tres años.

Pruebas muy largas y minuciosas sobre toda clase de carreteras y de cuestas, han revelado, además de las características técnicas propias de los **seis cilindros**, una excepcional elasticidad de su motor, una *reprise* maravillosa y brillante, un funcionamiento extremadamente silencioso, que, añadidos á una particular elegancia de líneas, una perfecta armonía de curvas y de colores, han hecho sentenciar á los técnicos y á los competentes de todos los países que

El Nuevo FIAT 520 es el mejor 6 cilindros de hoy día

FIAT HISPANIA, S. A., Gran Vía, 19. Madrid

AGENTES Y SALONES DE EXPOSICIÓN EN TODAS LAS PROVINCIAS

EAU DE COLOGNE AMBRÉE

L.T. PIVER

PARIS



½ LITRO
8 PESETAS

¼ LITRO
4 PESETAS 25

⅛ LITRO
2 PESETAS 50

INMEJORABLE
PARA EL TOCADO LA FRICCIÓN Y EL BAÑO

La nueva
enceradora

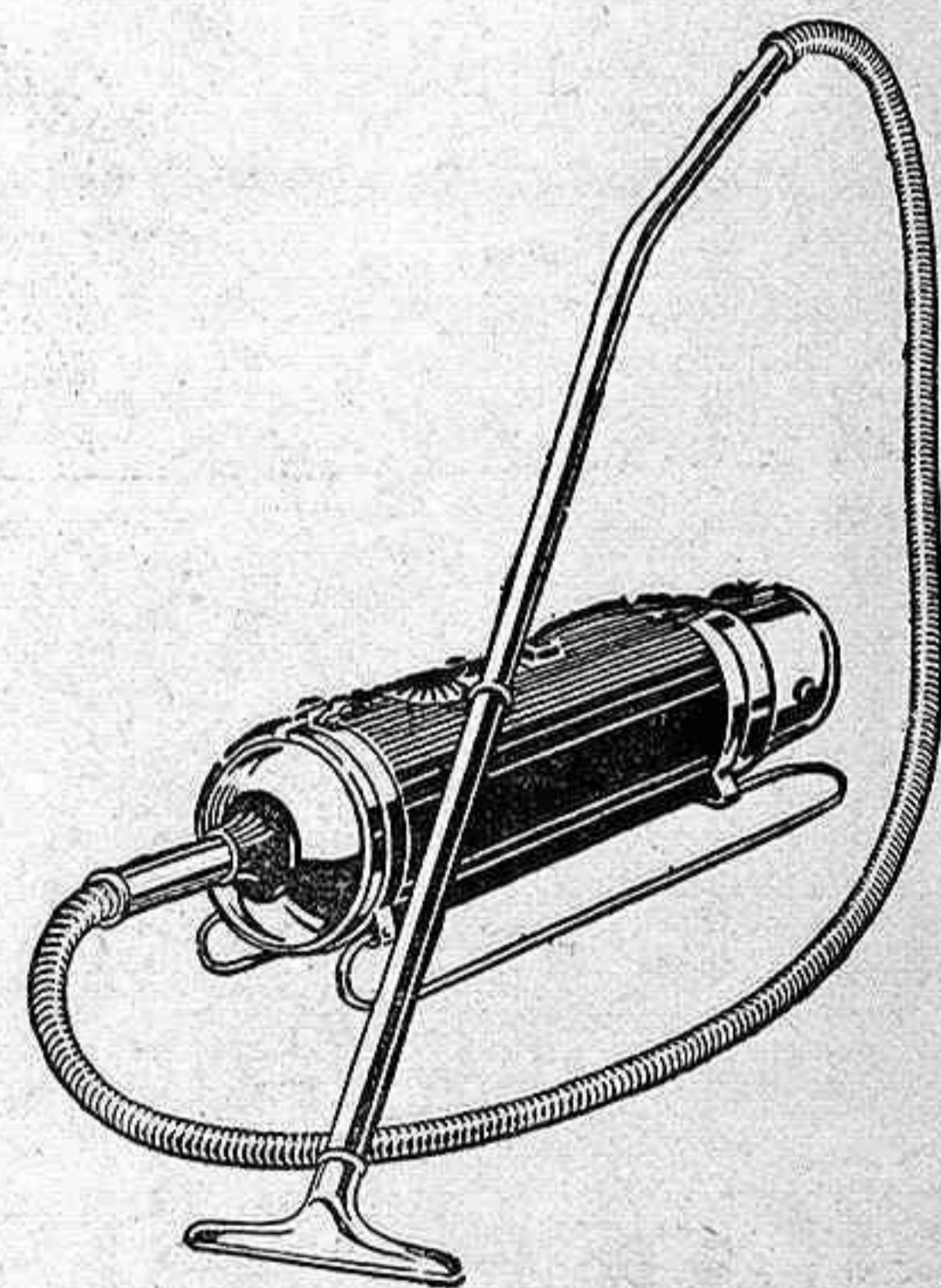
ElectroLux

que sin apenas gasto, ni esfuer-
zo, ni ruido, ni molestias, dejará
como un espejo los suelos de su casa,

y el
aspirador

ElectroLux

la máquina de limpiar que usted buscaba,
verdaderamente práctica, cómoda, sencilla
y económica, los encontrará usted en



Electrolux, S. A.

Avenida del Conde de Peñalver, 14
Exposición Pi y Margall, 9
Teléfono 14.770 Apartado 627

MADRID

Barcelona
Rambla de Cataluña, 75

Bilbao
Astarloa, 5

Coruña
Ca'le Real, 21

Oviedo
Uria, 21

San Sebastián
Avenida de la Libertad, 28

Sevilla
Alvarez Quintero, 51

Valencia
Lauria, 17

Gran Canaria
Las Palmas, Obispo Codina, 1

Málaga
Moreno Monroy, 5